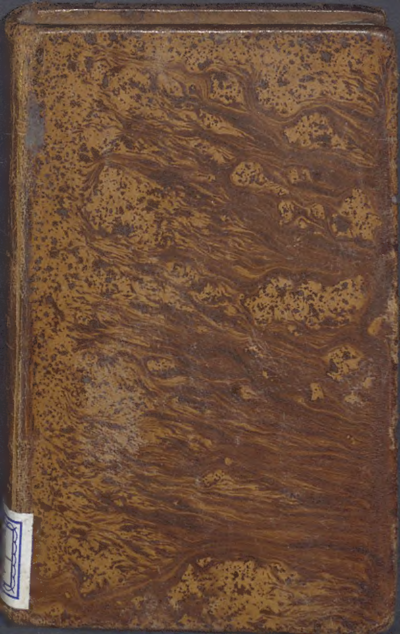






OBRAS COMPLETAS

DE

MISTRESS BENNET.

TOMO X.

ROSA,
Ó LA NIÑA MENDIGA
Y SUS BIENHECHORES.

ESCRITA EN INGLÉS

POR LA CÉLEBRE

MISTRESS BENNET:

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

DON FELIX ENCISO S. A.

TOMO VI.

MADRID.
Imprenta de Repullés.
1820.

Se hallará en las librerías de Escamilla *calle de Carretas*, *y de* Amposta *calle del Príncipe*.



ROSA,

Ó LA NIÑA MENDIGA

Y SUS BIENHECHORES.

CAPÍTULO PRIMERO.

Es imposible pintar cuál fue el terror de Rosa viéndose entre aquellos robustos brazos, contra quienes sus esfuerzos fueron tan infructuosos como las tentativas del tímido pajarillo para salir al través de los alambres de su jaula. El lector adivinará sin duda el autor de este nuevo atentado contra la pobre Rosa; pero tendrá la bondad de permitirnos que entremos ahora en algunos pormeno-

res, que probarán hasta qué punto pueden ser útiles ciertos ayos á los jóvenes que están á su cargo.

Sir Jacob Lydear acostumbrado á vivir en el retiro de su madre, en cuya casa no habia otra sociedad que la de los criados, excepto aquellas épocas en que la bella condesa de Lodwer iba á visitar la quinta, no habia visto cosa mas encantadora que Rosa, y no solamente le inspiró admiracion su belleza, sino que experimentó una especie de respeto á vista del pundonor y dignidad de su conducta; de modo que todo en ella, hasta sus mismos desvíos, contribuyeron á arrebatarle.

Aunque nada era mas insinuante que la persona y los modales de la condesa de Lodwer, y el trabajo que se tomaba por hacer alguna impresion en el corazon del encantador Sir

Jacob, no solamente habia sido observado por el reverendo Mr. Jolter, sino que habia trabajado por hacérselo entender á su discípulo, sin embargo el corazon de éste se halló invulnerable hasta el momento en que vió á Rosa.

"Seguramente será vuestra esa muchacha," dijo Mr. Jolter á Sir Jacob luego que le oyó contar la aventura de la alquería de Shawford; y como el interés de este digno preceptor se hallaba comprometido en esta promesa, no sufrió ninguna tentacion de faltar á su palabra. Tenia una amiga, cuya casa estaba en el camino de un pueblo á algunas millas de distancia, y tan cómodamente situada, que no se podia temer que persona humana fuese á perturbar las conferencias que allí se tuviesen. En virtud de esto Mr. Jolter

combinó un plan, que hubiera salido perfectamente, si por su desgracia el camino que era preciso tomar para ir á dicha casa no pasase por las inmediaciones de Grange-House, en términos que era menester entrar por las puertas de su parque. Los gritos de Rosa, que' habia conseguido librarse del velo que la tapaba el rostro, oponiendose con todas sus fuerzas á los besos que queria darla Sir Jacob, y las amenazas de Mr. Jolter, que gritaba, diciéndola que si continuaba en su obstinacion se la trataria con toda severidad, fueron oidas de algunos hombres, que pasaban á caballo en el momento mismo en que el coche atravesaba las puertas del parque.

"¿Qué diablos es eso?" preguntó uno de ellos con voz ronca. —"Hacen señal de hambre," respondió otro con

el mismo tono.—"¿Debemos responder á esas voces?" preguntó el tercero.—"Sí, sí: al ataque, camaradas," exclamó el que habia hablado primero; y enarbolando un grueso baston corrió hácia el coche, mientras que uno de ellos fue á ponerse delante de los caballos, y el otro se colocó al lado opuesto del coche. "Alto, alto, exclamó el que parecia tener mas autoridad que los otros: decid, ¿de dónde venis, y dónde llevais ese cargamento contra la voluntad de su dueño?"—"Si no os apartais inmediatamente, gritó Mr. Jolter ardiendo de ira, el diablo me lleve si no os rompo los huesos."—"Aquí os espero, seor valenton, exclamó uno de los tres, y os daré á besar mi sable, si os atreveis á echar roncas." Sir Jacob hablo al postillon, diciendo: "Tom, yo te daré cincuenta libras esterlinas si prosi-

gues tu camino."—"Camaradas, dijo el gefe de aquellos ginetes, voy á descifraros este misterio: aquí dentro vá una jóven, que la llevan bajo escotilla, y es la misma que....."—"Por amor de Dios salvadme," exclamó Rosa soltándose de los brazos de Sir Jacob, que se empeñaba en no dejarla llegar á las portezuelas.—"Seguramente no me engaño, exclamó el gefe; ¿pero cómo puede ser estó? Otra vez os encuentro, señor pirata: vaya, vaya: yo os enseñaré á andar por estos cruceros á pesar de las órdenes del Almirante y las mias."

Entonces conóció Mr. Jolter que era el capitan Seagrobe quien los detenia; y á pesar de que estaba bien satisfecho de que aquel militar no entenderia de chanzas, no quiso perder su crédito en el concepto del disci-

pulo, y se atrevió á dar un golpe decisivo, levantando sobre la cabeza del capitan un grueso baston, cuyo peso bien dirigido le hubiera impuesto silencio por mucho tiempo, á no haber sido porque un movimiento del caballo hizo caer el golpe sobre la cabeza del pobre animal, el cual cayó en el suelo, precipitando tambien al ginete. Los otros dos caballeros irritados á vista del peligro que habia tenido el capitan, gritaron: "venganza:" amenazaron á los postillones con que los levantarian la tapa de los sesos si se atrevian á moverse, y habiendo librado á Rosa, arrancaron del coche á Jolter, le dieron de puntillones, jurando que iban á castigarle mucho mas, así como tambien al baroncito, hácia el cual se dirigieron para hacerle salir del coche lo mismo que á su ayo, despues de haber-

le dado algunos palos en la cara y en las espaldas.

Los postillones temiendo las resultas de esta pendencia, no solo con respecto á su amo, sino tambien con respecto á sí propios, se aprovecharon de la ocasion de ver entretenidos á aquellos hombres en la operacion de hacer salir al baron, y dando de espuelas á los caballos corrieron de tal modo, que el coche no se paró hasta el patio de la quinta de Lady Lydear, donde Sir Jacob (el cuerpo molido y el corazon rabiando) fue recibido por sus criados con tanta sorpresa como interés; pero apénas Lady Lydear supo el modo con que habia sido tratado su hijo, envió un expreso á Yorck á consultar con los abogados, resuelta á tomar venganza de las injurias y afrentas que habia recibido, aunque fue-

se á costa de gastar la mitad de sus caudales.

Entretanto la fuga del baron fue un estímulo para aumentar el deseo de venganza en los compañeros del capitan Seagrobe; y así sus bastones se ejercitaron muy bien sobre las costillas de Mr. Jolter, que postrado á sus pies pedia perdon en los términos mas humildes. Temiendo ya el capitan el exceso del resentimiento de sus compañeros, les recordó que el Almirante era juez de paz, y que si continuaban tomándose la justicia por su mano incurririan en la censura de su tribunal, por lo cual les aconsejo que volviesen á Grange-House con el preso, que entonces quedaria sujeto al castigo de las leyes.

Los hombres consintieron en este plan con la mayor repugnancia, y ya iban á ponerse en marcha para

Grange-House, cuando Rosa, de quien ellos parecia haberse olvidado enteramente, tembló con la idea de verse sola, y con una voz trémula les suplicó que la permitiesen acompañarlos.

El capitan la ofrecio su brazo, confesando francamente que no habia pensado en ella: uno de los otros dos cogio la brida de los caballos, y el otro despues de haber atado los brazos á Jolter le hizo andar delante de él, llevando cogido el extremo de la cuerda, y en esta disposicion llegó la caravana á Grange-House.

Los criados al verla corrieron deseosos de saber el motivo de la inesperada vuelta del capitan y sus compañeros, y éste condujo la comitiva á un comedor, donde pensaba dejar á Rosa y á Jolter, mientras contaba al Almirante los detalles de aque-

lla aventura; pero se vió repentinamente detenido por una mugercilla chica, morena y feísima, que pasaba con una luz en la mano. Apénas fijó la vista en Mr. Jolter, cuando dió un grito, tiró la luz, le agarró de una mano, rasgó el gorrito que tenia puesto, é hizo tantos y tan extravagantes gestos, que el capitan creyendo se habia vuelto loca llevó á Rosa á un magnífico vestíbulo, y siguió á aquella muger, á Jolter y á los criados á una sala, cuya puerta se cerró inmediatamente.

Durante algunos instantes no se oyó ruido alguno, excepto la voz de aquella morenilla, que era fácil de conocer por el sonido agudo y el acento extrangero: algunas veces los suspiros la impedian hablar, y despues la indignacion y la colera parecia que de nuevo la animaban; pe-

ro luego que cesó de hablar reinó un profundo silencio en la sala, hasta que sonando una campanilla se retiraron los criados, el capitan con sus compañeros pasaron por junto á Rosa como si no la viesen, y volviendo á montar á caballo salieron de la casa. El portero cerró la puerta, se metió en su cuarto, y Rosa quedó sola entregada á sus reflexiones, á su sorpresa y sus conjeturas.

Sabia que entonces se hallaba en Grange-House, en la casa del amable Montreville, y todo ofrecia á sus ojos la magnificencia y el buen gusto del dueño de aquel edificio.

Sin embargo eran muy importantes las reflexiones que entonces ocupaban su espíritu, para que ningun recuerdo agradable las pudiese separar de su memoria. No podia dudar que un hombre que habia violado las

leyes de su país, envilecido el carácter sagrado que tenia, é insultado á una joven indefensa, no fuese castigado con todo el rigor de las leyes; pero veia que para condenar al reo era preciso preguntar al inocente: y entonces ¿cuáles serian sus respuestas? Entonces cuando el venerable magistrado la preguntase quién era, y ella viese pintada en la fisonomía de su nieto la curiosidad y el interés, podria ella.... ¡Oh! ¿cómo habia de poder declarar su cuna y sus padres? Sin embargo era preciso hacer esta confesion, ó decidirse á ser rea de una falsedad: acaso tambien se la exigiria un juramento.... Esta dolorosa alternativa oprimió de tal modo su espíritu, que ya no se acordó de la extrañeza de la situacion en que se hallaba. El menor ruido que la anunciaba la llegada de

algunas personas la agitaba casi hasta el delirio, y cuando veía que nadie venia se consolaba con aquella dilacion, que aleja por un instante el momento de una escena tan penosa y humillante para ella. Durante este intervalo dió el relox la una: la lámpara que ardia al pie de una magnífica escalera se iba apagando por puntos, y sin embargo nadie parecia acordarse de que habia en la casa una joven, que no era de la familia.

Atormentada por esta penosa dilacion, y temblando de frio, se retiro Rosa á un rincon, no pudiendo detener sus lágrimas, cuando al mismo instante se abrio una puerta enfrente de la que daba entrada al vestíbulo, y Rosa distinguio en el espejo, que estaba al fondo de la pieza, un hombre, que segun el uniforme que llevaba la parecio ser el

mismo Almirante sentado al lado de una señora, Mr. Jolter junto á ellos, y la morenilla á alguna distancia. "¡Ah! exclamó Rosa, ahora es cuando yo debo ser presentada á este tribunal; ahora es cuando será preciso confesar lo que me llena de vergüenza, decir que soy hija de esa muger, que con tanta razon inspira el tedio y el desprecio, y tendré que confesarlo despues de haber dicho á Montreville que no la conocia sino del camino: sí, ahora es cuando voy á ser convencida de embustera, y sin derecho para reclamar venganza por el atentado cometido contra mí."

Pero Rosa se equivocaba en estos cálculos. Un criado entró en la sala con unas luces: la morenilla las tomó de su mano. Mr. Jolter se acercó al Almirante, quien se levantó entonces, y Rosa vió..... ¡será posi-

ble! ¡lo hubiera podido creer! vió que el Almirante, aquel oficial respetable, aquel íntegro magistrado, el venerable abuelo de aquel que con tanta verdad y energía habia pintado el carácter de Mr. Jolter; vió, digo, que dió la mano á aquel malvado, contra quien ella esperaba un juicio severo. Atónita, indignada y sin respiracion á vista de semejante espectáculo, permaneció clavada la vista en aquel extraño grupo, mientras que una convulsion general se apodero de todos sus miembros. Mr. Jolter precedido por un criado, que llevaba una luz, y seguido de la morenilla, que llevaba otra, salió de la sala, cuyas puertas se cerraron al instante, y se encaminó hácia donde estaba Rosa, la que llena de susto se escondió detrás de un pedestal, mientras él con un aspecto sereno y

un gesto de importancia todavia mayor que el que gastaba en casa de Lady Lydear, y hablando familiarmente con la morenilla, atravesó el vestíbulo, y con mucho gusto de Rosa subió la escalera, alumbrando el criado. La morenilla regresó á la sala de donde habia salido, y todo volvió á quedar tan obscuro y misterioso para Rosa como antes habia estado.

¿Cuáles debian ser entonces sus conjeturas? Su libertador habia salido de la casa, el vil Jolter en lugar de recibir el castigo debido á su atentado era agasajado, honrado, y tratado con las mayores atenciones, mientras que á ella se la dejaba abandonada á las angustias, al temor y á la incertidumbre. El crímen triunfaba en aquella casa: ¿qué partido habia de tomar la inocencia, sino el de apresurarse á huir de ella

sin dilacion ? Sin embargo, ¿cómo era posible creer que la dulce y venerable fisonomía del Almirante ocultase un corazon corrompido ? ¡ Cuán dificil era suponer que la expresion del candor y sensibilidad que animaban las facciones de su nieto no fuesen sino la máscara de la hipocresía! Con todo, los hechos hablaban con demasiada claridad para no ahogar la secreta parcialidad que inclinaba á Rosa á pensar bien de los dueños de Grange-House ; y así despues de haber considerado su conducta bajo mil diversos aspectos, por fin la razon y la verdad pareció que los representaban como culpables á sus ojos. Acababa de ver las atenciones con que se habia honrado á un hombre despreciable, y la indulgencia con que se habia recibido su infraccion de las mas sagradas leyes

de la sociedad. Los que obraban de este modo eran seguramente indignos de la confianza y estimacion de las almas virtuosas: ¿qué proteccion, ó qué justicia podia esperarse de ellos? ¿Acaso Rosa debia exponerse á sufrir unas efectivas humillaciones sin la esperanza de que la sirviesen de medio para asegurar su bien estar, ni aun su seguridad misma?

La aurora principiaba á manifestarse, y Rosa se dió prisa á abrir una ventana. La misma magnificencia y el propio buen gusto que reinaba en lo interior de la casa se extendia sobre cuantos objetos se presentaron á su vista. Bien pronto el sol nació con todo su brillo, y esparció masas de luz en las copas de los árboles dulcemente agitados por el vientecillo fresco del amanecer.

Rosa suspiró pensando en su po-

breza, que la colocaba á tanta distancia de los seres afortunados, á quienes pertenecia aquella casa; pero bien pronto el noble orgullo, que si no es la base es por lo menos el apoyo de la virtud desgraciada, hizo que Rosa volviese en si, y se resolviese á salir de aquella habitacion odiosa.

"Sí, dijo ella alejándose ligeramente de la ventana: sí, yo dejo á la virtud aparente la vergüenza de ofrecer un asilo al vicio: yo he penetrado esta superficie, y ya no me deslumbrará; así no quiero pensar en ese paraiso terrestre, que tengo ahora delante de mis ojos, ni tampono en sus indignos habitantes."

Semejante resolucion era sublime á la verdad: solo se necesitaba el valor para mantenerla, y este era precisamente el que no tenia Rosa;

porque á pesar de que nada la pareció mas cierto que el que Montreville era indigno de uno solo de sus recuerdos, sin embargo al atravesar con precipitacion el espacioso parque de Grangé-House para dirigirse á una llanura, que conducia al camino real, se animó sucesivamente por el miedo, la indignacion y la vergüenza, y no pensó sino en Montreville, y en las enormes faltas que le suponia.

Con todo, ninguna de aquellas jóvenes, cuya suprema felicidad consiste en excitar la atencion general, sin tomarse el trabajo de examinar si se funda en la admiracion, el desprecio ó la curiosidad, no podia haberse vestido de un modo mas propio para ser mirada como el que llevaba Rosa cuando salió de Grange-House. Su vestido negro, roto por va-

rias partes de resultas de los esfuerzos que habia hecho para desprenderse de los brazos de Sir Jacob en el coche, estaba cubierto de los polvos con que el galante baroncito habia adornado su cabeza para agradarla. En uno de los movimientos que hizo para mostrarse á sus libertadores se habia caido su sombrerillo por la portezuela del coche, é igualmente el peine que sujetaba su cabello; de modo que sus hermosas trenzas caían en desorden cubriendo su espalda y su frente. Sin embargo continuó su viaje, y despues de haber atravesado un campo, que vió delante de sí, llego á un camino, que por el pilar que tenia conoció era el de Shefield. Entonces se acordó de que aquel parage era en el que precisamente su madre se proponia tomar una silla de posta para ir á Lon-

dres, y pensó que si ya no habia llegado allí, la podria ser fácil buscarla.

Este descubrimiento reanimó su valor, se decidió á detenerse en la primer casilla que la ofreciese un asilo seguro, y proporcionarse desde ella algun medio para ir á Shefield.

Entonces aceleró el paso, con la idea de que cada uno que daba la alejaba de Grange-House y de la quinta de Lady Lydear, cuya memoria la inspiraban igualmente un horror invencible; pero á pesar de la agitacion de su espíritu paseaba con placer la vista por el hermoso paisage que la rodeaba, y las ondas que formaban los bellos campos de trigo, que el sol doraba con sus rayos, mientras que un blando céfiro encorbando suavemente sus cañas

dejaba entrever las florecillas campestres, cuyos colores formaban un gracioso maridage con el hermoso color amarillo de las espigas en su perfecto estado de madurez. En uno de aquellos momentos agradables, en que el recuerdo de sus penas estaba como embebido por la contemplacion de la naturaleza en toda su gloria, tropezó en un haz de yerba, de modo que poco faltó para caer; mas al bajar la vista para escoger mejor camino se sobresaltó, y se disiparon todas las dulces sensaciones que acababan de calmar su espíritu agitado, cuando vio en tierra el sombrerillo que habia perdido la noche anterior, y á poca distancia su peine hecho mil pedazos, y en esto vio la prueba convincente de que en lugar de apartarse de los parages de donde queria huir, habia tomado el cami-

no que conducia directamente á ellos: todo su valor la abandonó con esta triste evidencia, *se dejó caer en el suelo abatida y sin respiracion*, y con tanto miedo de ser vista por encima del entretegido de ramas que formaban el camino real, como cuidado habia puesto antes en buscar algun viajero que pudiese indicarla un asilo conveniente. El mas ligero ruido, una hoja que cayese en el suelo la parecia anunciarla un peligro nuevo. Era probable que entonces se hallaba en los dominios de aquel que causaba su terror, sin que ella pudiese huir de él; así se sentó al pie de un árbol temblando, angustiada, y ocultando su cara en el sombrerillo se entregó á todo su dolor.

El ruido de un coche que venia la hizo volver en sí, pero no con la esperanza de salir de su deplora-

ble situacion, porque el terror poseía enteramente su pecho; así es que se escondio hasta meterse casi en el lodo, volviendo la espalda al camino.

El coche se acercó, y el eco de una voz conocida llegó á los oidos de Rosa: esta voz, que algunas horas antes la habia parecido tan ronca y tan desagradable, llegó á ser entonces para ella la voz mas dulce y consolante. Miro atentamente, y vió que el carruage se paro, y se apeó de él una muger. Rosa dio un grito: corrio hacia ella, y fue recibida en los brazos de Mistress Garnet: oculto su rostro cubierto de lágrimas en su seno, y el dulce nombre de madre fue pronunciado por sus tremulos labios.

"Sí, hija mia, dijo Mistress Garnet, si: vuestra madre vive en el dia, y sentiria despedazarse su cora-

zon si conociese el peligro á que habeis estado expuesta en poder de esos pícaros que os han robado. Vamos, no lloreis: yo estoy llena de alegría de haberos hallado, aunque jamas creí que seria en un hoyo semejante: y mirad, aunque se que mi pobre marido no se hallará sin mí, yo no hubiera dejado este país sin haber averiguado cuál era vuestra suerte: no por cierto; aunque para conseguirlo hubiese tenido que gastar cincuenta libras esterlinas, ni ciento; porque omitir las diligencias de hacer ahorcar semejantes malvados es un crímen y una vergüenza en un país cristiano. ¡Monstruos! ¡qué es insultar á una criatura tan encantadora! Voto va brios que.... pero Dios te bendiga. Mas decidme, hija mia, ¿donde habeis pasado la noche? Sir Jacob volvió á su quinta lleno de

cardenales de los golpes que recibió. Milady juró vengar á su hijo en un modo estrepitoso, y dijo que queria proceder en justicia contra los vandidos que le pusieron en tan mal estado, y el viejo capitan volvió al amanecer para preguntar qué habia sido de aquel jóven caballero que se paseaba con vos por el prado."

El corazon de Rosa permanecia lleno de indignacion contra los habitantes de Grange-House; pero el recuerdo de los prados de Shawford la inspiró la idea de que pudiera ser que Montreville no hubiera observado la mala conducta que ella atribuia á su abuelo.

"¿Y el capitan no le halló en la alqueria?" preguntó Rosa. — "No por cierto, respondió Mistress Garnet: los habitantes de Shawford le contestaron que el habia corrido á

galope siguiéndoos como un loco, y parece que perdio su trabajo puesto que no os encontró; pero cuando el capitan confeso que él y sus camaradas habian sido los que habian apaleado al bendito Sir Jacob (como él le llama) yo creí que todos los aldeanos de la alquería se volvian locos, temiendo que Milady no supiese esta circunstancia. La arrendadora se puso mala, ó á lo menos lo fingió, y despues llegándose á mí me dijo: "Vos sois quien me trajisteis »esa jóven, que es causa de todo »esto. Creedme, Mistress, yo no a»costumbro á recibir aventureras en mi »casa:" y despues se puso muy enojada. Hablando en confianza, yo creo que habia bebido un traguito. En seguida añadio: "Yo deseo, Mistress, »que inmediatamente salgais tambien »de mi casa." Nada me importó esta

decision; y como el capitan me habia dicho que quedabais en una hermosa quinta, respondí á la muger que despreciaba igualmente la casa que su ama, y tomando el virlocho de mi prima Gerard partí para buscaros donde quiera que estuvieseis. Ved allí mi niño Philly, que está dormido en el virlocho sobre vuestra maleta: ahora si quereis venir á Londres permanecereis á mi lado el tiempo que os acomode."

¿Qué se hicieron entonces todos los bellos planes de Rosa? ¿La proteccion de una madre (aun tal como Mistress Garnet) no era muy importante para ella en aquel momento? ¿La quedaban acaso otros recursos para salir del conflicto en que se hallaba sumergida? Por otra parte, el proyecto de ir directamente á Londres era el único que podia libertar-

la de los insultos y humillaciones á que se veía expuesta, y así admitió la proposicion con el mas vivo agradecimiento. Durante este tiempo dispertó el niño, y Rosa, despues de haberse compuesto algo su vestido, se informó del conductor del virlocho que habia un camino travesero, que podia conducirlos á Pontefract, sin acercarse á los parages de donde queria huir. Obligó al hombre á tomar este camino, añadiendo que en Pontefract seria tan fácil como en Shefield proporcionarse una silla de posta.

Luego que Mistress Garnet se vió sentada en el virlocho con sú hijo sobre las rodillas y Rosa á su lado, los abrazó á ambos, exclamando que se hallaba tan alegre, que si tuviese tambien allí á su marido viajaria en el virlocho hasta el fin del mundo; pero añadió despues de algunos

minutos: "El vientecillo de la mañana es algo fresco, y yo necesito calentarme el estómago bebiendo un vaso de licor en el primer parage donde paremos."

Rosa varió de color al oir esto, y aun vertió algunas lágrimas; pero aunque el conductor, segun las últimas ordenes que habia recibido, dirigia su camino á una posada, que se veía sobre la derecha, Rosa instó con tal viveza á Mistress Garnet, que logró el que no se parasen allí, y prosiguiesen el camino derecho de Pontefract. Apénas descubrieron este gracioso pueblecito, del cual solo distaban dos ó tres millas, cuando encontraron una silla de posta con cuatro caballos, que pasó con tal rapidez y tan poca precaucion, que el virlocho recibió un golpe, de modo que se volcó, y rompió enteramente.

El caballo que le llevaba echó á huir por el campo: el conductor le siguió procurando cogerle, y dejó á Rosa el cuidado de asistir á Mistress Garnet, que tendida en el suelo llenaba el aire con sus gritos. Rosa vió con el mayor sentimiento que la pobre muger estaba gravemente herida, y que no se veía por allí persona que pudiese socorrerla: se sentó á su lado, limpió el sudor frio que cubria su frente, apoyó la cabeza en sus rodillas, y gritó cuanto pudo con la esperanza de que alguno podria oirla.

En aquel momento se disipó cuanta repugnancia habia tenido á Mistress Garnet: los dolorosos ayes de su madre, que acaso iba á espirar á su propia vista, borraron de su memoria todas las culpas que tenia para con ella, así como tambien la idea de su intemperancia y la vile-

za de sus inclinaciones: cada uno de sus gemidos atravesaba su corazon: ella continuaba llamando socorro, é implorando el favor del cielo, mientras tambien el niño lloraba amargamente; pero en fin, cansada de gritar en vano se levantó por un movimiento de irritacion resuelta á ir á buscar algun socorro, aunque la desgraciada Mistress Garnet la suplicaba permaneciese á su lado para recibir el último suspiro.

Dos caballeros que iban en aquella silla de posta, y que no habian tenido culpa alguna en el suceso, observando que los postillones no cesaban de mirar atrás se asomaron por la ventanilla, y habiendo visto desde lejos el virlocho hecho pedazos, y una muger tendida en el suelo, se apearon, y se dieron prisa á dirigirse á ella.

Los dos caballeros eran el capitan Seagrove y Mr. Montreville: éste último, á pesar de su sorpresa de volver á encontrar á Rosa en situacion semejante, la ofreció su auxilio con el mas vivo zelo.

Rosa estaba demasiado afectada con la desgracia de su madre para conocer á nadie, ni aun á Mr. Montreville. "Socorredla por Dios:" socorredla fue todo cuanto se pudo entender de sus palabras incoherentes; y en verdad el objeto por quien manifestaba tan decidido interés estaba en un estado lastimoso.

Tenia rota una pierna, y la impaciencia natural de su carácter, irritada por el dolor, la hacia prorrumpir en gritos tan penetrantes, que cuando se trató de moverla sus quejidos llegaron hasta el corazon de Rosa, quien al paso que olvidaba to-

dos los errores de su madre, no podia perder de la memoria el recuerdo de aquella repugnancia que la habia inspirado, y de que ella se reprendia severamente á sí propia. "Mis desgracias, decia, son las que han arrastrado á mi madre á este camino: yo soy la causa de lo que padece: ¡ay de mí! ¿tendré tambien que reprenderme de haber sido causa de su muerte?" Mientras que Rosa se entregaba así á sus dolorosas reflexiones, en vano se empeñó Mr. Montreville en conseguir que ni una vez siquiera le mirase.

Se comisionó á uno de los postillones para que fuese á buscar algun socorro, y en efecto volvió dentro de poco acompañado de un cirujano y un posadero, quien por órden del primero habia hecho venir unos mozos con parigüelas para trans-

portar la paciente á la posada.

Cuando se la levantó del suelo perdió enteramente el sentido, y así permaneció hasta que se la trasladó á Pontefract. Entonces el dolor de la operacion de curar las fracturas de la pierna la hizo volver en su acuerdo. Rosa durante este intervalo la sostenia la cabeza, y la aplicaba algunos espíritus; y en fin, terminada la dolorosa operacion se puso sobre la herida un bálsamo, que poco despues produjo el mejor efecto.

El cirujano mandó positivamente que la dejasen descansar, y al punto salieron de la pieza todos los circunstantes, á excepcion de la enfermera y Rosa, que pálida y temblando se sentó á la cabecera de la cama.

Vamos ahora á explicar el modo con que el capitan Seagrove y su amigo se hallaron otra vez en dispo-

sicion de ser útiles á Rosa.

El primero informado por la arrendadora de Shawford de que Montreville habia seguido á la joven robada, volvió á marchar inmediatamente para buscarle; pero las noticias que adquirió en el camino no le ofrecian luz alguna, hasta que un hombre le dijo que habia visto á un caballerito montado en el borrico de la alquería de Shawford, y preguntando por una silla de posta, que parecia le interesaba mucho. El capitan satisfecho con esta noticia corrió á galope, siguiendo el camino que le indicó el pasagero: fue recibiendo en cada casilla igual informe, y al fin llegó á Pontefract tan cansado de su cabalgata, que juró no volver á montar á caballo en su vida. En virtud de esta resolucion se detuvo en una posada, pidió una si-

lla, y mientras venia mandó que le llevasen una botella de vino. Iba á entrar en un cuarto para beberla tranquilamente, cuando Montreville se presentó en el patio de la posada.

Este amable jóven visto el rapto de Rosa hubiera querido armar á todos los aldeanos para ir en su seguimiento; pero aunque todos, hombres, mugeres y niños le aturdian la cabeza con sus gritos, observaron que aunque no debian negarse á obedecerle, sin embargo de que no era su señor, con todo estaban resueltos á aguardar á que fuese de dia.

Montreville, para quien cada momento de tardanza era un siglo de tormento, voló á la caballeriza, y poniendo una silla al primer animal que encontró, y fue precisamente el burro en que el arrendador iba al mercado, partió á galope.

Apénas llegó á la primera casa de postas supo que diez minutos antes habia pasado una silla con la mayor velocidad, é imaginó que los robadores de Rosa eran los que podian caminar con tal ligereza á aquellas horas. Entonces golpeando los lomos del borrico con un latigo roto, que habia cogido en la caballeriza, llegó á Pontefract al punto mismo en que la silla acababa de mudar caballos, y salir de nuevo. Volvió él tambien á continuar su marcha, y en Shefield tuvo la felicidad de llegar al mismo tiempo que la silla. Corrió hácia ella, se asomó por la ventanilla, y á la luz de una hacha, que llevaba el postillon, vió un hombre envuelto en un ropon de viaje, que descubriendo una cara como un plato gritó con voz de trueno: "¿Quién diablos me busca?"

¡Ay Dios! Montreville no vió á

Rosa, ni aun pudo sospechar que se la ocultaban, porque el hombre que iba en la silla era un abogado del condado, que habia caminado toda la noche para asistir á la eleccion de un nuevo miembro del Parlamento, que debia verificarse por la mañana, y así no se sorprendio poco de la curiosidad de Montreville. Éste muy enojado con el descubrimiento volvió la brida á su borrico, sin dignarse fijar la consideracion en el susto que dió al abogado siguiendo con tal teson su silla; pero el pobre jumento rendido de la caminata, y no haciendo caso de la impaciencia y latigazos del ginete, permanecio inmovil, y por último se tendio á la puerta de la posada.

Montreville no era inhumano: solamente le animaba el vivisimo deseo de socorrer á la muger mas hermosa

que habia visto en su vida; de modo que compadecido de aquel pobre animal encargó que le cuidasen, y tomando una silla de posta volvió á Pontefract, donde encontró al capitan Seagrove, quien le comunicó las felices é importantes noticias que habia buscado con tal ardor, diciéndole que la bella joven, que tanto le interesaba, quedaba segura en Grange-House. Despues los dos amigos se volvieron á poner en camino, segun hemos visto; pero mientras que Mistress Garnet descansa, Rosa se entrega á sus melancólicas reflexiones, y la posada está perfectamente tranquila, rogamos al lector que si quiere conocer á Montreville, lea la dilatada historia que empieza en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO II.

Jayme Montreville, octavo conde de Gauntlet, era el cortesano mas distinguido de cuantos brillaban en el reinado de Guillermo y en el de la reina Ana. Obtenia empleos de mucha consideracion, y tenia grandes riquezas; pero á pesar de estas ventajas no era feliz, pues los inmensos bienes apénas podian alcanzar á satisfacer su inclinacion al fausto y á la opulencia, manía que igualmente era la de su esposa. Hallándose sus tierras y sus títulos vinculados con la circunstancia de no salir de la línea masculina, y no teniendo Milord sino solo una hija, le fue imposible gastar mas de lo que tenia, á pesar de las buenas disposiciones en que se hallaba para excederse. De cualquier

modo qùe fuese, Lady Gestrudis Montreville despues de muertos su padre y su madre aceptó la mano del Coronel Herbert, que servia en la marina, y destinó el hijo que tuvo de esta union á que tuviese algun dia el primer puesto de la escuadra británica.

Como Milady continuaba sirviendo en palacio, su hijo adquirio bien pronto la política y la gracia que distinguían á los nobles de aquel tiempo, é hizo tantos progresos en las ciencias amables como en la escuela de la guerra.

Aunque la paz reinaba en aquella época, sin embargo los buques británicos cruzaban los mares, y el jóven Herbert pasaba el estio á bordo y el invierno en la corte. Como su padre era un bizarro militar, y su madre le recordaba siempre las obli-

gaciones que debia á la memoria de los héroes, cuya sangre circulaba por sus venas, y como ademas él era naturalmente intrépido, no pudo destruir estas buenas disposiciones la vida afeminada de la corte, y solo sacó de ella aquella especie de gracia, amabilidad y dulzura en los modales, que forman tan gran contraste con la tosca franqueza de los marinos.

Poco despues se declaró la guerra, y el jóven Herbert haciendo prodigios de valor obtuvo á la edad de veinte y dos años un grado distinguido: fue honrado con la aprobacion de su Soberano, recibió las felicitaciones de la cámara de los comunes; y en fin, gozaba de la estimacion general de toda la nacion.

La extremada alegría que entonces recibió Lady Gertrudis dícese que ocasionó su muerte, y el coronel ya

por la misma causa, ya por la pena de haber perdido una esposa que adoraba, no la sobrevivió sino dos meses; pero aunque entonces el jóven héroe no tenia otro mayorazgo que sus laureles, fue recibido con la mayor distincion en la corte y en casa de su tio el conde de Gauntlet.

Don Felipe Reinaldo Constodello Albertina se hallaba hacia mucho tiempo siendo embajador de S. M. fidelísima el Rey de Portugal cerca de S. M. británica, y sus hijas unian á su particular belleza el gracejo de las damas inglesas. Eran gemelas, y precisamente se hallaban en aquella edad donde un joven heroe, que acompaña á su fama una bella figura, parece á los ojos de las damas un semidios. S. M. fidelísima acababa de firmar alianza con la Gran Bretaña en la guerra que se habia declarado, y

la casa de don Felipe era el punto de reunion de todo lo mas brillante de ambos sexos, y por consiguiente era recibido tambien en ella el capitan Herbert con las mayores distinciones.

Las dos encantadoras hermanas excitaron la admiracion del capitan, quien tambien mereció que le distinguiesen. Doña Aurelia, la mayor, apénas hubiera hallado un hombre mas completo que el capitan, si no hubiese tenido la desgracia de ser un herege, y doña Magdalena, la menor, estaba gozosa con la tierna confesion que la habia hecho de su amor; pues aunque don Felipe era buen católico, y poseía un millon de renta, mientras que el capitan reprobado por la iglesia romana no tenia mas bienes que su graduacion militar, su carácter y nobleza, la pobre doña

Magdalena quedó tan deslumbrada de su fama, y tan prendada de sus virtudes, que una mañana salió sola de la casa de su padre, subió en un coche de alquiler, se fue á la iglesia, y en dos minutos se halló esposa del capitan Herbert.

La rabia de don Felipe subió al extremo apénas supo esta noticia; y se fue á palacio para implorar venganza á los pies del trono, creyendo sin duda que estaba en Portugal: pero todo lo que S. M. pudo conceder á don Felipe fue remitir su queja al juicio de un tribunal compuesto de sus Pares. El embajador poco satisfecho con esta decision solicitó volver á su corte, y partió con su hija Aurelia, á quien miraba como el único apoyo de la antigua casa de Constodello Albertina, proponiéndose casarla con un señor catolico;

mas no sucedió así, sino que tuvo nuevo motivo de disgusto cuando vió que ella declaró formalmente estaba resuelta á tomar el hábito, á lo cual no pudo oponerse, y aunque con alguna repugnancia consintió en un paso, que le quitaba la esperanza de tener herederos de sus bienes.

Una carta de doña Magdalena, que imploraba su perdon, y manifestaba al mismo tiempo estar en cinta, habia estado abierta muchos dias sobre su escritorio, y acaso nunca la hubiera leido, á no ocurrir la despedida del mundo que hizo doña Aurelia, y así encargó á ésta que contestase á su hermana que desde luego la concedia su perdon, bajo la precisa cláusula de que el hijo que pariese fuese enviado á Portugal, y puesto enteramente á sus órdenes; y que si ella convenia en es-

ro, él prometia por su parte librar á favor de su marido veinte mil moadoros.

El capitan Herbert no era hombre de caudal; pero el noble pundonor de su alma no le permitia seguir semejante conducta; y así respondió que sus hijas serian educadas en la religion de la madre; pero que en cuanto á los varones, que por su nacimiento debian estar destinados á defender las leyes y la independencia de la Gran Bretaña, él no los venderia por ningun dinero, y que se lisonjeaba de creer que ellos pensarian del mismo modo, y jamas querrian venderse.

Estos principios irritaron sumamente á don Felipe, y con tanta mas fuerza, cuanto el primer fruto del matrimonio de doña Magdalena fue un niño, cuyas facciones y carácter

anunciaron desde luego que habia de parecerse mucho á su abuelo. Don Felipe jamas hubiera podido creer que las ofertas de un hombre de su rango pudiesen ser despreciadas por un pobre capitan de navío; y así juró no perdonar nunca este insulto, y cumplió su palabra de un modo inflexible, hasta que la desgraciada Magdalena, despues de haber dado á luz una niña, fue llamada al seno del padre celestial.

El mal estado del caudal del capitan Herbert le estimuló entonces á consentir que su hija Eugenia fuese heredera de los bienes de un señor católico, á fin de no privarla de las atenciones y educacion que convenian á su clase. La tomó en sus brazos, y despues de haberla llenado de caricias y bendiciones la entregó á la nodriza, quien acompañada de otras



dos mugeres partió para llevarla á Portugal.

Apénas don Felipe vió á esta niña, que era el perfecto retrato de la pobre Magdalena, lloró, se arrancó los cabellos, maldijo al capitan, y la primer prueba que dió de su buena fé en el tratado con su yerno fue despedir á la nodriza inglesa, á pesar de haber prometido formalmente tenerla en su casa.

El honrado corazon del capitan se indignó sabiendo semejante conducta; pero tal era el estado de su caudal, que pasado aquel primer ímpetu de dolor y resentimiento cesó de sentir una accion, que por otro lado le proporcionaba cumplir la palabra que habia dado á su esposa de que su hija seria educada en la religion católica.

Don Felipe entregó su heredera

al cuidado de muchas damas con la órden de que imprimiesen en su tierno corazon la idea de las obligaciones que debia á su abuelo, de la autoridad sin límites que tenia sobre ella, y de la excelencia de la religion católica. Eugenia fue educada bajo estos principios hasta que llegó á la edad de once años, en cuyo tiempo don Felipe la puso en un convento de Mercenarias, donde su tia era abadesa.

Doña Aurelia al tomar el hábito no habia adoptado ninguna de aquellas minuciosidades, que por lo comun colocan las religiosas en la lista de sus deberes. Ella se acordaba con gusto de la Inglaterra y del capitan Herbert, pero con una sensacion vaga, aunque meditada, y aquella atencion serena que pinta al corazon la memoria del objeto de una pasion en

otro tiempo profunda, aunque ya no existente: así es que á pesar de que se esmeró en formar el corazon de su sobrina, se divirtio en enseñarla la lengua inglesa, y en ella la hablaba siempre con preferencia.

Su terneza hácia esta amable niña crecia cada instante: sus facciones la presentaban el retrato de una hermana querida, y del único hombre que habia merecido su agrado: de modo que se dedicó con mas cuidado á perfeccionar su educacion, y bien pronto vió que sus tareas tenian un resultado superor á sus esperanzas.

Don Felipe las visitaba raras veces; pero aunque esta indiferencia para con sus hijas pareció ir en aumento con los años, recobró sin embargo toda su energía el cariño paternal cuando se trató de la gloria

y del lustre de su familia.

Don José, conde de Tabora Alvarez, el mismo que habia ofrecido su mano á doña Aurelia, conservaba siempre el mayor cariño á las riquezas de la casa de Constodello Albertina, y habiendo obtenido el permiso de SS. MM. propuso á don Felipe casarse con la jóven Eugenia, y tomar él y su hijo mayor el apellido de Albertina, reservando el derecho de transmitir el de su antigua casa en el hijo segundo que tuviese de su matrimonio.

La hermosa Eugenia nada tenia que reparar contra este plan adoptado por don José respecto á sus hijos; pues las secretas causas que la hicieron caer desmayada á los pies de su abuelo, cuando supo esta noticia, fueron en primer lugar una repugnancia invencible á la persona de

don José, y despues un sentimiento de predileccion á favor de otro.

Eugenia era muy vivaracha, y la abadesa muy condescendiente. Miss Elisabeth Knightly, hija de un banquero inglés que vivia en Lisboa, era pensionista en el mismo convento; y como Eugenia no estaba destinada á tomar el hábito, obtuvo de su tia el permiso de acompañar á su amiga Elisabeth siempre que salia á visitar á su padre.

Entonces se habia encendido una nueva guerra, en que la corte de la Gran Bretaña y la de Lisboa conservaron su tratado de alianza, y así una armada inglesa cruzaba en el Tajo, y muchos regimientos de tropas británicas guardaban las fronteras de Portugal.

El capitan Montreville con los mas bellos ojos del mundo, la figura mas

graciosa, y la talla mas proporcionada, carecia de todas las cualidades que distinguían á los demas oficiales ingleses, y solo tenia la inmoralidad, que demasiado comunmente forma el rasgo característico de muchos militares. Por parte de madre era pariente lejano de Mr. Knightly, y por su padre pertenecia á la familia del conde de Gauntlet. Él tenia bastante arte para ocultar los vicios de su corazon cuando su interés lo exigia, y entonces tomaba la máscara de la franqueza y de la bondad, cuyo encanto era irresistible á los ojos de Eugenia, que ningun otro hombre veia, á excepcion de don Felipe, don José Tabora Alvarez y algunos religiosos viejos El capitan Montreville por su parte apénas supo las inmensas riquezas que Eugenia debia heredar, concibio há-

cia ella una pasion violenta.

Eugenia tenia unos ojos negros y expresivos, cuyas miradas á un mismo tiempo voluptuosas é inocentes tenian una gracia inexplicable: sus cabellos y sus cejas eran de un moreno obscuro, sus dientes hermosos, y su talla elegante. El capitan observó sus atractivos; pero como ningun hombre en el mundo tenia mas disposicion que él á disipar un gran caudal, el de Eugenia le deslumbró mas que su belleza, y el amor que le inspiró pareció excesivo. Eugenia por su parte amo tambien al capitan de aquel modo con que generalmente ama una joven la primera vez, es decir, con una especie de delirio y entusiasmo.

Esta amable jóven no creyendo que habia motivo alguno para ocultar la deliciosa sensacion que expe-

rimentaba, se la confesó francamente á su amante, y aun se la hubiera confiado tambien á su tia, si el capitan no la hubiese suplicado en los términos mas expresivos que no diese un paso, que le haria el mas infeliz de los hombres.

El capitan apénas tuvo tiempo de felicitarse por verse libre del peligro de tener por confidenta á la abadesa, cuando quedó petrificado al saber las miras de don José acerca de Eugenia. Prorrumpió en mil maldiciones, se arrancó los cabellos, lloró, se arrojó á los pies de su amada; y en fin, puso en juego todas las pantomimas dramáticas que los hombres saben inventar para seducir la inocencia.

Eugenia atónita, y sin saber lo que la pasaba, le suplicó que se tranquilizase, juro no vivir sino pa-

ra él, y repitió mil veces que no daria á otro su mano; pero nada pudo aliviar el dolor del capitan hasta que en la conferencia siguiente que tuvo con Eugenia en casa del banquero Knightly un capellan de regimiento que pasaba á Indias completó la ceremonia de un modo irrevocable, recibiendo cierta gratificacion.

Eugenia estaba temblando, y el capitan muy contento, y aseguró á su joven esposa que don Felipe no tendria que reparar en cuanto á la nobleza del objeto de su eleccion; pues él era el inmediato heredero de un Par de la Gran Bretaña, que solo tenia tres hijos: en cuanto á los bienes añadio: "¡Oh, Dios, que miserable consideracion es la de los bienes cuando se trata de un verdadero amor!"

La alegre Eugenia era naturalmente cariñosa y sensible, y esta pasion, que habia concebido por desgracia, la entregó en manos de un hombre, cuyo vicioso corazon era inaccesible á todo lo que no fuese placer ó interés; y así la persuadió que el amor era una falta comun á todas las personas de su sexo, y que su abuelo se la perdonaria tarde ó temprano. Las sensaciones de Eugenia estaban de acuerdo con esta primera reflexion de su esposo, y la esperanza la hizo adoptar con ansia la última parte: pero ¿de qué sirvió la retórica del capitan cuando Eugenia, despues de haberse arrojado á los pies de don Felipe, y confesado la repugnancia que tenia al hombre á quien la destinaba, vió que su abuelo la cogió con una mano por sus hermosos cabellos, y con la otra arrimó

á su pecho un puñal, y cuando en vez de aquella indulgencia paternal, que creía hallar en sus facciones, vió pintada en ellas la expresion de la cólera, y le oyó proferir con una voz de trueno las mayores maldiciones contra ella y contra él mismo, si no tomaba venganza de todas las penas que le habia causado la desobediencia de su madre? Juro derramar hasta la última gota de su sangre rebelde, á menos que no prometiese casarse con don José Tabora Alvarez.

Eugenia llena de terror no se atrevió á responder. "Júralo," exclamó don Felipe enfurecido. La desgraciada obedeció temblando; y nos atrevemos á asegurar que toda joven de diez y siete años hubiera hecho lo mismo en semejantes circunstancias.

La noche siguiente se pusieron en

la cabeza de Eugenia los mas soberbios adornos: cargada de oro, perlas y diamantes la tímida víctima fue conducida á un salon para ser presentada á la condesa viuda de Tabora y á sus dos hijas. Apénas se concluyó esta importante ceremonia don Felipe se fue á la corte, y Eugenia corrió á depositar sus lágrimas en el seno de su tia.

La abadesa estaba desconsolada al ver la violencia de su padre; pero no pudo ofrecer ningun consuelo á su sobrina, pues el rango y la familia de don José le hacian ser un partido muy ventajoso. Es verdad que doña Aurelia en otro tiempo habia experimentado hácia él la misma repugnancia, pero entonces su corazon estaba ocupado con la memoria de un hermoso oficial ingles, y ahora no podia adivinar que su sobrina se

hallaba precisamente en la propia situacion.

Don Felipe habia dado sus órdenes á fin de que se ocultase enteramente á Eugenia la historia de su desgraciada madre; pero la abadesa, no pudiendo resistirse á las súplicas de su sobrina, la explicó el sentido de las invectivas que se habia dejado decir don Felipe en el exceso de su ira. La impresion que esta narracion hizo en el espíritu de Eugenia fue grabar á un mismo tiempo el resentimiento de la crueldad de su abuelo para con ella, y la alegría de ver que tenia un padre, que reúnia á un corazon sensible todas las perfecciones de su encantador capitan.

Mientras que pasaba todo esto en la familia Albertina no estaba ocioso el capitan Montreville: la alianza que unia ambas cortes era una

carta de seguridad para todos los ingleses que residian en Lisboa, especialmente para los militares. El capitan al casarse con Eugenia no habia pensado dejar morir en él este secreto, y Mr. Knightly, que formaba tambien su plan particular sobre las riquezas de don Felipe, intentó lograr la proteccion de un ministro inglés á favor de dos amantes tan fieles y tan desgraciados. El banquero tenia el mayor crédito con todos sus compatriotas residentes en Portugal: sus tentativas tuvieron el éxito que deseaba, el embajador tomó cartas en el asunto, y solicitó la proteccion del Rey para los nuevos esposos.

S. M., que habia proyectado y dispuesto el matrimonio de don José Tabora Alvarez con la heredera de don Felipe, se sorprendió vivamente

con esta noticia, y petrificó al abuelo de Eugenia, anunciándole que ésta acababa de dar palabra de esposa al capitan Montreville, porque el banquero tuvo la sagacidad de no decir que el matrimonio estaba concluido. Don Felipe volvio á su casa con toda priesa, y si don José no hubiese estado fuera de Lisboa, entonces mismo se hubiera terminado la union proyectada; pero no pudiendo satisfacer esta impaciencia se contentó con aterrar de nuevo á la pobre Eugenia, y hacerla jurar otra vez que daria la mano á don José, y despues la volvió al convento con una carta cerrada para doña Aurelia, en que la mandaba que no la dejase salir hasta que llegase el esposo que la estaba destinado.

Una agitacion tan extrema fue muy perjudicial á la salud de un

hombre de su edad; y así don Felipe se vió acometido de terribles dolores espasmódicos en el vientre, y anunciando á sus criados que le quedaban pocas horas de vida, envió á buscar un escribano para hacer su testamento. En él despues de señalar mandas considerables al convento en que su hija era abadesa, instituyó á Eugenia su única heredera; pero en los intervalos de sus ataques espasmódicos escribió de su puño un codicilo, en que dejaba todos sus bienes á Eugenia, bajo la expresa condicion de que se casase con don José, y que si no lo hacia, fuese éste el único heredero de sus caudales; y previendo al mismo tiempo todas las circunstancias posibles añadió, que si don José moria, ó algun impedimento imprevisto impedia por parte de este el matrimonio, fuese Eugenia la herede-

ra, con tal de que casase con un católico nacido en Portugal, y que si no, la iglesia fuese su heredera.

Nada prueba mejor el implacable odio que don Felipe tenia á los protestantes como el empeño que puso en terminar su codicilo, á pesar de los dolores, que le obligaban á detenerse á cada instante.

Los médicos del Rey fueron á visitarle; pero todos sus remedios quedaron sin efecto, y á pesar de sus inmensas riquezas, sus títulos, y la antigüedad de su familia, don Felipe dió el último suspiro, y fue enterrado en la sepultura de sus mayores.

El dolor de Eugenia en este suceso fue tal como el que una jóven de su edad puede experimentar por la pérdida de un abuelo tan terrible y tan despótico, á quien apénas habia visto desde la edad de nueve

años, y que acababa de arrancarla un juramento odioso amenazándola con un puñal.

La abadesa quedó inconsolable, y Eugenia, que la amaba mas que á todos, excepto á su querido capitan, adoptó con gusto el consejo de la familia Albertina de permanecer algun tiempo en el convento, como una señal de respeto á la memoria de su abuelo, y una muestra de cariño á su tia.

Durante este intervalo el capitan Montreville aguardaba con la mayor impaciencia la lectura del testamento de don Felipe, y ya habia fletado un paquebot para regresar á Inglaterra con los tesoros que iba á heredar, cuando el maldito codicilo trastornó todo su sistema, y él voló á presentarse á su jóven esposa mas cariñoso y mas amante que nunca.

¡Oh! ¡con qué éxtasis, con qué entusiasmo y elocuencia habló entonces todos los lenguajes, excepto el de la verdad!

Eugenia conmovida, enternecida y transportada bendijo al cielo por verse poseedora de un esposo tan pundonoroso y desinteresado, que aumentaba su cariño la pérdida de las riquezas que esperaba.

"Vos me haceis justicia, hermoso dueño," la dijo estrechándola en sus brazos.... — "¿Pero que?" preguntó ella volviéndole sus caricias.

El capitan, despues de haberla besado mil veces sus hermosos ojos, la dijo que era verdad se hallaba heredero de un Lord inglés que solo tenia tres hijos, y que estaba ligado con las principales familias de su país; pero que muchas personas debian morir antes que el poseyese al-

gunos bienes, y que por otra parte ¿como era posible que sufriese el ver á su querida Eugenia privada de la opulencia á que estaba acostumbrada? ¡Oh! no: semejante perspectiva era mas cruel que la muerte. "Ahora, querida mia, como el sacerdote que nos casó ha marchado á las Indias, y como yo puedo mandar al capitan inglés...."

Eugenia creyendo adivinar el pensamiento de su esposo lloró de gratitud, y le interrumpió exclamando: "¡Qué delicadeza, qué bondad es la vuestra, querido Montreville, pues no quereis abandonar los privilegios de un esposo sino para asegurar la felicidad de vuestra muger!"—"No es eso, hermoso bien mio," dijo el capitan dándola otro abrazo.—"¿Cómo que no es eso? ¿pues qué es?" dijo ella reparándose.

El capitan respondió que su proposicion se reducia sencillamente á ocultar su matrimonio, á fin de gozar de la herencia de don Felipe, salir de Portugal, y vivir juntos, sin tomarse el trabajo de satisfacer la impertinente curiosidad de los que quisiesen averiguar si estaban ó no casados.

Aunque todas las facultades intelectuales de Eugenia estaban concentradas en la pasion que tenia á su marido, su corazon era puro y virtuoso, y así el mas vivo color cubrió sus mejillas.

"¡Cómo! exclamó ella: ¡llegar á ser un objeto de vergüenza para mí, de oprobio para mi familia, y de desprecio para todos! ¡vender mi reputacion por las riquezas! No: antes morir mil veces que consentir en ese paso.

El capitan suspiró, diciéndola que le era preciso separarse de ella; pues su honor le impedia el ser la ruina de una muger qûe adoraba; que para siempre debia alejarse de su vista, y pasar distante de ella su miserable vida.

Eugenia habia declarado con entusiasmo que moriria mil veces antes que vivir deshonrada; pero como la separacion de su esposo la parecia una muerte demasiado terrible, necesitó examinarlo con madurez: el capitan observó su indecision, y no insistió mas, y así ambos se entregaron al placer de protestarse un amor eterno, y dejaron la conclusion de sus negocios para otra conferencia.

Á pesar de que Eugenia continuaba en el convento gozaba de la mayor libertad, y sus visitas con su

marido en la casa de Mr. Knightly eran tan frecuentes como tiernas, y así al cabo de algunos meses se halló en una situacion, que dió al capitan un imperio absoluto sobre ella: y despues, habiéndola persuadido á que la entregase los tesoros inmensos que en oro y pedrería encerraban las arcas de don Felipe, hizo que su muger dejase su poder en toda forma á Mr. Knightly, y salió con ella de Portugal, dirigiéndose á París: alquiló una magnífica casa en el arrabal de san German, estableciéndose en ella antes que el respetuoso don José se atreviese á ir al convento de la Merced á dar el pésame á su futura esposa.

Doña Aurelia quedó consternada, y escribió á Mr. Knightly suplicándole en nombre de la Vírgen que calmase su inquietud, diciéndola á lo

ménos que su sobrina estaba casada.

Mr. Knightly, que hacia poco caso de piadosas recomendaciones, no tuvo por conveniente declarar la verdad, temeroso de que la gestion de las riquezas de la familia Albertina se le fuese de las manos, ni tampoco quiso afirmar una falsedad: pues segun las nociones que tenia del noble carácter de la jóven heredera, no podia dudar que las explicaciones de ésta le hiciesen pasar por un impostor: sin embargo fue á visitar á la abadesa, y despues de haberla asegurado que ignoraba enteramente los convenios secretos de su sobrina, tuvo la destreza de persuadirla que el honor de la familia Albertina recibiria un golpe mortal si se publicaba este asunto; y la abadesa deslumbrada con este sofistico raciocinio ofreció hacer todo lo posible para

disculpar la ausencia de su sobrina cuando hablase con don José, y darle motivo de sospechar que habia ido á Inglaterra en busca de su padre.

Don José quedó consternado con esta noticia; pero se decidió á esperar con paciencia hasta que pudiese verse dueño de la rica heredera, ó apoderarse de la herencia.

Eugenia permanecia en casa de su marido con el nombre de Lady Grandon, y gozaba por este medio los privilegios de una legítima esposa; pero no tenia amistades en París, ni cartas de recomendacion, ni se pintaba: era tímida y modesta; y en fin, tan ignorante de todas las fórmulas del gran mundo, que ninguna muger de la clase brillante de la sociedad se habia atrevido á visitarla. Por el contrario, su esposo era tan bello, tan amable, hablaba con

tanta gracia, se vestia tan de gusto, y tenia tanto dinero que gastar y perder, que apénas podia cumplir con los convites de los hombres, ni con las intrigas galantes de las damas; y lo mas sensible para la desgraciada Eugenia era que siempre que se presentaba en público con el celebérrimo Lord Grandon, se veía el objeto de la maligna sonrisa de las mugeres, y del exámen libre é impertinente de los hombres. El capitan llevaba la vida mas disipada, y se hallaba en todas partes: su muger al contrario, apénas se atrevia á salir de casa, donde no tenia mas consuelo que la conversacion de una muchacha portuguesa muy fea, que habia sido testigo de su matrimonio. Devorada de resentimientos en su interior, y consumida de penas, la desgraciada Eugenia no pudo sufrir

una situacion tan penosa: malparió, y su salud padeció extraordinariamente. Milord temiendo que su muerte agotaria el manantial de riquezas que sacaba de Portugal se desprendió de una brillante partida que le aguardaba en casa de...... y condujo á su muger á las provincias meridionales de la Francia, donde despues de haberla tenido tres meses la volvió á París, deseoso de entregarse de nuevo á los placeres, que por su interés habia suspendido.

Durante la residencia de Eugenia en el Languedoc conoció á un inglés, que habia ido allí á restablecer su salud.

Este penetrado del aire de ingenuidad é inocencia de una muger, cuya conducta no era dudosa á sus ojos, se sintió atraido hácia ella por un movimiento de benevolencia, y

se interesó en su suerte, conociendo por el aire de indiferencia y afectadas atenciones del capitan que ya no la amaba, y que por consecuencia acaso ella se hallaria bien pronto abandonada á todo el rigor de una suerte semejante á la suya, la dió á la despedida una carta para un hermano que tenia en París, y la advirtió que se valiese de ella, si alguna vez tenia necesidad de consejo, ó de cualquier auxilio.

El regreso del Lord Grandon fue un objeto de celebridad para todos sus amigos, mientras que Eugenia se retiró á su aposento, seguida de su siempre fiel Cristiana, y al dia siguiente envió la carta de recomendacion que la dió su amigo de Languedoc.

Mr. Adderly, á quien su hermano habia escrito acerca de Eugenia

segun las ideas que hemos indicado, puso algunos billetes de banco en su cartera, y se preparó á ver una jóven desgraciada abandonada por su amante: pero su sorpresa fue extremada cuando le presentaron á una señora del aspecto mas noble y mas gracioso, que despues de haberle recibido con la mayor y mas dulce política le suplicó la buscase un hombre respetable, que pudiese enseñarla perfectamente la lengua inglesa, que ya hablaba, é indicarla los mejores autores que pudiesen instruirla de las costumbres y genio de los ingleses, añadiendo que estaba resuelta á señalar á este maestro un sueldo considerable. Mr. Adderly prometió obedecer sus órdenes, y volvió á su casa; pero la comision que acababa de encargarle Eugenia era tan diversa de la que él aguardaba, que no pu-

do menos de hablar del asunto en la mesa con uno de sus amigos como de un suceso el mas extraordinario.

Mr. Prior, digno ministro del clero inglés, que habia viajado veinte años á fin de instruirse, y que entonces se hallaba en Paris para distraerse, experimentó tal curiosidad de ver una muger en la situacion que acababan de describirle, que suplicó á Mr. Adderly le presentase como el maestro que le habian encargado; pero bien pronto se prendó sinceramente de su amable discípula, y en el espacio de dos años, que el Lord Grandon empleó en disipar las riquezas de don Felipe, Eugenia adquirió todos los conocimientos que deseaba mediante la lectura de los mejores autores ingleses, y las conversaciones con un hombre distinguido por la pureza de sus principios

morales y la extension de sus conocimientos.

Á fines del segundo año las continuas profusiones de Milord le obligaron á escribir á su amigo Mr. Knightly, estrechándole á que le enviase mas fondos ; pero dos de sus cartas quedaron sin respuesta, y lo que le fue mas sensible ningun dinero llegaba de Portugal.

Semejante silencio por parte de un hombre hasta entonces sumamente exacto era á la verdad capaz de inquietar á cualquiera. El nombre de Lord Grandon era desconocido á los ingleses que habia en París, pero todos convenian en decir que poseía riquezas inmensas: sin embargo, como el dinero no llegaba, los amigos de Milord comenzaron á retirarse, y una bella bailarina de la ópera, á quien habia hecho un regalo consi-

derable, acababa de abandonarle por un arrendador general, cuya fortuna la pareció mas sólida. Rabioso con este suceso nuestro Milord voló al cuarto de su muger, que leía entonces en Milton acompañada de Mr. Prior, la suplicó le concediese algunos minutos de conversacion á solas: la confesó que necesitaba de sus joyas para salir de un empeño terrible, recibió el cofre que las contenia, besó la bella mano que le alargó la llave, y corrió apresurado á casa de un diamantista para venderlas, mientras que Eugenia se sentó tranquilamente al lado de Mr. Prior para continuar su lectura.

Pagadas las deudas de honor, y disgustado de sus amigos y de su bella bailarina, hubiera dejado con mucho gusto á París para volver á Inglaterra con el simple titulo del ca-

pitan Montreville, si no hubiera tenido obligacion de pagar otras deudas, para cuyo abono no tenia recurso. Sin emdargo, pocas semanas despues recibió una letra de diez mil moadoros de parte de Mr. Knightly acompañada de una lastimosa carta, en que pintaba la dificultad de remitirle nuevas sumas, y declaraba que probablemente seria la última que le enviase.

Entonces Eugenia recibió órden de prepararse para marchar á Inglaterra, donde su marido habia prometido recobrar el nombre de Montreville, establecerse en ella, y presentarla á sus parientes, lo que desvaneceria todas las dudas que pudiese haber acerca de las relaciones que le unian con ella. Eugenia informó de esto á Mr. Prior, y se sonrojo al presentarle la corta cantidad, que se-

gun el estado de sus fondos podia darle en recompensa de las tareas que habia empleado para su instruccion.

La negativa de Mr. Prior á recibir ninguna gratificacion la hirió, y la mortificó vivamente: entonces él mismo, obligado por el sentimiento de separarse de su amable discípula, cansado de las innumerables conjeturas que habia hecho sobre su situacion, perfectamente convencido de la inocencia y pureza de su corazon, como tambien de la rectitud y elevacion de su juicio, y al mismo tiempo lleno de buenos deseos sobre su felicidad futura, la confesó francamente los motivos de su primer visita, y los que le habian hecho continuarlas.

Mr. Prior no pudo dar esta explicacion sin entrar en ciertos pormenores, que dieron á conocer á Eu-

genia bajo qué aspecto se la consideraba en el mundo. Primeramente la indignacion cubrió de color sus mejillas, y despues bajó los ojos confusa con la idea que Mr. Prior pudo formar de ella; pero despues de algunos minutos de silencio, en los que reflexionó sobre las consideraciones que la habian reconciliado con el secreto de su matrimonio, conoció que estos motivos existian en todo su vigor, y contó francamente su historia al hombre respetable, que merecia toda su confianza. Hizo esta narracion con un candor y una exactitud, que no dejaron en el alma de Mr. Prior la mas pequeña duda sobre la pureza de su conducta, y le excitaron el mas vivo interés hácia ella. Aprovechándose del conocimiento del mundo, y de las luces de su larga experiencia, la recomendó con

viveza hiciese sancionar su matrimonio en Inglaterra, y añadió que esto era tanto mas preciso, cuanto nuevamente se hallaba en cinta, y que dos de los hijos del Lord, cuyas riquezas podian recaer tal vez en su marido, habian ya muerto, y aun se aventuró á indicarla que tenia poca confianza en los principios de probidad del capitan; pero Eugenia, aunque interiormente convencida de que tenia razon, guardó silencio en este punto. Mr. Prior se comprometió tambien no solo á seguir una correspondencia con ella, sino tambien á volver á Inglaterra, si acaso allí podia serla útil.

Este digno y respetable hombre experimentaba hácia su discípula un afecto verdaderamente paternal: habia estudiado con atencion la alma y el corazon de Eugenia: la digni-

dad de sus modales y su pureza virginal le inspiraron respeto, mientras que su aptitud para las ciencias, y la facilidad en comprender todas las bellezas del idioma que la enseñaba, el gracioso y elegante torneo de sus frases, y las exactas y profundas observaciones que hacia sobre el carácter de los autores que leían juntos, excitaban toda su admiracion.

Cuando el capitan y su muger, ó por mejor decir Milord y Milady salieron de París, pensaban hallarse en Londres al cabo de un mes; pero por desgracia la bella bailarina de la ópera estaba en Lila, por donde pasaron: hacia tanto ruido en aquella ciudad, los oficiales de su guarnicion eran tan alegres, tan amables y tan jugadores, que Milord tomó una casa, con el designio de pasar allí el invierno, y Eugenia

obligada á convenir en este plan comenzó su correspondencia epistolar con su respetable maestro.

Mr. Prior quedó tan sorprendido como afligido á vista del capricho del capitan, y vió el precipicio que se abria á los pies de Eugenia; y aunque no la manifestó enteramente sus temores, la dijo lo bastante para ponerla sobre aviso. Sin embargo, como no era posible suponer que Milord quisiese reconocerla por su esposa antes de que llegára á Inglaterra, tuvo que armarse de paciencia, y empleó el tiempo de su residencia en Lila en escribir á su digno amigo, recibir sus respuestas, y cultivar su talento: de modo que á poco tiempo no fue ya aquella crédula y sencilla Eugenia, sino una muger instruida, sensible, reflexiva, y únicamente dedicada á conservar

siempre su reputacion, y el bien estar de la criatura que llevaba en el vientre.

Entretanto el capitan Montreville habia vivido de un modo harto disipado, ó tenia demasiado corta penetracion para conocer la mudanza ventajosa que se habia efectuado en el talento y modales de su muger; porque cuando llegó á Londres con Eugenia, habiendo tomado una casa mal mueblada para ella en Brompton (*) bajo el nombre de Lady Grandon, él alquiló una habitacion en Saint-James-Street con el nombre del capitan Montreville; y su confusion fue inexplicable cuando ella con un tono sereno, pero severo, exigió que públicamente la reconociese por esposa legítima.

(*) Pueblecillo cerca de Londres.

Debemos esperar mas tiempo era siempre la máxima favorita del capitan; pero por entonces halló dificultad en ponerla en práctica. Eugenia recordó á su esposo que era el pariente mas cercano de un Lord, que ya no tenia sino un hijo, que el sacerdote que los habia casado se hallaba entonces en Inglaterra, que la dificultad de sancionar su enlace no existia ya como en Francia, que ya eran inoportunas las dilaciones, y que no solamente eran injuriosas para ella, sino que podrian privar á sus hijos de los derechos legítimos que tenian á la herencia de sus padres.

El capitan estrechado de este modo respondió que apénas recibiese una cantidad considerable, que ya se hallaba á aquella sazon en manos de Mr. Knightly, daria al diablo el resto de la herencia de Lisboa, y se

retiraria á una cabaña, donde viviria tranquilamente con su adorada Eugenia.

Estas bellas protestas del capitan no hicieron mucho efecto sobre el espíritu de su jóven esposa; pero la situacion en que se hallaba la hizo consentir en esta nueva dilacion, pues estaba muy abanzado su preñado, y ella desconocia las costumbres y los usos de Inglaterra tanto como á sus habitantes. Prometió pues aguardar la llegada de la letra de cambio de Lisboa; mas en secreto resolvió arrojarse á los pies de su padre, que segun las noticias que la comunicaba Mr. Prior, habia ascendido al grado mas distinguido de la marina, gozaba de la estimacon de sus compatriotas, y de una fortuna considerable.

Poco tiempo despues la desventu-

rada Eugenia dió á luz un niño en la obscura habitacion de Brompton, donde las visitas del capitan en su birlocho excitaban las malignas sonrisas de los vecinos; pero el sacerdote no parecia, y (lo que era todavía peor) tampoco llegaba de Lisboa la letra de cambio.

Eugenia, únicamente pensando en su hijo, esperaba con impaciencia la remesa de Mr. Knightly, quien como tenia la administracion de considerables haciendas, la hacia esperar que á lo menos una buena parte de estas riquezas llegaria á ser el patrimonio de su hijo.

El capitan, guiado de motivos diferentes, sufria el mas vivo deseo de que llegase la letra de cambio, porque mientras tenia la astucia de hacer pasar á su muger por su querida, una otra mas querida gozaba efectivamente

todos los privilegios de su muger. Acababa de establecerse en Portman-Square con una jóven encantadora, á quien habia hecho tomar el nombre de Mistress Montreville, la cual poseía un talento extraordinario para hacer desaparecer rápidamente todas las letras de cambio posibles; de manera que el capitan no sabia cómo cumplir con las numerosas cuentas de los mercaderes y modistas que sitiaban su puerta, y ya era llegada la ocasion de marcharse á una cabaña con su adorada Eugenia; es decir, que se hallaba obligado á substraerse de la vista de los ministriles, á quienes habia conocido perfectamente en otra ocasion, y que tambien le conocian á él demasiado, para que esperase escaparse de su persecucion.

Confió su situacion á Eugenia, la cual ignorando la cantidad de las su-

mas que habia recibido, y el modo con que las habia gastado, le franqueó todo el dinero y alhajas que aun conservaba.

El capitan voló entonces á Portman-Square, cogió á Mistress Montreville, y marchó inmediatamente á París.

CAPÍTULO III.

La ausencia del capitan durante dias, semanas, y aun meses enteros, no era una novedad para Eugenia: sin embargo, como ella le habia entregado no solo el resto de sus joyas, sino tambien el dinero que tenia, á excepcion de una guinea y algunas otras monedas, empezó á temer la llegada de una pena, que hasta entonces habia desconocido; esto es, la indigencia.

Acostumbraba á enviar sus cartas al capitan Montreville con el sobre del café de Pall-Mall; pero entonces en lugar de confiar al correo la que acababa de escribir, se decidió á enviar á su fiel Cristiana con órden de preguntar por el capitan Montreville; y que si no estuviese allí, le dejase la carta.

"Hace tres meses que no hemos visto al capitan Montreville, dijo uno de los mozos del café; pero aquí hay muchas cartas y un grueso paquete de Lisboa....." — "¡Ah! dadme esos papeles," exclamó Cristiana vivamente.

El mozo la miró con atencion, y dijo: "¡Dároslas! por mi vida que no lo haré: estas cartas no serán entregadas sino en mano del capitan ó de su esposa." — "Pues, bien, yo voy á buscarla;" gritó Cristiana, que ya estaba en la calle; y metiéndose en un coche llegó á casa de su ama, y volvió con ésta para recoger el paquete de Lisboa.

La respuesta del mozo fue siempre la misma, que no entregaria aquellos papeles sino al capitan ó su esposa.

Eugenia afirmó de un modo solemne que bajo este nombre los reclamaba; pero el mozo contextó que ella

no era Mistress Montreville, pues ésta vivia en Portman-Square. El dueño del café termino la disputa, declarando que no entregaria los papeles sino al mismo capitan, cuya verdadera esposa conocia, que vivia efectivamente en la plaza que habia dicho el mozo.

Eugenia sofocada de dolor y de indignacion volvió á subir en el coche, é hizo señal con la mano al cochero para que caminase hácia la plaza de Portman-Square.

Entonces fue cuando por la primera vez conoció toda la extension de su desgracia; y cuando se apeo á la puerta de la casa del capitan Montreville, y oyó decir á los criados que su amo y su ama habian marchado al campo, comprendió perfectamente que el viaje se habia emprendido el último dia que le habia visto.... no hay palabras que puedan expresar cuál

fue su dolor entonces.

Eugenia era particularmente distinguida por su leguaje gracioso, y aunque conservaba un acento extrangero en su pronunciacion, tenia un eco de voz tan armonioso y tan dulce, que no era posible oirla sin conmoverse: mas ¿cómo podia persuadir á los criados de que una esposa legítima habia consentido en vivir obscuramente con su hijo tan cerca de su marido, mientras que una *querida* ocupaba su legítimo lugar?

Estas pruebas de la perfidia de su esposo abatieron su espíritu; pero el noble orgullo que la inspiraba el sentimiento de su dignidad, y el decoro que debia á su rango, la impuso silencio. Sin embargo, el amor maternal despedazaba su corazon: se acordó del lazo sagrado que la unia al hombre indigno de su estimacion, y se estreme-

ció considerando que su desgraciado hijo iba tal vez á perder todos los derechos que debian asegurarle la legitimidad de su cuna.

Suspiro profundamente, y se alejó de los criados, que no habiendo recibido salario alguno de su amo, y cansados de responder todo el dia á los acreedores, exclamaron que estaban prontos á entregar la casa que se les habia confiado á cualquiera que quisiese sucederles.

Mientras que Eugenia se sometia en silencio al horror de su suerte, la pobre Cristiana en un chapurrado de portugués, francés é inglés gritaba como una loca, á pesar de que nadie sino su ama podia entenderla. Ella habló con amargura de Mr. Cassey, soldado en otro tiempo del regimiento de Montreville, luego su ayuda de cámara y su confidente, y dijo que ha-

bia abusado de su buena fe bajo promesa de matrimonio, despues de haberla jurado que la amaba con todo su corazon, que ciertamente la amaba como el capitan podia amar á Eugenia: "en una palabra, exclamó Cristiana, toda mi felicidad depende de él."

Eugenia oprimida por el remordimiento de haber faltado á la obediencia de su abuelo, desconsolada con la suerte que aguardaba á su hijo, y compadecida de la compañera de su desgracia, se echó el velo sobre el rostro, y salió de la casa.

Los clamores de Cristiana, la viveza de sus gestos y su extraña figura atrajeron á la puerta del capitan una porcion de gente, que imaginaron que aquella muger estaba loca, y juzgaron que sus lágrimas y sus exclamaciones eran la cosa mas cómica y mas divertida del mundo.

Eugenia hubiera encontrado suma dificultad en poder atravesar aquel grupo, si la elegancia y la nobleza de su aire, añadido á la singularidad de sus circunstancias, no hubiera atraido la atencion de un anciano, que la ofreció su proteccion para conducirla al coche. Aquel hombre, que poseía á fondo las diversas lenguas que usaba Cristiana en sus exclamaciones, no juzgó que las desgracias de una muger pudiesen divertir á nadie; y viendo que los curiosos se obstinaban en detener á Cristiana, la dió el brazo para subir al coche despues de haber hecho lo mismo con su ama, y declaró en alta voz su intencion de acompañarlas á su casa.

Este anciano bondadoso era un hombre de los mas acaudalados de la Gran Bretaña: varios de los curiosos que formaban el grupo conocian su

carácter y riquezas, y apénas le vieron sentado en el coche, cuando todos los importunos se alejaron por respeto.

Entonces él dirigió varias veces la palabra á Eugenia; pero esta triste, pensativa y abatida, oculto el rostro en su velo, sus manos cruzadas y los ojos cerrados, apénas dejaba oir los suspiros convulsivos que levantaban su pecho, ni podia pronunciar una palabra, ni siquiera una lágrima corria por sus mejillas pálidas como un cadáver.

Cristiana por el contrario hablaba con una ligereza admirable; pero sus frases incoherentes no ofrecian al desconocido todas las luces que deseaba. Exclamaba que su inocente ama era la muger mas desgraciada del mundo, exceptuando ella misma; que el capitan Montreville era un monstruo, y

su criado Mr. Cassey el hombre mas falso, perjuro é indigno, á pesar de sus bellas palabras y modales seductores.

El caballero guardaba silencio, y recordaba los diversos rumores que habian circulado sobre la conducta del capitan Montreville. Con efecto se decia generalmente en la sociedad que si él viviese á expensas de una rica heredera católica, á lo menos se la veria participar de su opulencia; pero el caballero razonaba de otro modo, porque pensaba que si el capitan habia disipado todo su patrimonio, huido de sus acreedores, y vivido largo tiempo fuera de su patria, ¿cómo habia podido estar tan opulento en Francia, jugar tan fuerte, y recobrar últimamente una de sus antiguas *queridas*, que ya le habia arruinado otra vez, á no ser que hu-

biese robado el tesoro Real, ó abusado de la buena fé de una rica heredera, demasiado crédula y apasionada?

Estas reflexiones ocupaban profundamente al caballero, ínterin Cristiana llamaba los rayos del cielo sobre la cabeza del perjuro Cassey, y Eugenia no pensaba sino en su cruel situacion, y en la suerte que aguardaba á su hijo. En fin salió de aquella especie de letargo funesto, cuando al entrar en su casa vió á su hijo extender sus bracitos hácia ella, lanzando gritos dolorosos, y buscar en el pecho materno el alimento de que habia estado privado mucho tiempo. La desgraciada Eugenia cayó en terribles convulsiones, el velo que cubria su rostro se apartó á un lado, y dejó ver al caballero las mismas facciones de aquella muger, que le habia inspirado un interes tan vivo durante

su residencia en el Languedoc, y por la que desde entonces temió un abandono cruel de parte de su amante. Sin embargo, él jamas hubiera creido que esta amable criatura y la rica heredera, de que tanto se hablaba, fuesen una misma persona.

Felizmente este descubrimiento no disminuyo el interés que le inspiraba, y bien pronto los medicos, boticarios y cirujanos vinieron por su órden, y se ocuparon en socorrer á Eugenia; pero todos sus cuidados no pudieron contentar al niño, á quien la hambre hacia llorar amargamente, hasta que el rico desconocido le proporciono lo que tan imperiosamente exigia.

La muger de un oficial de marina, que vivia al lado, y que hasta entonces se habia abstenido de visitar á Eugenia, á causa de la conducta que se la sospechaba, llego á su puerta, lla-

mada del ruido que habia, y viendo que Mr. Adderly, cuyo poder y recta moral conocia particularmente, bajaba de un coche sosteniendo en los brazos á Eugenia, envió á su criada para ofrecer á este hombre generoso sus servicios.

Como Mistress Littleton estaba entonces criando un niño, la criada conmovida por los gritos del de Eugenia, le cogió en brazos, y se lo llevó á su ama con la recomendacion mas lisonjera de Mr. Adderly.

Á pesar de la repugnancia que experimentó Mistress Littleton en dar su pecho á un niño desconocido, y que suponia fruto de una union ilegítima, y á pesar tambien del recelo de perjudicar por esto á la salud de su propio hijo, no pudo resistir á los gritos del inocente que acababan de entregarla, de modo que ya por compasion

ó deseo de complacer á un hombre tan rico y respetable como Mr. Adderly, continuó alactando al hijo de Eugenia por espacio de seis semanas, durante las cuales esta madre infeliz no pudo ni aun conocer esta prueba de su bondad.

Mr. Adderly visitaba constantemente á su interesante enferma, y mientras que el delirio de ella la quitaba todo conocimiento de su suerte, Cristiana contó á este generoso protector toda la historia de su ama.

Ya hemos dicho que Mr. Adderly era rico: su caudal era tan considerable, que apénas él mismo conocia la cantidad de sus riquezas; pero lo mas particular es que sabia hacer un buen uso de ellas, sin embargo que procuraba conocer la situacion de las personas á quienes pensaba socorrer: guiado pues de este principio tomó

varios informes de Eugenia de boca del cónsul portugués y de varios comerciantes de aquella nacion establecidos en Londres, y recibió de ellos la confirmacion de cuanto habia oido, á excepcion del matrimonio, que nadie creía; pero Cristiana insistió tan positivamente en este punto, y dió tales detalles del dia, hora y circunstancias por lo que sabia, y lo que habia oido decir al pérfido Mr. Cassey, que las pocas dudas que le quedaban se desvanecieron bien pronto.

Cuando Eugenia convaleciente volvió á pensar en sus desgracias, y sobre todo penetrada de gratitud por sus atenciones paternales, quiso esforzarse á manifestar el sentimiento de gratitud, que llenaba su corazon, él la interrumpió con el tono de voz mas sereno que pudo tomar, y la anunció, que habiendo sabido que él

Almirante Herbert era su padre, se habia decidido sin pedirla permiso á hacerle saber la triste situacion en que se hallaba sin haberla merecido. "Yo estoy muy contento, señora, continuó él, de poderos anunciar que el Almirante.... "—"¡Oh, mi Dios! le interrumpió Eugenia temblando: ¡será posible que despues de haber abreviado la vida de mi venerable abuelo, despues de quebrantado sus últimas voluntades, conserve todavia un padre, un padre que se digna tomarme bajo su proteccion! ¿Y quién sois vos, señor, vos, que como un protector lleno de misericordia habeis socorrido mi infortunio, dado una madre á mi desgraciado hijo, y á mi mi padre? Decidme quién sois, decidme vuestro nombre para que yo le bendiga hasta mi último suspiro."

Mr. Adderly separo los ojos de

la interesante Eugenia, y los fijó en un feo cuadro, que estaba sobre la chimenea, y con voz trémula, y una agitacion, que en vano queria ocultar, respondió sencillamente que era un hombre bastante feliz, pues la Providencia le habia dado los medios de socorrer á sus semejantes, que se llamaba Adderly, y que era banquero, y corria con los negocios del Almirante Herbert, á quien habia creido de su deber anunciar la posicion en que ella se hallaba, así como tambien la abominable conducta de su marido.

Eugenia se cubrió el rostro, y comenzó á llorar. "Yo debo confesaros, señora, añadió Mr. Adderly, que he encontrado al Almirante y su hijo sumamente irritados por el modo con que vuestro abuelo dispuso de su caudal." — "¡Su hijo! excla-

mó Eugenia: ¡con que tambien tengo un hermano! ¿Y por qué están irritados por el testamento de mi abuelo? ¿acaso los bienes que disfrutan son escasos?"—"No; pero por mas ricos que sean, quisieran serlo mas: tal es por lo menos la opinion de vuestro hermano, quien por otra parte afecta no creer que estais casada."—"¡Hombre cruel é injusto!" exclamó Eugenia suspirando.—"Los que sin conocernos juzgan mal de nosotros no pueden ofendernos, dijo Mr. Adderly: entonces atacan á un fantasma imaginario; de modo que son crueles é injustos consigo mismos. Vuestro hermano no quiere conoceros: es un hombre egoista, duro, altivo, y en una palabra, indigno de tener una hermana como vos: él tiene todos los conocimientos y todo el valor de vuestro padre, á excepcion

de su prudencia y moderacion." — "¡Ay, señor! dijo Eugenia estrechando su niño al pecho, yo tiemblo preguntaros mas....". — "Vuestro padre, prosiguió interrumpiéndola Mr. Adderly, ha considerado tanto tiempo al capitan Herbert como su única esperanza, que ahora está gobernando por él." — "¿Será inexorable? ¿Por ventura no es mi padre?" replicó Eugenia.

"Él os concede trescientas libras esterlinas cada año, y yo he recibido órden de pagaros el primer plazo." — "Dios mio, bendecid á mi padre," exclamó Eugenia poniéndose de rodillas.

Mr. Adderly clavó nuevamente la vista en el cuadro de la chimenea como pensativo. Aquí debemos confesar que acababa de valerse en esta ocasion de una ciencia, para la cual

tenía muy pocas disposiciones; quiero decir de la invencion, pues aunque hasta cierto punto habia dicho la verdad, faltaba mucho para que su narracion fuese enteramente exacta; porque el Almirante y su hijo estaban tan indignados del borron que la mala conducta de Eugenia podia haber echado sobre la opinion de la familia, si no estaba casada, y tan encolerizados por su ligereza, si en efecto habia matrimonio, y conservaban ademas tal resentimiento por el testamento de don Felipe, que despreciaron los buenos oficios del respetable banquero, y el testimonio que daba de su buena conducta, y le prohibieron en los términos mas ásperos que los hablase de ella.

"¡Pobre desgraciada! dijo entre sí Mr. Adderly: vedla despreciada por sus protectores naturales: ya no

la queda mas que yo sobre la tierra." Entonces este digno hombre pensó el modo con que podia hacerla admitir sus beneficios sin herir su pundonor, y se decidió á hacerla creer que el Almirante queria concederla una pension anual de trescientas libras esterlinas.

Eugenia se contristó de no poder arrojarse á los pies de su padre; pero como nunca le habia visto fue menos vivo su sentimiento, y le escribió una carta llena de las expresiones de su vivo reconocimiento, cuya carta se encargó de dirigir el digno banquero.

Mr. Adderly era viudo, y comunmente se paseaba por Brompton cuando salia de su casa con intencion de dar una vuelta. Por fin conocio que no era insensible á los encantos de un objeto tan seductor como Euge-

nia, y el placer que sentia á su lado, como tambien la pena que experimentaba al separarse de ella, le hicieron conocer bien pronto el peligro de su situacion. Su corazon puro y virtuoso no le dejaba sino un camino, y le tomó inmediatamente. Se despidió de Eugenia despues de haberla anticipado el segundo tercio de su pension, y cesó enteramente sus visitas.

Eugenia habia conocido el colorido sentimental que distinguia las atenciones de Mr. Adderly, y luego le respetó mucho mas viendo la victoria que habia alcanzado sobre sí propio. Entonces se dedicó exclusivamente á las dulces ocupaciones del amor materno, mientras que las frases á veces inteligibles de Cristiana, usadas para dar á entender las relaciones que unian á su ama con

el Almirante Herbert, la supuesta pension que éste abonaba á su hija, el credito de Mr. Adderly, y la conducta prudente y virtuosa de Eugenia, habian restablecido de tal modo su crédito en el barrio, que Mistress Littleton formó una íntima amistad con ella, sin temer como antes la censura del público. Los dos niños tenian casi un año, y Eugenia conservaba el mas tierno reconocimiento por los cuidados maternales de su nueva amiga para con su hijo en una época, cuya memoria oprimia fre cuentemente su sensible corazon.

Por espacio de dos años continuó Eugenia en Brompton con el nombre de Grandon: el título de Lady la era debido por su rango en Portugal, y por otra parte Cristiana no hubiera consentido con gusto en suprimirle cuando hablaba de su ama; pero

Eugenia viendo crecer su hijo conforme deseaba su cariño, y descubriendo ya en sus facciones las señales de un alma noble y un espíritu elevado, se acordó del ilustre orígen de este niño por la línea materna, y los derechos que le daba el nacimiento de su padre, y conoció que no debia conservar por mas tiempo un nombre, que no era el suyo: sin embargo, en Brompton no la conocian sino con el de Grandon: no podia tomar el de Montreville sin variar de lugar, y entonces era preciso separarse de una buena vecina, y apartar su hijo de un hermano de leche, á quien amaba con pasion. Esta reflexion trastornaba sus planes, y la llenaba de dudas, cuando una circunstancia imprevista la proporcionó los medios de satisfacer la generosidad natural de su corazon, y ser

útil á Mistress Littleton recompensándola sus favores.

El capitan Littleton murió en las Indias occidentales, donde estaba hacia un año, sin hacer mas disposicion á favor de su muger y su niño que dejarles un mayorazguillo situado cerca de Truro, en el condado de Cornouailles, el cual le habia disminuido de tal modo su abuelo, que ya no consistia sino en un caseron viejo, una huerta, un jardin, y algunas aranzadas de mala tierra.

Mr. Wittal, agente del capitan, acababa de salir de Londres para Bedfort; pero deseoso de ocuparse en los asuntos de un oficial, que habia muerto sin dejar arreglados sus negocios, envió á Londres su escribiente para avisar á la viuda las pérdidas que podia esperar, y la necesidad de reducir sus gastos. Mistress

Littleton era del país de Galles, y con toda la irresolucion de un espíritu débil titubeaba si se retiraria á su país, ó al condado de Cornouailles, cuando Eugenia se ofreció á acompañarla, y pagar doscientas libras esterlinas anuales por ella y por su niño, lo que fijó la irresolucion de ella, y la determinacion á marchar á Truro. Envió desde luego por mar sus muebles y su criada, y se fue á vivir á casa de Eugenia ínterin que concluía sus negocios con el escribiente del agente de su difunto.

Mr. Hamson se condujo con suma urbanidad para con la viuda en el curso de sus negocios, y habiendo visto á Lady Grandon en una de sus visitas, le chocó tanto la elegancia de su figura, que manifestó gran curiosidad de conocer su historia y sus parientes. Mistress Littleton, que

gustaba mucho de su conversacion, le contó toda la historia de Eugenia; y ya fuese porque Mr. Hamson se interesase en ella, ó le interesase la persona que la contaba, lo cierto es que sus visitas empezaron á ser mas continuas.

En fin, luego que se concluyeron los negocios del abintestato, Mistress Littleton, Eugenia, los dos niños y Cristiana partieron á Truro en posta, y llegaron sin ningun incidente.

Holy-Ash, casa de Mistress Littleton, era un antiquísimo edificio arruinado. En uno de sus parajes mas habitables se colocaron los muebles de la familia; pero Eugenia se apropio una larga galeria y dos cuartos del centro, donde se propuso dedicarse á la educacion de los niños.

La situacion de Holy-Asn era agradable y romancesca, y Eugenia

empezó á disfrutar una tranquilidad, que hácia tiempo la era desconocida.

Antes de salir de Londres habia tenido cuidado de solicitar una conferencia con Mr. Adderly, quien la informó que en Lisboa habia corrido la voz de su matrimonio, que don José Tabora Alvarez habia obtenido una órden del Rey no solo para detener las rentas del difunto don Felipe, sino tambien para reclamar los títulos de todas las propiedades de la familia Albertina, que se hallaban en manos de Mr. Knightly; que el capitan Montreville habiendo recibido remesas considerables continuó viviendo en Francia con el mayor fausto; pero que al presente, habiendosele cerrado todos los recursos, era probable que se viese obligado á salir de Paris con precipitacion.

Eugenia dio gracias al cielo por

haberla dado un padre tan generoso como el Almirante Herbert, un amigo tal como Mr. Adderly, y manifestó alegrarse de los pasos que se habian dado para ejecutar la última voluntad de su abuelo en cuanto era ya posible. En seguida se informó de Mr. Prior, y habiendo sabido que este hombre respetable viajaba en las colonias inglesas, acompañado de un sabio, se despidió del digno Mr. Adderly, y partió al condado de Cornouialles, segun hemos dicho.

La bella reclusa estaba cada dia mas contenta en un retiro, donde nada podia estorbar su ansia por instruirse; pero Mistress Littleton, cuya alma apocada no tenia analogía con la de Eugenia, despues de haberse extasiado los primeros dias con las bellezas campestres, cayó por grados en la apatía, el disgusto y el tedio.

Eugenia, que conoció que esta mudanza no podia nacer sino del vacío de las ideas, escuchó con paciencia cuanto quiso decirla su amiga sobre los negocios domésticos, pensando distraerla de este modo, y se esforzó á inspirarla aquella resignacion en los decretos de la divina Providencia, de que ellà ofrecia tan bien ejemplo: mas viendo que no podia conseguir su fin, desistió del plan, y habiendo tomado bajo su tutela al hijo de Mistress Littleton con el suyo, se dedicó á la educacion de ambos. Este fue el principal negocio de su vida por espacio de dos años, al cabo de los cuales la viuda salió de su apatía por la pérdida de su hijo, que murio de viruelas.

Deslumbrada en la prosperidad, sin valor en la adversidad, y abatida en la afliccion, tal era la po-

bre Mistress Littleton: lloró á su hijo, y se entregó á un dolor extravagante: mas al mismo tiempo experimentaba un deseo demasiado violento de abrazar quanto podia libertarla de la vida monótona que llevaba, que se enjugasen sus lágrimas, y se la olvidase su hijo. Una tarde vió que Mr. Hamson, el escribiente de su agente, entraba en el patio de la casa, y se anunció diciendo que venia de Londres expresamente para hablarla.

Eugenia habia conservado siempre la costumbre de desayunarse en su quarto, y como su hijo apenas estaba restablecido de la cruel enfermedad que arrebato á su compañero, se decidió á comer y cenar sola ínterin habia huéspeda en la casa.

Mistress Littleton contentísima con ver que se interrumpia la monotonía

de la vida que pasaba en Holy-Ash, donde á excepcion de un sacerdote romano, un cura achacoso, un doctor estropeado y algun aldeano, no veía ningun otro hombre, se dedicó con entusiasmó (*) al cuidado de agradar al jóven Mr. Hamson.

Él dormia en una posada cerca de la casa; pero pasaba el dia al lado de la viuda, se paseaban por la mañana en los prados, por la tarde en los bosques, é iban juntos á escuchar el dulce murmullo de los arroyos; de modo que cuando este huesped amable marchó de Holy-Ash llevó consigo los dulces afectos de la viuda, y la dejó tan desprovista de armas contra el tédio, que escuchó con complacencia los fastidiosos detalles de

(*) Debe huirse de esta especie de entusiasmo para evitar las funestas consecuencias que suele traer.

Cristiana sobre las gracias y la perfidia de Mr. Cassey, únicamente para poder desquitarse hablando ella de Mr. Hamson.

Cristiana, habiendo oido decir á éste mientras su residencia en Holy-Ash, que sabia el paradero de Mr. Cassey, y que se encargaría con gusto de dirigir una carta á su familia en Portugal, se la puso en la cabeza el escribir, y despues de haber borroneado muchos pliegos de papel, llegó á escribir dos cartas, una llena de amargas reconvenciones á Mr. Cassey, y otra en que no perdonó invectiva alguna contra Montreville, la cual dirigió á una hermana que ella tenia en Lisboa. Entregó ambas á Mr. Hamson, quien prometió dirigirlas exactamente á su destino.

Durante este intervalo Eugenia se ocupaba deliciosamente en la educa-

cion de su hijo, y pasaba la vida tranquila de la inocencia, leyendo y meditando los mejores autores, sin que su corazon la recordase siquiera la existencia del hombre que la habia sido tan querido.

Sin embargo, una felicidad permanente no era la suerte de esta muger interesante: su hijo cayó enfermo con alfombrilla, á la que se añadió un cólico terrible, que le redujo á las puertas de la muerte.

El dolor y la inquietud de Eugenia solo pueden conocerlo las madres que sean tan sensibles y cariñosas como ella; de modo que cuando el niño salió del peligro, Eugenia estaba tan flaca como si hubiese salido del sepulcro.

Poco tiempo despues recibio Cristiana una carta, que la causó tanta alegria como si hubiese visto presentarse al mismo Cassey tan tierno y

expresivo como habia sido. Esta carta era de su hermana, que vivia con doña Aurelia, y la decia era preciso advertir á Eugenia de que la pobre abadesa, atacada de una enfermedad peligrosa, acababa de ser desahuciada por los médicos; pero que habia manifestado el mas vivo deseo de no morir antes de haber entregado en manos de su querida sobrina cien mil rix-dollars, que don José queria cederla, con tal de que en persona fuese á cobrarlos; pues ambos estaban resueltos á no consentir que el herege Montreville tocase un solo dollar.

Eugenia lloró acordándose de su tia, y Cristiana puesta de rodillas la suplicó que condescendiese con los ruegos de la abadesa, y fuese á recibir los cien mil rix-dollars, siquiera por amor de su hijo, cuya fortuna hasta entonces era tan incierta.

El niño estaba demasiado débil para sufrir un viaje tan largo, y su madre era sumamente cariñosa para marchar sin él; pero los cien mil rix-dollars eran el texto de las plegarias de Cristiana, mientras que la imágen de la moribunda abadesa despedazaba el corazon de Eugenia.

Pocos dias despues llegó segunda carta, sellada con las armas de la familia Albertina, escrita á nombre de doña Aurelia, aunque no de su mano, por estar demasiado débil, rogando á Eugenia que fuese á cerrar sus párpados, y recoger una parte de la herencia de su abuelo, que don José tenia la bondad de cederla.

La confusion y agitacion de Eugenia fueron extraordinarias: las obligaciones que debia á su tia, á sí propia y á su hijo la ocurrieron sucesivamente; pero por último se re-

solvió á cumplir la voluntad de su tia, y creyendo que podia fiar el niño á la fiel Cristiana y á Mistress Littleton, que le queria como madre, se dispuso á cumplir el deber sagrado, que la alejaba de lo que mas amaba en el mundo.

Como la certificacion del sacerdote que habia asistido á su matrimonio era un documento preciso para presentarse á su respetable tia, la metió cuidadosamente en su cartera; y despues de haber recomendado con toda solemnidad su hijo á Mistres Littleton y Cristiana, y haber recibido el juramento de cuidarle como ella misma, subió en una silla de posta, llegó á Falmout, y se embarcó en un paquebot, que inmediatamente dió la vela para Lisboa.

CAPÍTULO IV.

Mistress Littleton y su confidenta Cristiana no teniendo que hacer sino divertir al niño mas dócil que habia en el mundo, se emplearon en recordar todas las deliciosas aventuras de su vida pasada; y la comparacion que hacian de ella con la presente no tardó en excitar sus penas, sus suspiros, la tristeza y el tédio.

Es verdad que Cristiana llevaba alguna ventaja á Mistress Littleton, pues se consolaba pensando en los cien mil rix-dollars que iba á recibir su ama, y en los regalos que sin duda la haria doña Aurelia; pero á poco tiempo sucedió un lance que trastornó todas sus ideas, y la volvió de nuevo á aquella época de que tanto se acordaba, y fue la repentina apari-

cion del pérfido Cassey, que se presentó en Holy-Ash á los ocho dias de la ausencia de Eugenia.

El modo con que fue recibido por su amada ofendida fue bien poco lisonjero, pues le llenó de imprecaciones amarguísimas, las que él oyó y sufrio con una paciencia sin igual; pero luego que vió que la tempestad se calmaba con el llanto, juró que se habia visto precisado á marchar sin despedirse de ella, y que desde entonces la memoria de su amada Cristiana habia sido el único consuelo de su vida; que se habia apartado de su indigno amo para volar á ella; y que depues de haber padecido dos naufragios volvia á sus pies amante, fiel é inocente.

Cristiana le riñó, lloró, le mandó se apartase de su vista, y por fin le perdonó.

Apénas Cristiana hizo la paz con Cassey cuando llegó de nuevo á Holy-Ash Mr. Hamson mas enamorado que nunca de la bella viuda. Mr. Cassey, despues de haber pasado algunas semanas, juró que no querria separarse de Cristiana antes de ser su marido; pero que su madre, que vivia en Dulwich, cerca de Londres, le habia hecho prometer que no se casaria antes de haberla dado á conocer la novia, y que asi se hallaba precisado á suplicarla que quisiese condescender con este capricho, con tanta mas razon cuanto su madre podia disponer de algunas casas que la pertenecian, y era necesario conservar su amistad.

Cristiana al principio no pudo consentir en la idea de apartarse del hijo de su ama; pero bien pronto pensó que Mistres Littleton cuidaria de él como ella misma: sin embargo, la

promesa solemne que habia hecho á Eugenia de no apartarse del niño ni un solo dia la atormentaba; y para calmar este escrúpulo de su conciencia se persuadio que seria Mistress Cassey mucho antes que su ama estuviese de vuelta, y que por consiguiente ignoraria esta ausencia: por otra parte estaba bien segura de la discrecion de Mistress Littleton, y que ademas ella no debia condenarse á vivir siempre sirviendo; pues Mr. Cassey la habia asegurado que la tomaria una criada inmediatamente que estuvieran casados. Por todas estas consideraciones Cristiana convino en diferir su matrimonio hasta Dulwich, y partio con Cassey, quien no cesaba de darla gracias por su bondad y complacencia.

Todo el mundo sabe que el camino por mar desde las costas de Cor-

nouailles á Londres es mas barato y mas corto que por tierra ; pero se ignora por qué aventura el bajel que conducia á los futuros esposos se detuvo en las costas de Irlanda en lugar de entrar en el Támesis, y lo peor fue que la pobre Cristiana, despues de haber desembarcado en Corck, se vió robada, engañada, y de nuevo abandonada por el pérfido Cassey. Su suerte hubiera sido la mas lastimosa en un pais extrangero, sin dinero, recursos ni ámigos, si en aquel instante no se hubiera acordado de que Mr. Adderly podia volar á su socorro; asi es que escribió su situacion, y al mismo tiempo escribió á Mistress Littleton por el correo.

Mr. Adderly, que de toda la carta de Cristiana solo comprendió que se hallaba falta de dinero, escribió sin dilacion á su corresponsal en Corck

la entregase la cantidad necesaria para su regreso á Inglaterra en el primer barco que saliese, y Cristiana habiendo desembarcado en Liverpool, hizo toda la diligencia que pudo permitirla el estado de su bolsa para ir á Holy-Ash. Pero ¡ay Dios! ¿cuál fue su terror y sorpresa al ver que no hallaba sino una porcion de escombros en lugar de la casa que habia dejado? Delirando al aspecto de este trastorno, corrió á preguntar por las inmediaciones, y supo que una mañana al amanecer, sin saber cómo, se habia prendido fuego en la casa, en términos que antes que nadie pudiese evitarlo quedó reducida á cenizas; pero que ninguno habia perecido, y que Mistress Littleton, el niño, la criada, y el forastero que visitaba á la viuda, habian marchado á Londres despues de haber dado las tierras al arrendador Tolly.

Cristiana se halló entonces mas digna de compasion que cuando la abandonó Cassey. La triste experiencia de la desgracia la hizo no solo temer, sino sospechar cosas funestas sobre la desastrosa aventura que acababa de suceder. Oprimido el corazon de dólor se dispuso á marchar á Londres á pie, cuando el hombre que acostumbraba á llevar las cartas á Holy-Ash la dijo que tenia dos en el correo de Truro, y ofreció entregárselas al dia siguiente.

Los vecinos de Mistress Littleton recibieron á Cristiana con cariño, y la brindaron con su casa hasta que descansase de la fatiga del viaje; pero habiendo recibido las dos cartas, faltó poco para que perdiese el juicio.

Una era de Cassey y otra de Mistress Littleton: abrio la primera, y leyo lo siguiente:

Prenda mia:

"Yo espero que habreis regresado con buena salud: en cuanto á mí voy á dar un paseo por el mar, y os doy mi palabra de que si pierdo á Molly Cassey mi muger legítima, y en seguida me caso con una princesa negra, os devolveré fielmente el dinero y los efectos que os he robado. Mientras esto se verifica, creed, prenda mia, á vuestro fiel y respetuoso servidor

Patrick Cassey."

Cristiana tembló de rabia, y despues leyó la carta siguiente:

"En la cruel turbacion de mi alma no sé si debo dirigir esta carta á Lady Eugenia ó á Cristiana: ¡ay de mí! ¿gozaré algun dia el placer de volverlas á ver? Lo que ahora pue-

do decir es...... Pero cómo lo he de decir........ ¡Oh, Dios, perdonadme!...... Querida Milady, creed que vuestro hijo me es tan querido como mi propia vida........ él está seguro...... está bien. ¡Oh, yo no me atrevo á decir mas!

S. Littleton."

Cristiana no podia acabar de creer que Mistress Littleton fuese capaz de cometer una accion tan cruel como robar á una madre desgraciada su único consuelo: sin embargo no habia modo de dudar que ella habia abusado de su confianza. Incapaz de resistir la idea del dolor que experimentaria su muy querida ama, temiendo las reconvenciones que la haria por haber dejado al niño á pesar de sus estrechas órdenes, la desventurada Cristiana tomó á pie el camino de Plimouth en vez del de Londres, de-

cidida á solicitar su pasage hasta Lisboa, no para reunirse á su ama, sino para ocultarse siempre de su vista.

El capitan de un barco mercante, que hacia el comercio en Portugal, compadecido con la narracion de la historia de Cristiana, la concedió el pasage hasta Lisboa.

Las fatigas, las penas y aflicciones de toda especie, que habia sufrido antes de ponerse á bordo, afectaron bien pronto su salud, y una fiebre ardiente, seguida de un terrible delirio, se apodero de ella, quando una escuadra francesa destinada á las Indias occidentales encontro el barco mercante, y lo apresó sin resistencia.

La triste situacion de Cristiana excitó la piedad de Mr. Blandel, nombrado cirujano de la guarnicion de Pondichery, que pasaba allá con

su muger: suplicó al Almirante que aquella pobre muger pudiese morir tranquilamente á bordo en lugar de trasladarla al puerto inmediato con los otros prisioneros, y obtuvo este favor.

Los cuidados del cirujano y la asistencia de su muger conservaron la vida de Cristiana: se restableció perfectamente, y pagó la generosa compasion de ambos con el zelo y la adhesion mas fiel; pues aunque de su última enfermedad la resultaron unos vahidos, que de tiempo en tiempo la trastornaban el juicio, por fin al cabo de algunos años llegó á ser tan necesaria para la felicidad de ambos esposos, que en lugar de tratarla como criada la miraban como su amiga y compañera.

Habia cerca de once años que Cristiana estaba en Pondichery en ca-

sa de Mr. Blandel: entonces habia guerra entre los indios y los ingleses, y las prisiones de Seringapatam estaban llenas de una porcion de europeos, que con sumo disgusto de Hyder-Ali espiraban al rigor del mal trato de sus oficiales; y para colmo de desgracia la viruela hacia en ellos estragos considerables.

Hyder-Ali deseando con ansia que los prisioneros instruyesen á sus vasallos en las artes de Europa, temia mucho las resultas de un contagio, que atacaba la vida de aquellos desgraciados, y escribió al gobernador de Pondichery pidiéndole los mejores médicos franceses.

Mr. Blandel lisonjeado de la mencion particular que de él hacia Hyder-Ali, y tambien por la considerable recompensa que se prometia, ofreció ir á esta comision, y Ma-

dama Blandel, que tambien poseía algunos conocimientos de medicina (que igualmente habia comunicado á Cristiana), insistió en que ambas habian de acompañarle; de modo que los tres se embarcaron para Arcel, de donde pasaron á Seringapatam.

Cristiana, que por lo menos era tan inglesa como francesa, no pudo ver tantos infelices gimiendo bajo el peso de la tiranía, sin sufrir el mas vivo deseo de aliviar sus penas.

Un jovencito oficial, que se habia negado a obedecer la órden de Hyder-Ali acerca de enseñar á sus tropas el ejercicio europeo, acababa de ser encerrado en un calabozo ínterin se le aplicaba al tormento en que tantos infelices espiraban todos los dias.

Cristiana en una de sus visitas en la cárcel vio á este joven, y su

fisonomía le interesó de tal modo, que no paro hasta que persuadio á Mr. Blandel en primer lugar de que trabajaba demasiado, y despues en que debia reunir un practicante europeo á los seis naturales del país que habia sacado de Pondichery; y en fin le dijo que para esta plaza habia elegido á un jóven inglés, que no obstante ser oficial sabia el latin, y podia serle muy útil.

Mr. Blandel amaba su conveniencia mas que ninguna otra cosa, excepto el dinero, y no tuvo dificultad en tomar un ayudante, que sabia latin: de modo que cediendo á las instancias de Cristiana pidió al jóven oficial, asegurando que le era muy necesario: en efecto se lo concedió Hyder-Ali; pero el jóven prisionero rehusó su libertad y la plaza que le ofrecian.

"¡*Sancti Dei*! exclamó Cristiana: ¿es posible que un jóven tan agraciado se deje despedazar por estos bárbaros? Venga un palanquin: yo quiero ir á verle por mí misma."

El jóven oficial, que habia hecho repentinamente la conquista de Cristiana, fea, morena, y bastante vieja para poder ser su madre, habia perdido su único amigo en la fatal salida contra los indios. La Europa ni la Asia no le ofrecian ya cosa que le pudiese interesar; y como toda su energía se habia desplegado contra los que acababan de quitarle su amigo, así cuando Hyder-Ali le mandó que enseñase á sus esclavos la táctica inglesa, él prefirió á la obediencia la muerte, bien resuelto á dársela él mismo apénas le quitasen las cadenas.

"Yo he visto muchos ingleses crue-

les con las mugeres, dijo Cristiana entrando en el calabozo; pero esta es la vez primera que veo uno cruel consigo mismo."

El jóven se sorprendió, aunque apénas pudo comprender el inglés chapurrado que le hablaban.

"¿Qué delirio, ó qué capricho, prosiguió ella, os obliga á rehusar la excelente plaza que os he proporcionado?" — "Yo estoy resuelto á morir," respondió el jóven suspirando. — "¡Y bien! vos sois un insensato, replicó Cristiana. ¡Cómo, morir en vuestra edad con esos ojos, esos dientes y esa figura graciosa! No tal: vos no moriréis, sino que viviréis en casa de Madama Blandel, la muger mas hábil, y que posee admirables conocimientos de medicina: vos recibiréis las lecciones de su esposo, que es el mayor cirujano

del mundo, y en lugar de enseñar á los indios á matar á vuestros compatriotas, aprendereis de mí á curar sus heridas y aliviar sus penas."

El joven prisionero la escuchó atentamente, diciendo en su interior: "¿querrá engañarme esta muger? ¿empleará mi propia lengua para engañarme? esto no es posible..." y redobló su atencion.

Cristiana era muy fea; pero cierta expresion de franqueza y benevolencia que habia en su rostro hacia olvidar la deformidad de sus facciones; y aunque nuestro jóven se habia resuelto á dejarse morir, tal vez habria sido porque no se le habia ofrecido medio de conservar la vida sin faltar á la memoria de su difunto amigo y á él mismo.

"Vos ciertamente sois el ángel de mi guarda," dijo él siguiendo á

Cristiana, que acababa de llevar la órden de su libertad. —" ¡Ángel, ángel! exclamó ella: así es como en otro tiempo me llamaba cierto demonio;" y limpiándose los ojos de unas lagrimillas, que sin poderlo remediar la arrancó esta memoria, y fijando la vista en la bellísima figura del oficial, añadio: "Yo sí que pienso que sois un ángel cada vez que os examino, y por la misma razon debeis considerar que yo soy un demonio; pero acordaos de que yo sólo quiero favoreceros, seguid, mi palanquin, y vamos á casa de Mr. Blandel."

Jamas el juicio de Cristiana parecio mas exacto á Mr. Blandel y á su muger que en esta ocasion, despues de haber pasado dos dias en compañia de aquel joven oficial.

"Él sabe el latin," dijo Cristia-

ná, y Mr. Blandel añadió: "Hay pocas cosas que ignore."—"¿Cómo se llama?" preguntó madama Blandel. —"Yo le llamo Cristiano, respondió Cristiana, porque es mi ahijado, pues aunque obtuve la órden de su libertad, ignoro su verdadero nombre."—"Su nombre..." dijo Mr. Blandel poniéndose sus anteojos, y registrando una lista, que sacó del bolsillo, "su nombre es Horacio Littleton."

Cristiana dió un grito, derribó dos ó tres sillas que habia al paso, corrió como una loca en busca del jóven, y le condujo á la sala.

"¿Os llamais Horacio, le dijo con una voz interrumpida y convulsiva: ¿habeis vivido en Holy-Ash antes que el fuego consumiese la casa? ¿dónde está vuestra adorable madre, y cómo es posible que habeis

podido olvidar á la pobre Cristiana?"

El jóven prorrumpió en lágrimas. "¡Ah! sí, exclamó él con la mayor viveza. Yo me acuerdo perfectamente del incendio de esa casa, y nunca, nunca se ha podido borrar de mi memoria la encantadora figura que veía los primeros años de mi infancia. Mi madre, mi verdadera madre está todavia presente á mis ojos."

La pobre Cristiana casi se desmayó, y Mr. Blandel tuvo que sostenerla.

"¿Qué significa todo esto? dijo Mr. Blandel. Su *verdadera madre*: ¡pues qué será acaso vuestro hijo!"— "¡Mi hijo! repitió Cristiana arrodillada delante del jóven: la Vírgen le libre de tener una madre tan indigna. No: él es el hijo de doña Eugenia, nieta de su excelencia don



Felipe Reynaldo Constodello Albertina, que era hijo de don Perez Xavier Constodello Albertina, hijo de don Enrique Reinaldo Constodello Albertina, que caso con una Princesa de la casa de Borbon, que.... "— "¿Pero quién es su padre?" interrumpio Mr. Blandel. —"El pariente mas cercano de un Par de Inglaterra, respondió Cristiana; pero que merecia los mismos tormentos con que aquí se trata á sus compatriotas. Pero, querido hijo mio, ¿donde está Milady? ¿qué ha sido de ella, y por qué llevais el apellido de Littleton?"

Horacio no pudo responder á todas estas preguntas; pues solamente se acordaba de que despues del incendio le embarcaron, y que durante la navegacion le mandaron que llamase papá á Mr. Hamsun, pues

se habia casado con Mistress Littleton, á quien siempre llamaba mamá; que desembarcaron en Filadelfia, de donde apénas murio Mistress Hamson le hicieron volver á Europa á casa de un pariente de Mistress, que era maestro de niños.

"¿Como, le interrumpió Cristiana, no habeis visto nunca á Milady?" — "¡Oh! no, replicó Horacio: yo la he buscado en cuantos parages he estado: mi corazon me acordaba sin cesar de su talla noble y magestuosa, sus ojos expresivos, y su voz dulce y harmoniosa, que me ha dejado una memoria tan profunda..." — "¡Ay Jesus! exclamo Cristiana: ¿y no habeis oido hablar de vuestra tia la abadesa del convento de la Merced?" — "Nunca," replicó Horacio. — "¡Santa María! ¿Ni tampoco habeis tenido noticia de los cien

mil rix-dollars que mi querida ama fue á buscar á Lisboa?" — "Nunca fui dueño ni siquiera de cinco schelines hasta que me tomó bajo su proteccion un amigo que murió en la última salida de Bedamore." — "¡Ay Dios, ay Dios!" exclamó Cristiana fuera de sí misma: despues se golpeó la cabeza, rompió su gorrito, y empezó á sentir las convulsiones, que regularmente la acometian cuando su espíritu estaba vehementemente agitado, y entonces fueron tan terribles, que el joven oficial se vió precisado á suspender el interés y la curiosidad que le habia excitado, hasta que ya estuvo mas serena.

Ahora rogamos al lector que tenga la bondad de transferirse á Holy-Ash en la epoca en que Mr. Cassey partió con su futura esposa á Dulwick.

Mr. Hamson poseía aquella especie de talento que jamas desperdicia la menor circunstancia que puede ser útil al plan que se ha concebido: y sus finezas para con Mistress Littleton habian sido tales, que ella no podia negarse á lo que él propusiese.

Esta desgraciada viuda aguardaba entonces de él la decision de su suerte con toda la inquietud de una muger que desconoce el camino del vicio. Sin embargo, como es preciso dar mas noticia del carácter y proyectos de Mr. Hamson, creemos deber tomar las cosas desde mas antiguo.

El capitan Montreville, á quien el lector conoce perfectamente, era primo del conde de Gauntlet; y á pesar de las lejanas esperanzas que tenia de ser su heredero cuando habló de ello á la crédula Eugenia,

pocos años despues esta brillante perspectiva pasó á ser no solo una certeza, sino que hizo al joven hermano del capitan muy atento sobre sus proyectos presentes y futuros.

Jayme Montreville ocupaba un empleo mas honorífico que lucrativo en Belfast, cuando una jóven y encantadora persona, hija de un eclesiástico del norte de Irlanda, se cansó del rigor con que su madre la cuidaba, y habiendo conocido á Mr. Montreville en un baile determinó huirse con él; pero su padre presentó al joven una alternativa tan crítica, que al fin tuvo que casarse con ella: y ved aquí que por uno de aquellos caprichos de la suerte su matrimonio fue el orígen de su elevacion y su fortuna.

Mistress Montreville, cuyo lujo y disipacion amenazaban reducir al

último apuro el caudalejo de su marido, se hizo célebre por su belleza y seductores modales: ambos esposos principiaron á introducirse en la sociedad mas brillante de Irlanda, y el invierno siguiente Mistress Montreville procuró á su marido el favor del virey.

Ella bajo las apariencias de la frivolidad ocultaba un espíritu observador y profundo; y mientras que la astucia, la falsedad y el egoismo formaban el fondo de su carácter; su fisonomía encantadora, que parecia el centro de las gracias, y ademas la dulzura de sus modales y la aparente franqueza de su corazon, la sometian á cuantos pensaba dominar.

Mr. Whital, el agente de quien hablamos antes, era pariente de Mistress Montreville, y pensaba como to-

dos los de su familia que no la faltaba sino un título para subir al último grado de gloria.

La vida disoluta del capitan Montreville era conocida, y atraía toda la atencion de su hermano y de su cuñada: él negaba haberse casado, y tener un hijo, y vivia públicamente (como hemos dicho) con una muger, cuyas costumbres eran tan corrompidas como las suyas.

Tal era el estado de las cosas cuando Mr. Hamson volvió á Londres con las anécdotas que Mistress Littleton le habia contado acerca de la historia de Eugenia, y confundió las esperanzas de la familia de los Whital, quienes le recordaron guardase secreto sobre todo aquello, aunque nada de ello creían.

Mr. Hamson habiendo ya dado un mal paso en la carrera del ho-

nor, que por poco no le hizo concluir su vida de un modo bastante trágico, se habia hecho sumamente circunspecto en sus acciones, y por ningun interés del mundo quiso comprometerse de nuevo; mas como su astucia y su hipocresía eran bien conocidas de Mr. Whital, se alegró éste de tener en sus intereses un confidente tan fiel.

El conde de Gauntlet murió despues de haber perdido sus tres hijos, y el capitan Montreville habia sido recibido en las tierras que acababa de heredar con las aclamaciones de los vecinos, descargas de artillería, iluminaciones y demas festejos que un Lord (bueno ó malo) obtiene de sus vasallos cuando ocupa el lugar de su antecesor.

Mistress Montreville sabedora de esta noticia llegó á casa de Milord

sin ser convidada, y empleó tal arte en su conducta, y llegó de tal modo á dominar á su cuñado, que bien pronto se hizo el objeto mas querido, y obtuvo sin dificultad que saliese de aquella casa la antigua manceba.

Entonces el conde pareció gozar lo supremo de la felicidad. La encantadora Mistress Montreville se puso al frente de la casa, cobró sus rentas, y tomó un mando absoluto sobre todos los criados.

Sin embargo, la salud del nuevo conde era malísima; pues aunque solo tenia treinta y cinco años, sus excesos le colocaron en la clase de un hombre de noventa, y á pesar de los tiernos cuidados de su cuñada los médicos le recetaron un viaje á Lisboa.

Milord se estremeció al oirlo: él

era capaz de cualquier sacrificio por conservar su vida, á excepcion de ir á Lisboa; y así propuso su viaje á Italia.

La bella Mistress Montreville tenia algunos planes particulares que arreglar con Mr. Hamson antes de acompañar á su cuñado; pues aunque en verdad no queria creer que estaba casado, sin embargo podia temer un heredero, y en todo caso la pareció mas seguro el tomar sus precauciones.

Tuvo pues una larga conferencia con su confidente, á quien explicó sus miras de un modo bastante circunstanciado.

Mr. Hamson observó cuán dificil seria hacer que desapareciese el hijo legítimo de un hombre tan distinguido por su rango, y aun suponiendo lograda tan dificil empresa habló del

riesgo á que entonces se expondria él mismo.

Mistress Montreville calmó sus temores, probándole que podria socorrerle eficazmente en esta ocurrencia. Entonces él afectó que la delicadeza y pureza de sus principios no le permitian aceptar semejante comision.

Mistress Montreville se sonrió, y desdoblando tres billetes de banco de mil libras esterlinas cada uno, le dijo que ella habia reposado sobre su habilidad y prudencia; que no habia querido confiar á nadie un negocio tan delicado, y que si consentia en su proyecto seria dueño de las tres mil libras esterlinas ínterin el odioso niño desapareciese del mundo; pero que si alguna vez se sabia que existia, entonces él deberia abonar esta cantidad con sus intereses.

Mr. Hamson devoraba con los ojos los tres billetes, pero le atormentaba un poco la condicion adherida á su posesion exclusiva. "Yo supongo que no querreis la muerte del niño," preguntó él en voz baja.

"Yo quiero, dijo ella, cuanto podais hacer, pues todo lo que deseo es no oir jamas su nombre." — "Muy bien, Madama, exclamó él: sereis obedecida," y alargó la mano para coger los tres billetes.

Mistress Montreville sin embargo hizo que se extendiese un recibo dictado por Mr. Whital, su primo, que sirvió de testigo á este convenio, y quedo depositario de los billetes para entregárselos á su amigo Mr. Hamson luego que el niño hubiese desaparecido.

Mr. Cassey, de quien Mr. Hamson habia oido hablar á la pobre

Cristiana durante sus visitas en Brompton, fue el único que parecio apto para ayudarle en la empresa; y pensó que si este hombre no corriese ningun riesgo, y estuviese bien pagado, haria cuanto se le mandase, sin preguntar los motivos del precepto.

Mr. Hamson hizo su primer visita en Holy-Ash con la firme resolucion de merecer las tres mil libras esterlinas, y segun lo que Mistress Montreville habia previsto con mucha razon, no juzgo á propósito admitir á nadie en su confianza, sino que él mismo, segun hemos visto mas arriba, se encargó de las dos cartas de Cristiana. La primera le sugirio la idea de hacer viajar á aquella pobre muger con Mr. Cassey, y la segunda le pareció un medio excelente para separar á Eugenia

de su hijo. Tuvo una conferencia con Mr. Cassey, le persuadió sin dificultad á ganar dinero jugando un chasco amoroso á Cristiana; le sacó diestramente varios secretos útiles á su plan; supo que poseía un sello de la familia Albertina, y despues de haber pagado á peso de oro esta vagatela tan interesante para él, partió inmediatamente á Lisboa, desde donde escribió la primer carta á Cristiana, y despues la otra á Eugenia en nombre de la abadesa de la Merced.

Cassey, que comprendió cuál era su papel, le representó exactamente, recibió su recompensa, y se retiró á su país.

Mr. Hamson en su segunda visita en Holy-Ash pareció mas enamorado de Mistress Littleton que cuando se separó de ella; pero no la di-

jo una palabra de cuanto la interesaba mas que todo en el mundo. Novicia todavia en la intriga en que su debilidad la habia comprometido, apénas pudo anunciarle el deseo que tenia de que se abreviase su matrimonio.

Mr. Hamsom aparentó consternarse un poco con esta noticia : abrazó á su querida , la recordó que aunque enmedio de sus amorosos transportes jamas la habia hablado de matrimonio , él juzgaba esta union como su mayor felicidad , si una suerte cruel no le impidiese verificarla por entonces.

Mistress Littleton quedó pálida como un cadáver, y dejó caer la cabeza sobre el hombro de su querido. Éste manifestó participar de su pena , y sentado al lado de su desgraciada querida lloró amargamente su

posicion respectiva, y concluyó diciendo tenia precision de pasar á América inmediatamente; pero que si se atrevia á seguirle desde luego daria disposicion de celebrarlo cuanto antes.

El espíritu de Mistress Littleton, naturalmente débil, aceptó la proposicion de Mr. Hamson.

Mientras que ella se empleaba en arreglar los negocios de su pequeña hacienda, su amante recorria las piezas de la casa, y examinaba atentamente cuantos muebles encerraban; y habiendo fijado la vista en un escritorio, del que Mistress Littleton cuidaba mucho, porque decia que allí estaban los preciosos papeles de Eugenia, y entre otros el certificado de su matrimonio, resolvió apoderarse de este documento interesante: cuando la viuda se retiró pa-

ra acostarse él forzó la cerradura: mas aunque halló varios papeles importantes no vió el que buscaba, pues felizmente Eugenia le habia llevado consigo.

Mistress Littleton ignoró la violencia hecha en el escritorio de su amiga, y al amanecer despertó oyendo unos gritos extraordinarios, y se halló rodeada de llamas; pero á pesar del peligro que corria viendo hundirse los techos de la casa, no quiso salir de ella hasta que salvó el hijo de Eugenia, y le sacó en sus brazos.

Solo algunas ropas pudieron ponerse en salvo de la voracidad de las llamas. Mistress Littleton arrendó sus tierras en virtud del proyecto de fijar su residencia en América, y no pensó sino en disponer del niño, acerca del cual quedó de-

cidido, segun el dictámen de Mr. Hamson, que le entregarian á Cristiana, que seguramente debia estar en Londres. Arreglado así el plan, inmediatamente tomaron la posta con Dorotea, criada de la viuda, y el niño Horacio.

Luego que llegaron á Londres hallaron un bajel americano próximo á hacerse á la vela, y como Mistress Littleton nada tenia que hacer en la ciudad sino buscar á Cristiana, consintió gustosa en ponerse á bordo.

Dos obstáculos pareció que iban á destruir un plan tan bien combinado: en primer lugar fue imposible encontrar á Cristiana, y cuando los futuros viajeros tenian ya á bordo su equipaje, Mr. Hamson preguntó á su querida Sara con toda delicadeza, y un poco de confusion, si tenia con que pagar el viaje, y pro-

veer á su subsistencia luego que llegasen hasta que él, practicando las diligencias del asunto que llevaba, pudiese proporcionarse un empleo en la América.

Mistress Littleton enmudeció, pues mas bien se hallaba en estado de hacer esta pregunta, que de responder á ella. Sin embargo era indispensable adelantar sesenta libras esterlinas, y Mr. Hamson observó muy bien que entre su querida Sara, él, la criada y el niño no tenian ni cinco guineas: ¿qué partido se habia de tomar en tal apuro?

Mr. Hamson se cruzó de brazos, y pareció sumergido en la mayor tristeza: Mistress Littleton lloró, y Dorotea quedó pálida como un cadáver; pero no hallaron ningun recurso Ellas habian ya cambiado su última guinea, y Mr. Hamson esta-

ba ausente hacia dos dias, al cabo de los cuales se presentó con el semblante animado por la esperanza, y reveló á Mistress Littleton bajo el *sello del secreto* una proposicion, que dijo le habian hecho *aquel mismo dia*, y que la hizo estremecer de horror. Esta propuesta consistia en prohijar á Horacio, ó por mejor decir separarle de cuantos pudiesen buscarle, y con esta condicion el conde de Gauntlet les ofrecia una recompensa considerable.

Conociendo el carácter débil é indeciso de Mistress Littleton, y la crítica posicion en que se hallaba, es inútil añadir que su horror y su repugnancia no fuesen duraderos.

Sin embargo, aunque esta muger desgraciada fue conducida paso á paso hasta una accion, cuya idea no hubiera podido sufrir pocos meses an-

tes, y aunque en la apariencia fuese dichosa por ver que se aumentaba el cariño de un hombre á quien amaba, y la posesion de todas las vagatelas de lujo, que tanto aprecian las mugeres, con todo eso habia momentos en que la vida la parecia insoportable: cuando se acordaba del cruel dolor de una madre, á quien acababa de robar el único bien que la quedaba, y pensaba hasta qué punto se habia degradado pasando desde la clase de viuda de un honrado marino á la de muger de un hombre, cuyo orígen ignoraba, y cuya astucia y equívoca conducta cada dia la parecian mas evidentes, el dolor y los remordimientos devoraban sucesivamente su pecho.

Durante una de aquellas crisis tan crueles fue cuando escribio á Cristiana. ¡Pobre Cristiana, que la

hicieron ser cómplice inocente de la barbaridad ejecutada con su ama! Pero los suspiros y los remordimientos eran ya inútiles. Llegó el dia de la marcha: el navío se hizo á la vela, y Mistress Littleton se dejó conducir pesarosa de lo pasado, asustada con lo presente y temerosa de lo futuro.

Mientras que todas estas terribles sensaciones ocupaban las facultades de su alma, Mr. Hamson gozaba tranquilamente del fruto de su empresa. El honorable Mr. Montreville y su muger estaban tan satisfechos de su celo y actividad, que Mr. Wital tuvo el encargo de pagarle no solo cuantos gastos habia hecho, sino que tambien se añadio un cuarto villete de banco igual en valor á los otros tres; de modo que Mr. Hamson desembarcó en America con cua-

tro mil esterlinas en el bolsillo, una muger apasionada por él, sin embargo de que la hacia poco caso, un hermoso niño, que él hubiera deseado se hallase en el otro mundo, y una bonita criada. Bien pronto reunió á estas ventajas un empleo muy lucrativo, que sus protectores le proporcionaron, y se halló el hombre mas feliz del mundo.

Mistress Littleton, ó por mejor decir Mistress Hamson como entonces se llamaba, estaba muy adelantada en su preñado: sus angustias y remordimientos eran mas crueles cada dia, viendo el éxito de la escena de iniquidad en que la habian obligado á hacer el principal personage. El ventajoso empleo que Mr. Hamson habia obtenido, las considerables sumas que ostentosamente la presentaba á sus ojos, y las brillantes esperanzas que concebia

para lo futuro, todo contribuía á persuadir á la desgraciada viuda la importancia del servicio que habia hecho á los amigos de Mr. Hamson, y la injuria cruel á aquella, cuya confianza merecia mejor recompensa. La desgraciada Eugenia estaba sin cesar presente á sus ojos, oía sus gritos y las expresiones de su afliccion; sentia el cruel dolor que despedazaria su pecho, y no podia calmar este estado terrible, sino colmando de caricias al pobre niño Horacio, inocente víctima de la ambicion y crueldad de sus enemigos.

Mr. Hamson se empleó por algun tiempo en tranquilizar el espíritu de su nueva esposa; pues temiendo que unos remordimientos tan terribles no condujesen á un descubrimiento, que le dejase arruinado, se decidió á celebrar cuanto antes su matrimonio para enlazar ambos intereses con un nudo

mas estrecho. Así es que pretestando un negocio importante marcharon ambos á nueva Yorck, donde se desposaron en secreto.

Este viaje emprendido en una estacion rigurosa fue muy funesto á la salud de la desgraciada Mistress Hamson. Malparió un niño muerto en las inmediaciones de Filadelfia, y llegó á la ciudad tan enferma que asustó á los médicos que fueron llamados inmediatamente por órden de su marido.

Á medida que sus fuerzas se disminuían, cobraban vigor sus interiores tormentos, y Mr. Hamson, cansado de representar un papel sentimental, dejo caer la mascarilla, y no volvió á presentarse en la alcoba de su esposa.

Horacio ya era bastante grande para conocer que al paso que su mamá, como siempre llamaba á Mistress

Hamson, le colmaba de caricias tan tiernas como interesantes, su marido le trataba con mucha indiferencia. Dorotea, demasiado ocupada en el gobierno de la casa desde la enfermedad de su ama, no tenia tiempo para cuidar de él, y aun muchas veces quejándose de su falta de salud iba á pasar algunos dias en el campo.

Viendo ya la desgraciada Mistress Hamson acercarse el último momento de su vida, no pudo resistir al deseo de aliviar su conciencia mediante una sincera confesion de su cruel conducta con Eugenia: confio su proyecto á Dorotea, y la empeñó con un solemne juramento, en que por el primer barco que saliese para Inglaterra enviase una larga carta, en que contaba toda la historia á Mr. Adderly.

La bonita Dorotea, que gozaba algunas satisfacciones de su amo, no po-

dia sin ser pérjura enviar carta alguna que no pasase por su exámen; y el resultado de la conferencia secreta, que tuvieron sobre este asunto, fue encargar á otra criada los negocios de la casa, y destinar á Dorotea á la alcoba de su ama, no solo para interceptar las otras cartas que pudiese escribir, sino para evitar que las lágrimas y el celo del niño Horacio no fuesen recompensadas por una confianza indiscreta de parte de Mistress Hamson.

Sea que esta muger moribunda atormentada por sus remordimientos y la indiferencia de su marido se hubiese hecho ménos crédula en cuanto al cuidado que él habia prometido tendria de aquel niño, o sea que se entregase únicamente á aprovecharse del último momento, lo cierto es que envió á Horacio á que en su nombre

suplicase al mas respetable eclesiástico de la ciudad viniese á verla, y Mr. Hamson no supo este paso hasta el instante en que vió entrar al eclesiástico.

Se apresuró á anticiparse á una visita tan sospechosa para él, y protestó que su querida esposa habia profesado siempre la religion de los no-conformistas, y que así estaba bien cierto de que no podia haber llamado á un ministro de la iglesia anglicana.

"Maldito sea el niño," exclamó Mr. Hamson fuera de sí mismo. — "¿Es el señor vuestro padre?" preguntó el ministro con un aire de descontento." — "No, respondió el niño: es solamente el marido de mi pobre mamá." — "Guiadme á su alcoba," añadió el ministro.

Entonces, á pesar de la formal

declaracion de Mr. Hamson de que nadie sino él mandaba en su casa, el digno eclesiástico siguió al niño á la alcoba de la enferma, acompañado tambien por su marido, que pálido, temblando, y casi sofocado por la rabia esperaba una confesion entera por parte de su muger.

Tal era sin duda el proyecto de aquella desgraciada víctima de sus remordimientos, si unos desmayos terribles, que se sucedieron sin intervalo, no la hubiesen quitado toda la fuerza. Sin embargo, con una voz moribunda suplicó al eclesiástico que la fuese á ver al dia siguiente.

Jamas la hermosa Dorotea se vió el blanco de una mirada mas severa de su amo, y jamas acaso la habia merecido menos; porque su vigilancia al lado de su ama era tan activa y minuciosa, que Horacio no podia

responder una palabra á las frases interrumpidas que la enferma solia dirigirle, sin que ella al momento la anotase.

Con todo Mr. Hamson se decidió á asistirla en persona, y recobrando aquel tono apasionado que usó en otro tiempo, llegó casi á persuadir aun á la misma paciente, que si habia dejado de presentarse en la alcoba habia sido por un exceso de cariño.

Durante aquella noche, que fue una de las mas crueles para Mistress Hamson, no quiso consentir que el niño se apartase un instante, y aprovechando el momento en que sus dolores se calmaban, reunió todas sus fuerzas, levantó la cabeza, cruzó sus trémulas manos, y suplicó á su marido que devolviese aquel niño á su agraviada madre.

"Sara....... mi querida Sara, la in-

terrumpió él, mirad lo que decís: no arruineis á vuestro esposo." — "No me hableis de ruinas, contestó ella con una voz lúgubre: mi alma está en los mayores tormentos, prometedme que cumplireis mi último deseo."— "Yo lo prometo, exclamó él: lo juro por el cielo." — "Todavía una palabra.... dijo Mistress Hamson: la mano de la muerte pesa sobre mi cabeza, pero exijo que el niño sea enviado á Inglaterra, y confiado á mi hermano...."— "Sí, sí: yo lo juro," exclamó él con viveza. — "¡Ay Dios! Mr. Hamson, dijo ella, quiera Dios que pueda fiarme de vos." — "¡Que podais fiaros de mí! Sara, mi querida Sara, yo protesto en nombre de Dios que me ha criado, por su juicio terrible y por la salvacion de mi alma......." — "No jureis, Mr. Hamson, pues en cuanto á esta última parte de mi de-

seo no quiero fiarme sino del sacerdote para verla ejecutada." — "¡Al sacerdote, ah Sara! ¿vos quereis arruinarme con vuestro último suspiro.......? ¿quereis descubrir........?" — "Ahora bien: yo no quiero arruinaros: consiento tambien en fiarme en vuestra última promesa; pero acordaos de cuán sagrada es: acordaos que la haceis á aquella, cuya sombra amenazadora saldrá del sepulcro para perseguir á un sacrílego perjuro."

La fisonomía pálida y convulsiva de Mistress Hamson, sus ojos inmóviles, sus manos descarnadas, y toda su persona rodeada del aparato sepulcral presentaban un aspecto tan lúgubre y tan sério, que Mr. Hamson bajó los ojos, y con voz trémula dijo: "prometo hacer todo cuanto esté de mi parte;" y despues recobrándose, añadió con una voz mas

firme: "perezca yo en el momento en que olvide el último voto de mi Sara."— "Ea, pues, permitidme que os recuerde otra vez que habeis prometido volver este niño á su virtuosa madre. Horacio, añadió ella, tú tienes bastante edad para acordarte del solemne juramento que acaba de hacer en tu presencia: tú no eres mi hijo: Mr. Hamson sabe quien es vuestra madre, y debe devolverte á sus brazos."

Mr. Hamson repitió su promesa poniendo por testigo á todo lo mas sagrado, y aun seguia hablando, cuando unas terribles convulsiones atacaron de nuevo á su desgraciada esposa, y espiro al amanecer.

Este suceso hizo que Mr. Hamson se entregase no al dolor, sino á las mas serias reflexiones: él pensó en su reputacion: se acordó de que su muger habia exhalado el último suspiro

en presencia de un médico, que fue á ver si podia socorrerla, y que delante de él habia seguido declarando que el niño no pertenecia á ella ni á su marido, que deseaba se le confiase al cuidado de su hermano, y que por último se le restituyese á su verdadera madre. Mr. Hamson no hubiera encontrado ningun embarazo, si el niño Horacio hubiese sido el único testigo de la promesa solemne que habia hecho; pero en el estado presente de las cosas no se atrevia ni á fiarse de los caprichos y mudanzas de la suerte, alejándole de su vista, ni tampoco á conservarlo á su lado, y mantener así la curiosidad del público: de modo que su reputacion ó sus intereses se hallaban comprometidos cualquiera que fuese el plan que adoptase. En fin, despues de haber maduramente reflexionado su posicion,

se decidió á llamar al buen ministro, que habia venido el dia antes, y aparentó verse necesitado á tomar su consejo en una resolucion que le costaba grandes dificultades: supuso que sacrificaba sus deseos al capricho de su difunta esposa: habló con resentimiento de las injuriosas dudas que habia ella manifestado sobre su celo en el cuidado del niño; y en fin suplicó al ministro que se encargase de enviarle á Europa, pues tal habia sido el último deseo, ó mas bien la instruccion formal de su difunta.

El sacerdote, que era hombre de todo mérito, extrañó mucho esta proposicion, y repugnó admitirla; pero Mr. Hamson temiendo la indiscrecion del pobre Horacio, que lloraba amargamente á su mamá, significó un deseo tan vehemente de ejecutar la promesa que habia hecho á su muger, y

tanta impaciencia porque se acelerase su cumplimiento, que en fin el buen eclesiástico consintió en encargarse de enviar el niño á su tio. Antes de celebrar los funerales de la difunta se halló un navío pronto á dar la vela para Bristol, y el ministro recomendó al niño á uno de los amigos que tenia en aquella ciudad, el cual le hizo marchar á Merionesthshire, donde el hermano de la difunta, que era un eclesiástico distinguido por su mérito, tenia escuela de niños.

La interesante y solemne escena, que se verificó en los últimos momentos de la vida de Mistress Hamson, no podia dejar de hacer impresion en un niño de siete años; y aunque en el corto espacio de dias que Horacio permaneció en compañía de Mr. Hamson despues de la muerte de su muger recibió de él las mas vivas seña-

les de cariño, su tierno corazon suspiraba por el momento en que debian volverle á su madre.

Mr. Lewis recibió á Horacio con bondad y cariño: su hermana le habia escrito el fallecimiento de su hijo, y él no hubiera comprendido nada sobre el deseo de confiar este niño á sus cuidados, si la pobre Mistress Hamson, á pesar de la vigilancia de Dorotea, no hubiese hallado ocasion de escribirle algunas palabras sueltas, en que suplicaba que fuese padre de su hijo adoptivo; y como Mr. Lewis no habia recibido otra carta de ella desde su salida de Inglaterra, tenia la mayor curiosidad de saber lo que el niño pudiese contarle acerca de la extraña historia de su hermana.

Este digno hombre poseía muchos conocimientos; pero la pureza de su corazon, la integridad de sus

principios, y su poca experiencia de mundo no le permitian ni aun sospechar mal de nadie, hasta que reconoció la evidencia á su propia costa. La historia que le contó el niño Horacio le pareció muy extraordinaria, y conoció que podia ser verdadera; pero sabiendo que tenia un cuñado, que gozaba de alguna consideracion, se dispuso á tener de él la mejor opinion.

La exactitud de Mr. Hamson en remitir el dinero de las asistencias del niño era, segun Mr. Lewis, una prueba de su respeto á la memoria de la difunta: con todo, el haber cesado enteramente su correspondencia epistolar, y la indiferencia absoluta sobre la salud, la moral y los progresos del niño no manifestaban que le tenia cariño, ni eran tampoco pruebas de ser hombre muy

humano. Este mismo descuido hizo se aumentase el interés de Mr. Lewis á su nuevo discípulo, y no cesó de darle pruebas de ello hasta su muerte, á cuyo tiempo su sucesor adoptó la misma parcialidad en favor de aquel interesante muchacho.

El tiempo habia debilitado gradualmente la memoria de las primeras escenas de su vida, y Horacio no conservaba otra impresion que aquella que deja un sueño vago y molesto, y así pensaba sin conmoverse en lo futuro, y no deseaba, ni aun esperaba ya el momento en que Mr. Hauison debia cumplir la sagrada promesa de devolverle á su madre. El no conocia las riquezas, el poder y orgullo de aquel a quien algun dia llamó padre, y mucho tiempo despues fue cuando se le hizo saber que no existia para el ni padre,

ni amigo, ni favorecedor alguno, excepto Sir Salomon Mushroom, á quien debia la mas humilde gratitud por los beneficios de que le habia colmado: mas Horacio en su primer conferencia con este hombre importante convinó diversos hechos, se recordó de ciertas semejanzas, y se convenció de que el esposo de la pobre Mistress Hamson y el nuevo caballero no eran mas que una sola y misma persona.

Ahora es preciso decir al lector el modo con que se obró esta rara metamorfosis.

Isaac Mushroom, célebre judío, despues de haber hecho diversos papeles en el mundo, habia adquirido un caudal considerable; pero habiendo sido acusado y convencido de la ocultacion de un robo, fue sentenciado á las colonias de América,

donde con facilidad obtuvo el permiso de continuar su comercio: mas aunque no le faltaba dinero, jamàs pudo lograr el proporcionarse ni corresponsales ni crédito, aun entre los mismos judíos, á causa de su mala reputacion. Su muger era irlandesa, y él sacrificando algunas cantidades tuvo la felicidad de hacer cierto servicio á uno de sus parientes, que menos escrupuloso que los otros recibió el dinero, sin pensar en la fama de quien se le daba. Este pariente era el padre de la bella Mistress Montreville, quien por reconocimiento de este proceder escribio á su amigo Mr. Hamson en favor del judio. Isaac Mushroom poseía mucho de aquello que Mr. Hamson apreciaba sobre todas las cosas; es decir, el dinero, y este gozaba de la reputacion que faltaba al otro, de mo-

do que juraron ser recíprocamente útiles el uno para el otro.

Las grandes importaciones y exportaciones se hacian á nombre de Mr. Hamson, mientras que Isaac Mushroom desembolsaba el dinero, y corria el riesgo; pero los productos se partian con su compañero.

Esta asociacion secreta duró toda la vida del judío, quien al morir dejó sus bienes á Mr. Hamson por reconocimiento del servicio que le habia hecho, y bajo la condicion expresa de mudar su apellido en el de Mushroom, lo que Mr. Hamson prometió sin titubear; pero viéndose poseedor de una herencia considerable empezó á disgustarse de vivir en América, y despues de haber puesto otra persona en su empleo se embarcó para Inglaterra.

CAPÍTULO V.

Mientras que los negocios de Mr. Hamson tomaban un aspecto tan brillante, el Lord conde de Gauntlet, á pesar de la mejoría que los médicos aguardaban de su viaje al mediodia de Europa, acababa de sucumbir al peso de las innumerables enfermedades de que sus excesos le habian hecho víctima. No habiendo dado ningun paso en sus últimos momentos para reconocer la legitimidad de su matrimonio con Eugenia, y los derechos de su hijo, fue sucesor de todos sus títulos Jayme Montreville, su hermano; y la nueva condesa de Gauntlet, habiendo obtenido la recompensa que deseó con tal ansia, se felicitó del éxito de las intrigas que se la habian proporcionado.

Milord y Milady estaban en su casa de Windsor, cuando se les anunció la visita de Mr. Hamson.

"¡Hamson! exclamó el conde, ¿quién diablos le trae aquí?" — "¡Hamson! repitió la condesa, ¿qué puede querer ahora ese diablo?" — "Yo lo ignoro como vos, respondió el conde; pero no podemos menos de recibirle." — "Vos hareis lo que os parezca, Lord Gauntlet, dijo Milady; pero es absolutamente necesario que yo salga de casa al instante: he prometido al Lord Dupero que iriamos á dar un paseo á caballo, y por cuanto tiene el mundo no faltaré á mi palabra." — "Yo sentiria mucho trastornar vuestros planes, replicó Milord políticamente; pero en verdad me parece que hariais muy bien en ver á este hombre." — "¡Oh, querido mio! excusadme: yo os lo

suplico: decidle lo que gustéis, obrad como creais conveniente: yo lo apruebo todo desde luego. Hasta despues, Milord;" y diciendo esto la condesa bajó ligeramente la escalera.

El conde la hizo una profunda cortesía: siguió con la vista á su querida compañera, y habiéndola visto subir con gracia en el caballo, que sus palafreneros la presentaron, mandó que entrase Mr. Hamson en su gabinete.

Milord vió que este hombre no era de tan poca importancia como habia creido él: llevaba un magnífico vestido de luto; acababa de apearse de un bellísimo coche; habló de sus billetes de banco, de las sumas considerables que poseía; y en fin, de la rica herencia que acababa de dejarle un amigo, bajo la sencilla condicion de tomar su apellido,

y añadió que habia ido á Inglaterra para ratificar esta cláusula mediante una acta del Parlamento. Todos estos detalles interesaron muy poco á Milord; pues como Mr. Hamson le habia escrito despues de la muerte de su muger de un modo bastante misterioso acerca del niño Horacio, el conde y su muger se habian lisonjeado de un suceso, cuya certeza los hubiera colmado de alegría: pero Mr. Hamson, lejos de satisfacer la impaciencia de Milord, juzgó á propósito guardar silencio sobre este punto.

Este hombre, envanecido mucho mas desde que vió aumentada su fortuna, habló con desprecio de los emolumentos de su empleo en América, y de los pocos productos que sacaba de ella, y dijo que como una revolucion próxima estaba indicada

en las diversas provincias del Nuevo-Mundo, y como por consecuencia debia seguirse la guerra, añadió que si se le pudiese proporcionar un privilegio exclusivo para el abasto de las tropas, la persona que le procurase esta ventaja podia contar con participar en secreto de las considerables ganancias que le produciria una comision tan importante.

Entonces Lord Gauntlet comprendió perfectamente de qué manera podria verse dueño de una buena suma; y como ningun grande de la corte tenia acaso mas necesidad que él de este precioso metal, aseguró á Mr. Hamson que reflexionaria sobre aquel negocio, y luego que la condesa volvió á casa se apresuró á comunicarla la propuesta.

Milady comprendió con tanta facilidad como su esposo las considera-

bles ventajas que la resùltarian de una empresa tan lucrativa, y comenzó desde luego á dar sus pasos en el ministerio; y habiéndose declarado á poco tiempo la guerra, obtuvo el tal privilegio, y Mr̀. Salomon Mushroom, bajo los auspicios de sus nobles patronos, se vió en primer lugar proveedor general de los ejércitos de la Gran Bretaña en América, y despues Sir Salomon Mushroom, miembro del Parlamento, y uno de los oradores mas distinguidos que se citaban en los periódicos.

Horacio, que en lugar de ir al colegio cuando salió de la escuela fue enviado á Penrry para copiar discursos políticos, no podia adivinar por qué especie de milagro el esposo de su madre adoptiva habia llegado á ser un personage tan distinguido. Este jóven poseía los autores

griegos y latinos; pero ignoraba completamente los medios de que la gente del mundo se vale para llegar á sus fines. Á medida que vivia con su protector se recordaban á su memoria infinitas particularidades, y alternativamente le causaban la sorpresa, el cariño, el dolor y aun la indignacion.

La conducta del caballero Mushroom era poco á propósito para aliviar estas diversas sensaciones. Los recuerdos que ocupaban sin cesar el espíritu de Horacio parecian haberse borrado enteramente de su memoria, y ni la mas pequeña circunstancia podia indicar que se acordaba de que habian existido Mr. y Mistress Hamson.

Deslumbrado con la gloria que le proporcionaban los escritos del jóven Horacio, y únicamente entregado á la fama que le daban los sabios dis-

cursos que hacia insertar en los periódicos, no preveía siquiera el castigo que estaba reservado á su vanidad y egoismo, cuando una noche, despues de haber leido un largo discurso, que debia ser impreso al dia siguiente, y que segun las correcciones de Horacio habia quedado casi nuevo, el jóven clavo la vista con serenidad en el rostro de Sir Salomon, y con un tono firme, aunque respetuoso, le acordo la solemne promesa que habia hecho á su moribunda esposa.

Sir Salomon pareció como herido de un rayo: él habia ya asegurado pocos dias antes al conde y la condesa de Gaumlet que no existia el objeto de sus temores. ¿Cómo hubiera podido preveer que un niño, un inocente niño hubiese podido conservar la memoria de un suceso, que

él se empeñaba en olvidar por espacio de tantos años? En aquel momento hubiera sacrificado con gusto toda la fama que le proporcionaba su elocuencia por ver á aquel, que era el autor de ella, sepultado en su obscura escuela del país de Gales. Sin embargo, refrenando su resentimiento y confusion, y viendo que no habia modo de negar el primer nombre que habia tenido, fingió enternecerse hasta el punto de llorar con la memoria de la preciosa muger que habia perdido en la época que le recordaba Horacio, y añadió con una repugnancia afectada, que si no hubiera temido causarle demasiada pena, ya le hubiera hecho saber que era hijo natural de una parienta de Mistress Hamson, y que la expresion de madre agraviada, de que habia querido servir-

se su amada esposa en sus últimos momentos, era alusiva á la bárbara conducta del amante de su parienta para con su querida, y que en fin uno y otro habitaban hacia muchos años el sepulcro, y era inútil entristecerse con la narracion de estos pormenores.

Las penetrantes miradas de Horacio se paseaban sobre cada músculo del rostro de Sir Salomon durante dicha explicacion, y aunque el interés de éste le mandaba exclusivamente, él no pudo sostener este examen excrutador, é involuntariamente se puso colorado. Entonces Horacio se levantó por un movimiento espontáneo, y dijo con un tono severo: "Yo ignoro por qué medio estais en disposicion de infamar así la reputacion de mi madre; pero está bien claro que la infamais. Con to-

do, yo jamas creeré que soy un sugeto tan despreciable como suponeis, mientras no tenga otro fundamento que vuestras palabras: dadme pruebas de lo que acabais de decir: yo lo exijo: la sangre que en este momento arde en mis venas no puede ser tan despreciable como habeis intentado persuadirme por motivos, que me es imposible adivinar."—"Jóven, respondió Sir Salomon, mirad lo que decis: acordaos que soy el único amigo que teneis en el mundo; que sois un miserable huérfano dependiente de mi favor, y que os está muy mal la audacia de acusarme de falsedad. ¡Como! ¿así olvidais el respeto que me debeis?"—"Probadme quien soy, y acaso entonces conocere mejor el respeto que os debo: yo vuelvo á preguntar ¿quiénes son mis padres?"

La confusion de Sir Salomon llegó á su último punto: mas sin embargo con un tono, que se esforzó á pintar como natural, respondió: "¿Quiénes son vuestros padres? ¿no os he dicho ya que sois un bastardo?" — "Señor," exclamó Horacio con un aire amenazador.

Sir Salomon se levantó.

"¿Y podeis suponer, continuó diciendo, que yo quiera confiar á una cabeza tan ligera como la vuestra un secreto de que depende la paz y el honor de los parientes de una muger sin pudor, cuya infamia creen ya sepultada con su cadáver? ¿quereis que de este modo los exponga á verla revivir todavia? Tomad vuestro partido, creedme: moderad ese orgullo, que tan poco os corresponde, y ved que os digo sobre mi palabra de que jamas obtendreis

por mi parte otra declaracion que ésta."

Al acabar estas palabras Sir Salomon llamó á su criado, y se retiró á su cuarto, dexando á Horacio inmóvil de sorpresa, y bien tristemente convencido de que aun era muy novicio en la escuela del mundo.

Desde aquel dia se acordó Sir Salomon de que cada momento aumentaba los perjuicios que habia causado á aquel jóven, y jamas un reptil venenoso causó tanto terror á un espíritu tímido, como el aspecto de Horacio causaba al caballero Mushroom. El descubrimiento que hizo poco despues de la inclinacion de Carlota hácia esta inocente víctima de su astucia añadió nuevos grados al ódio que le tenia; y despues de haber completado sus insultos proponiéndole diversos acomodos indignos de su nacimiento, y aun de la edu-

cacion que le habia dado, tuvo, en fin, la felididad de libertarse de esta carga importuna entregándosele al coronel Buhanum, segun dijimos al principio.

Horacio, que llevaba siempre en el fondo de su pecho la conviccion íntima de la falsedad del caballero Mushroom, no podia pensar sin estremecerse de indignacion en la absurda historia que habia forjado sobre su nacimiento; y la secreta sensacion de desprecio, que le inspiraba este hombre, habia dado á sus modales una seriedad y una reserva muy distantes de su carácter, naturalmente dulce y confiado.

Á su llegada á la India el coronel le puso en posesion de un empleo lucrativo, y cuando este hombre virtuoso se separó de él para reunirse con su regimiento, Horacio

experimentó tal pena, que conoció que su corazon, hasta entonces cerrado á las dulces sensaciones que inspira la gratitud, era capaz de gozar todos estos encantos.

Desempeño los deberes de su empleo con un zelo y una inteligencia tal, que bien pronto salió maestro en todos los puntos, á excepcion de aquel que con mejor éxito estudiaban sus compañeros, pues todos nadaban en la opulencia, mientras el solo tenia lo preciso; pero acaso el tiempo hubiera aumentado sus ideas, si no se hubiese sabido en Calcuta que el ejército del general Mathews iba á presentar batalla á Typoo-Zaib, hijo de Hyder-Ali, cuyas numerosas tropas marchaban hácia Bedamore.

Horacio se estremecio al oir esta noticia. Su generoso amigo, el único ser que en el mundo hacia pal-

pitar su corazon con el dulce sentimiento de la gratitud, podia ser herido, y ninguna mano querida habria allí para recoger una tan preciosa sangre: acaso podia morir.... su cuerpo quedaria insepulto en el campo..... ¡el cuerpo del coronel Buhanum, de este hombre tan bueno y tan sensible quedaria confundido en medio de un campo sembrado de cadáveres! ¡sus preciosos restos no lograrian ni aun sepultura! ¡Idea horrible é insoportable! que arrancó un torrente de lágrimas al sensible Horacio! Pero aquel no era el momento de deliberar: las órdenes estaban dadas para la marcha de las tropas: Horacio cambió la pluma por la espada, y casi desfallecido de agitacion y cansancio llego al lado de su bienhechor.

El coronel le reprendió con dul-

zura por haber abandonado un empleo ventajoso, lucrativo, y que debia establecer su fortuna, para tomar una carrera, que no le ofrecia sino peligros, fatigas y una gloria incierta.

Horacio hubiera explicado brevemente sus motivos, si hubiese podido pronunciar algunas palabras: cogio las manos de su dulce amigo, las bañó con sus lágrimas, y como el lenguaje del corazon era precisamente el que mejor entendia el coronel, le estrechó en sus brazos, le miró con un aire enternecido, y no le dirigió segunda reprension. Horacio era demasiado joven para que se le confiase ningun puesto distinguido en el ejercito; pero él no pensaba en la gloria militar, sino solo en participar de los peligros de su digno amigo.

El coronel al contrario nada procuraba mas que libertar á aquel jóven de los riesgos que le esperaban, y secretamente pidió al general que le pusiese de guardia en un almacen de municiones, que por estar en un punto importante debia ser ocupacion honorífica tal encargo, y Horacio recibió la órden de ir allá el dia en que la desesperada situacion de la guarnicion la obligó á hacer una salida.

La tarde de la víspera de este fatal suceso el coronel pasó tres horas en conversacion con su jóven amigo, y exhortándole á obedecer las órdenes del general, de que se quejaba amargamente.

"¿Para qué he venido, decia él, y para qué he salido de Calcuta, sino para acompañaros en vuestros peligros, para socorreros, y en fin,

para morir á vuestro lado?"

El coronel le escuchó con serenidad: se recordó de los sucesos pasados, y dijo al jóven que aun le quedaban otros medios de honrar su memoria, si es que moria, mucho mejores que el de morir á su lado: le dió parte de todos los secretos de su corazon, y le confió varias comisiones importantes, si acaso moria en la batalla que se iba á dar: mas sin embargo, la absoluta confianza del coronel no hubiera reconciliado á Horacio con una separacion, cuya sola idea le era insufrible, si la memoria de ciertas promesas, que una sola persona en el mundo estaba encargada de ejecutar, y de cuyo paso declaró el coronel que dependia la paz de sus últimos momentos, no le hubiesen hecho hacer reflexiones muy serias. Segun el ardor con que

su generoso amigo le hizo esta recomendacion, conocio que los servicios que se exigian de él le eran mas apreciables que la vida, y esta certeza cambío el vivo deseo que experímentaba de abandonar el puesto que querian confiarle en una melancolíca resignacion en las disposiciones que para con él habian tomado.

Su conversacion tomó un tono lúgubre y solemne. El coronel, habiendo desaprobado con energía la última resolucion del ejército, experimentaba un presentimiento funesto de lo que iba á suceder. Se levantó por fin, cogio la mano de Horacio, la estrechó fuertemente entre las suyas, fijo sobre él sus expresivas miradas, y se retiró con precipitacion. El joven se sobresaltó: hizo un movimiento para seguirle, pero volvió á tirarse en la silla, y se anegó en

lágrimas. Mil dolorosas reflexiones ocuparon en seguida su espíritu; pero al rayar la aurora, oyendo que las cajas tocaban á paso de ataque, se esforzó de nuevo á obedecer las órdenes de su bienhechor, y marchó al puesto que se le habia señalado.

Pocas horas determinaron la suerte de Bedamore: la salida se ejecutó con el valor que distingue las tropas inglesas; pero las fuerzas enemigas excedian en proporcion de ciento á uno. Los Cipayos sobrecogidos de un terror pánico se pusieron en fuga, y los Europeos que sobrevivieron, y tambien los que quedaron en lo interior de la villa, fueron llevados á Seringapatam por los vencedores.

Horacio metido en un calabozo esperaba la suerte con indiferencia, cuando obtuvo su libertad del modo

qũe hemos referido.

"¿Y es aquí, exclamó él escuchando los detalles de Cristiana, y comparándolos con las noticias que tenia, es aquí cuando no puedo volver los ojos á parte alguna sin que vea las desgracias de mis compatriotas? ¿Es aquí donde he perdido aquel, cuyo generoso corazon hubiera palpitado de indignacion al oir los ultrajes de que soy víctima, y cuyo poderoso brazo hubiera aniquilado los criminales usurpadores de mis derechos? ¿Es aquí en estas bárbaras regiones donde debo entregarme á un dolor inútil en lugar de vengar los ultrajes de mi ilustre madre? ¡Dios mio, podré sufrir que la noble confianza del mas virtuoso de los hombres descanse sobre la aparente buena fé de un monstruo!"

Esta última reflexion de Horacio

es muy probable que ya se haya presentado al lector; pero debe acordarse de las razones que le habian impedido comunicar sus temores al coronel antes de salir de Inglaterra. Despues en la conversacion que tuvieron la víspera de la funesta batalla de Bedamore, Horacio al recibir las órdenes de su bienhechor estaba tan afectadó con la memoria de los infortunios de su juventud, y tan abatido por el aspecto de su situacion presente, y de la futura que aguardaba, que no tuvo valor de entrar en ninguna explicacion sobre este punto. Por otra parte pensó que hubiera sido cruel manifestar estas ideas al coronel en una época, en que no podia remediar de pronto el abuso que se podia haber hecho de su confianza.

Mr. y Madama Blandel se enter-

necieron al oir la triste historia de Eugenia, aunque contada por Cristiana, é interrumpida con sus exclamaciones, sus plegarias, y las reconvenciones, que sin cesar se dirigia á sí misma. Pocos meses despues obtuvo Mr. Blandel la órden de regresar á Pondichery; y logrando el permiso de llevar consigo á su ayudante, tuvo la generosidad de darle dinero y cartas de recomendacion para que pudiese restituirse á Europa.

Como aun duraba la guerra, Mr. Blandel miró como un punto de honor no separarse de la guarnicion: pero aunque su muger, que no gozaba entonces de buena salud, sentia apartarse de Cristiana, con quien ya se habia acostumbrado á vivir en tantos años, conoció que aquella muger era un testigo muy importante para Horacio. Este joven, poseedor

de un codicilo del coronel, que le daba derecho de disponer de sumas considerables, estaba bien resuelto no solo á descubrir, sino á perseguir en justicia á cuantos hubiesen tenido alguna parte en los infortunios de su madre: sin embargo, lo primero que hizo fue poner en práctica todos los medios posibles para encontrar á aquella madre desgraciada, que era el primero y el mas grato de sus votos.

Cristiana volvió, pues, á Europa con Horacio, pues Mr. Blandel pagó el pasage de ambos en un bajel neutral hasta el cabo de Buena-Esperanza, y de allí se embarcaron para Holanda, de donde pasaron á Lisboa, á fin de saber por lo menos noticias de Eugenia, si no la hallaban en Portugal.

La sorpresa de Cristiana fue ex-

tremada al encontrar perfectamente buena la abadesa de la Merced, y oir que jamas los médicos la habian desahuciado; pero lo que acabó de confundirla fue el saber que su propia hermana habia muerto un año antes de que ella recibiese en Holy-Ash su fingida carta.

Doña Aurelia estaba perfectamente instruida de la supercheria practicada con Eugenia para separarla de su hijo.

La sucesion del presente Lord Gauntlet en los bienes y títulos de su hermano era un suceso, que aclaraba mucho los motivos de una accion incomprensible hasta entonces. Doña Aurelia conoció las máquinas pérfidas con que habian sacrificado á su sobrina, cuya pérdida lloró mucho mas despues de su última conferencia con ella, en que la duda

de su matrimonio, que era un borron para la familia Albertina, se habia aclarado completamente con la certificacion del sacerdote y el testimonio de Miss Knightly, que despues de la muerte de su padre se habia casado con un rico comerciante portugués residente en Lisboa.

La certeza del matrimonio de Eugenia habia sido una noticia muy agradable á don José Tabora Alvarez, pues le habia dado el derecho incontestable de apoderarse de los bienes de don Felipe.

Tan viva fue la emocion de doña Aurelia al ver á Horacio, que la fue imposible pronunciar una palabra; pero luego que pudo dominar su terneza, su sorpresa y su dolor, dijo que despues de la muerte de su sobrina....

« ¡Como! interrumpió Cristiana:

¿es posible que Milady haya muerto? ¿Deberé yo renunciar á la esperanza de que este gallardo jóven obtenga mi perdon por haber abandonado al niño que me confiaron?"

Horacio no pudo contener sus lágrimas. La memoria de una madre querida, que constantemente le habia acompañado desde su infancia, se habia pintado en su imaginacion con tanta fuerza por las narraciones de Cristiana sobre sus desgracias, que siempre creía tenerla delante de los ojos. . . . .

Despues que se calmó un poco la agitacion de la abadesa fijo la vista en el rostro de Horacio, y pareció gozar del placer melancolico de hallar en sus facciones una semejanza absoluta con aquellas, cuya memoria conservaba, y no pudo menos de decirle que la expresion de sú fi-

sonomía era la misma que la de su abuelo el Almirante Herbert, y observó tambien que tenia los ojos de su madre: en fin, le colmó de caricias, y pareció gozar de una satisfaccion deliciosa por haber hallado el hijo de su querida sobrina.

Insistió con fuerza en que se presentase á don José Tabora Alvarez, quien rendido ya á los achaques de una vejez anticipada, é insensible á todos los placeres, excepto al de contar sus inmensas riquezas, se prendó tanto de Horacio, que si bien no pudo resolverse á darle ni un solo dollar durante su vida, prometio de un modo solemne dejarle heredero de todos los bienes de la familia Albertina.

"Ahora, dijo la abadesa, es preciso que escribais á vuestro abuelo: yo tendré cuidado de que no os pre-

senteis á él en la indigencia, á fin de no asustar á su hijo, cuyo apocado ánimo pudiera pensar que teneis pretensiones á sus bienes; pero es preciso primero que os presenteis á nuestro Soberano, como el representante futuro de don Felipe, vuestro bisabuelo, y en seguida pedireis la reparacion del honor de vuestra madre y la justicia que os es debida: pero esto será en vuestra corte por medio del Almirante. Si él conserva la integridad como cuando yo le conocí, él os sostendrá con zelo; pero si cegado por el influjo de su querido hijo se niega á reconoceros, le hareis ver esta...." añadió la abadesa presentándole una cartera llena de cédulas de banco, que habia tenido cuidado de cambiar dando oro de su país, y en seguida, tomando de entre ellas un papel doblado, di-

jo: "Aquí llevais la certificacion del matrimonio de vuestra madre, que ella depositó en mis manos cuando temblando por vuestra suerte se separó de mis brazos para ir á que la asesinasen en aquel odioso país, donde quiso volver."

"¡Asesinada!" exclamó Horacio estremeciéndose. — "No me pregunteis nada, añadió la abadesa con una voz trémula: yo no puedo repetir las circunstancias de este horrible atentado: sí, mi sobrina, la heredera de la primer familia de Portugal, vuestra madre, fue primero deshonrada, y luego asesinada. ¡Oh! ¡por qué vuestro abominable padre no cayó primero bajo aquel golpe, y por qué toda su raza, á excepcion del hijo de mi virtuosa sobrina, no se aniquiló al mismo tiempo que aquella víctima exhaló el último suspi-

ro!" — "¡Justo cielo! exclamó Horacio cuando vió que doña Aurelia no tenia fuerzas para continuar sus imprecaciones, ¿qué quereis decirme? ¿qué horrible alusion es esta? ¡Mi padre morir á manos de mi madre! ¡de mi madre, cuya dulzura y resignacion han dejado en mi alma recuerdos tan profundos, que no ha podido borrar el tiempo!" — "Sí, respondió la abadesa con un tono lúgubre. Vuestra madre, aquella encantadora y angelical criatura volvió la espalda á su religion, á sus deberes y á su familia para ser víctima de un monstruo diabolico. ¡Oh! exclamó con el tono de la mas viva afliccion, ¡por qué no vengó ella sus propias injurias, el borron y el insulto hecho á la casa Albertina, aunque toda nuestra estirpe hubiera sido aniquilada en aquel momento!



Horacio, acaso será esta la vez postrera que te hable; pero acuérdate de que Aurelia Constodello Albertina, única rama viviente de este tronco ilustre, te dice que su sobrina, tu madre, fue asesinada: no dejes que su sangre pida en vano la venganza.... precávete, no seas la víctima de las astucias que se inventarán para ocultarte este suceso... hazte digno de tu cuna. ¡Oh! acuérdate, acuérdate de tu desgraciada madre."

Apénas doña Aurelia acabó estas palabras, cuando cediendo á la violencia de las diversas sensaciones que la agitaban se dejó caer sobre la silla, se puso pálida como un cadáver, pareció haber perdido el uso de sus sentidos: entonces varias religiosas se emplearon en socorrerla, y llevarla á su aposento, mientras que

Horàcio, admirado de su vehèmencia; y asustado con lo que acababa de oir, salió del locutorio; sin haber podido asegurar á su tia, que aunque no sentia como ella el que su padre no hubiese muerto á manos de su madre, sin embargo estaba muy dispuesto á no sufrir que el menor borron manchase su reputacion, y que era incapaz de entregarse débilmente á los ardides de sus enemigos.

Dispúsose, pues, á obedecer las órdenes que acababa de recibir, y cuya razon conocia; escribió á su abuelo, y guardó el borrador de la carta para enseñarle á doña Aurelia.

La mañana siguiente se halló agradablemente sorprendido recibiendo un billete de don José, donde le anunciaba que en virtud de las instancias de su tia tendria el honor de presentarle á la corte como el he-

redero de la familia Albertina. Convencido Horacio de que este paso era como si le diesen los bienes de su madre, y no pudiendo dudar del interés que la abadesa tomaba en su suerte, envió la carta á su abuelo por Ostende, y dispuso lo necesario para presentarse á SS. MM. fidelísimas.

Como eran inmensos los bienes que debia heredar, y como era jóven de gallarda figura, y no tenia gracia ninguna que pedir, sino doblar la rodilla delante del Rey y la Reina, es inútil añadir que fue recibido con el mayor agasajo, y que todos los áulicos imitaron el ejemplo de sus soberanos.

Mas de una semana habia pasado desde su presentacion en la corte antes que la abadesa se restableciese del ataque, y pudiese leer la

carta al Almirante Herbert.

Ella sentia que cada instante se aumentaba su cariño al sobrino: todo le encantaba en él, aprobaba cuanto hacia, y despues de haber empleado muchos medios para diferir su partido, se vió obligada á convenir con él en que dilatar mas la venganza era como sancionar las injurias, y así le permitió embarcarse para Inglaterra.

Cristiana, que estaba acostumbrada á los respetos de los negros mientras su permanencia en las colonias, y á no salir sino en palanquin, y á que solo se la nombrase diciendo *señora*, sufria tanta mortificacion del tono familiar con que se la acercaban unas grandes bandadas de pobres, diciendo que eran sus parientes, que estaba mas deseosa de dejar su pais natal, que antes lo ha-

bia estado de regresar á él.

Habiendo Horacio desembarcado en Harwick, tomó una silla de posta para ir á Penrry, y mandó que Cristiana fuese á esperarlo á Londres, á pesar de las reflexiones que hizo esta para no apartarse de él.

Horacio halló muchas novedades en Penrry; vió nuevas casas, nuevas fábricas, nuevos establecimientos; pero las personas que buscaba estaban ausentes, y despues de haber tomado varios informes en las cercanías, marchó a Londres, donde habia rogado al Almirante Herbert que dirigiese su respuesta á la posada que habitaba el coronel Buhanum antes de su partida de Inglaterra.

Habia muchos años que el Almirante Herbert se reprendia todos los dias con amargura su conducta cruel para con su desgraciada hija. La cons-

ternacion de Eugenia despues de haber perdido su hijo la habia conducido á los pies de su padre pidiendo proteccion, venganza y justicia; pero el modo con que la recibió la hizo conocer todo lo que debia al sensible y virtuoso Mr. Adderly. Mientras que rendida al exceso de su dolor abrazaba las rodillas del Almirante, su indigno hermano juraba que abandonaria su carrera, y se apartaria para siempre de un padre que fuese bastante debil para perdonarla, y la de la casa que sirviese de asilo á una hermana tan despreciable.

La desgraciada Eugenia se vió separada así del único apoyo que la quedaba en la naturaleza, y se alejó moribunda de la casa de su padre; pero este hermano bárbaro no gozó mucho tiempo de su triunfo,

pues cesó de dictar leyes á su padre, reinar despóticamente en su casa, y mirar aquellos bienes como exclusivamente suyos, porque una bala de cañon puso fin á su vida en el momento en que se saboreaba formando halagüeños planes para lo futuro.

El Almirante Herbert tuvo la desgracia de verle caer á su lado en un combate en la escuadra de su mando; se vió salpicado de la sangre de su hijo, y quedó inmóvil de horror hasta la entera derrota de los enemigos, y entonces le llevaron á la cámara, donde el exceso de su dolor le puso gravemente enfermo.

El capitan Seagrobe, antiguo oficial de marina, habia envejecido en la escuadra con el Almirante, y se hallaba con el grado de capitan segundo: asistió y veló atentamente

á su comandante mientras la enfermedad; y cuando ya comenzó á cobrar fuerzas el paciente, él le habló de este modo fumando su pipa á la cabecera del lecho.

"Almirante, ya veis que esto no vale la pena, y que no es razon abandonar así la maniobra de vuestro valor: vuestro hijo marchó para siempre; pero él no podia haber levantado el ancla de un modo mas honorífico. Vos debeis dar gracias á Dios porque no murió en su cama como una muger en la primavera de su vida: esto hubiera sido muy vergonzoso para un marino en tiempo de guerra. En cuanto á vos, Almirante, que habeis navegado en parages dificiles, y hecho un largo viaje, me parece que vuestro viejo navío debe recojer las velas, y retirarse á puerto." — "¡Ay Dios! replicó

el Almirante, yo soy un anciano sumergido en la mayor afliccion, pues ademas de la pérdida de ese querido hijo, cuya muerte me llena de gloria y de desgracias, tengo que reprenderme del modo cruel con que separé á mi hija de mi casa." — "¿Vos habeis tenido esa conducta, Almirante? Eso no estuvo bueno: ¿pero de qué sirve ahora fomentar vuestra pena? No penseis tampoco en vuestra hija, porque vuestro corazon es tierno como un vizcocho. He aquí mi parecer: luego que queden escarmentados los enemigos, vos debeis retiraros á Grange-Housse; y pues que allí no teneis nadie que os haga compañía, yo quiero seguir vuestro rumbo, para que podamos echar las anclas en el mismo puerto." — "¿Es esa vuestra intencion, excelente amigo mio?" dijo el Almi-

rante alargándole la mano."—"Sí, sí," replicó el capitan, y salió para ocultar su conmocion.

Habia ya dos años que ambos amigos se habian retirado á Grange-Housse, cuando llegó la carta de Horacio.

"¿Qué diablos es eso?" preguntó el capitan tomando con una mano los anteojos del Almirante y con la otra la carta.—"Lee, amigo mio, lee," respondió el Almirante con voz trémula, y temblando todo su cuerpo.—"¿Que lea? soy gustoso: ¿pero qué significa eso que dice al principio? mas de cien veces me han escrito del mismo modo."—"Lee, Tom, querido Tom, lee pronto."—"Con mucho gusto: veamos.... *Yo soy.... hijo de....*"—"¡Ola! ¿y de quién es hijo?"—"*De vuestra hija.... de vuestra hija ultrajada.*"

El capitan miró entonces al Almirante con la mas viva sorpresa, y viendo las lágrimas que corrian por su rostro participó de la propia conmocion, y antes de que hubiese deletreado otras seis palabras, se puso á llorar como un niño, dió una patada á la mesa, dejó caer la pipa, rompió los anteojos, tiró el sombrero por la ventana, y pareció haberse vuelto loco; pero el Almirante haciéndose superior á sus sensaciones leyó, no sin mucha agitacion, lo siguiente:

Muy honorable señor:

"El hijo de vuestra hija ultrajada se dirije á vos: él está reconocido por sus parientes maternos como heredero de los bienes de la familia Albertina, y su corazon arde en el deseo de vengar su ultraje: mo-

riria mil veces antes que consentir que la calumnia triunfe de su ilustre madre: él os cita como militar, os convida como hombre sensible, y os implora como hijo para que os unais á él en una causa tan interesante y tan grata á su corazon; y espera vuestra licencia para que apénas llegue á Londres os presente las pruebas de los legítimos derechos que tiene á vuestra proteccion. Entre tanto me atrevo á firmar que es, muy honorable señor, vuestro respetuoso y obediente nieto

HORACIO MONTREVILLE."

Fácilmente conocerá el lector, que segun las buenas disposiciones del Almirante, y sus remordimientos por la conducta que tuvo con su hija, recibió con cariño á su nieto, escuchó con gusto todas las pruebas que él

y Cristiana le dieron de la legitimidad de su nacimiento; se consultó con los mas célebres abogados: se enviaron agentes á todos los puertos de la Gran Bretaña en busca del capellan que habia casado al capitan Montreville con Eugenia Herbert; y aunque este aviso se puso en los periodicos antes de la llegada de la primera carta de Horacio, hasta entonces todas estas diligencias habian sido inútiles, y tal capellan no parecia.

Por fin Cristiana fue la que le encontró. El lector debe acordarse de la llegada de Mr. Jolter á Grange-Housse, y del modo con que la portuguesa le habia llevado á presencia del Almirante, y conocerá que en efecto el reverendo Mr. Jolter era precisamente aquel que con tanto cuidado se buscaba.

Este hombre, nacido con todos los

vicios, hacia poco honor á la respetable profesion que habia abrazado, y habiendo obtenido á fuerza de intrigas la plaza de capellan en uno de los bajeles destinados, el capitan Montreville tuvo modo de conocerle, y observando que segun la inmoralidad de sus principios era el hombre que necesitaba para su matrimonio, hizo que Mr. Knightly le diese una cantidad de dinero, diciéndole que convenia que aquel matrimonio permaneciese secreto, á lo que contextó que jamas hablaria palabra de ello, á no ser que se le preguntase en justicia.

Como el capitan Montreville no preveía entonces ningun suceso que pudiese hacer necesario el testimonio del capellan, no volvió á acordarse de tal hombre; y éste, que á su regreso á Inglatera habia vuelto á en-

tregarse á sus malas costumbres, no se atrevió á ponerse en su presencia, y despues de haber tenido diferentes destinos, trabó amistad con el vicario Parcker, fue presentado por él á Lady Lydear, y obtuvo en fin la plaza de ayo de Sir Jacob.

Apénas Cristiana miró á Mr. Jolter cuando le conoció inmediatamente; y aunque ésta ignorase la historia de la familia de Gauntlet, comprendió muy bien que su testimonio era de la mayor importancia, y que Jolter estaba en una crisis demasiado importante para temer la acusacion que el capitan Seagrove debia interponer contra él: en efecto este bizarro militar partió inmediatamente en busca de Horacio para noticiarle el descubrimiento que acababan de hacer; y en medio del trastorno y confusion que produjo este

suceso, quedó la pobre Rosa olvidada en el vestíbulo mientras que Mr. Jolter, á quien no se le miraba sino como la persona que podia restablecer á Horacio en sus derechos, fue tratado con las atenciones, que entonces parecian inexplicables.

CAPÍTULO VI.

El capitan Seagrove, despues de haber informado á Horacio del descubrimiento hecho por Cristiana, y haberle añadido que tenia el cuerpo quebrantado de correr á caballo toda la noche, tuvo motivo de sorprenderse y enojarse, viendo que el jóven en nada pensaba menos que en subir en el coche que los aguardaba á la puerta para regresar ambos á Grange-Housse.

Es verdad que Montreville sintió y manifestó la mas viva satisfaccion al saber que se habia hallado la última prueba del matrimonio de su madre y de la legitimidad de su nacimiento; pero como una dilacion de pocas horas no podia perjudicar á aquel negocio, declaró que seria inhumanidad abandonar aquella muger herida, y la jóven que por excelen-

te corazon se hallaba complicada en aquel suceso, sin que antes se supiese cómo terminaba la escena.

El capitan estimaba á sus amigos sin repetírselo, y los amaba sin adularlos: él no tenia ninguna curiosidad por ver las consecuencias del incidente de Mistress Garnet, sentia que hubiese sucedido, y de buena voluntad la habia socorrido; pero satisfecho ya este primer deber de la humanidad, pensó que su jóven amigo participaria del deseo de volver á Grange-Housse, donde los aguardaban sucesos de mas importancia que los que pudiesen suceder á Mistress Garnet y su jóven compañera.

"Ahora bien, dijo él á Montreville con un tono severo: ¿con que despues de que habeis protestado que estabais resuelto á ir hasta los infiernos por buscar los testigos del matrimonio de

vuestra madre, ahora que hemos pescado á ese capellan, y queda en las redes de Grange-Housse, os quedais inmóvil como una ostra, y navegais contra el rumbo, sin brújula ni compás, dando caza á una vieja fragata y á una pequeña chalupa por medios tan mezquinos, ínterin dejais que vuestro abuelo se vaya á fondo, y sin querer contestar á las señales de socorro?"

"¡Irse á fondo! exclamó Montreville."—"Sí, sí, replicó el capitan: mi anciano amigo no ha sosegado desde que vos picasteis el cable, y os apartasteis de él, y si no variais la maniobra, no respondo de las resultas: he aqui todo cuanto tengo que deciros: con que agur."

Montreville quedó indeciso. Una sensacion que hasta entonces le habia sido desconocida cubrió de color sus mejillas, y sintió con fuerza la ter-

nura y gratitud que debia á su venerable abuelo: tambien pensó que en la época de un suceso inesperado tal como el descubrimiento del único hombre, cuyo testimonio podia confundir á los calumniadores de su madre, así como á los usurpadores de sus propios derechos, y cuando la esperanza de restablecer la gloria de su familia hacía palpitar el corazon de un anciano respetable, debia afectarle doblemente la ausencia de su nieto. Pero tal era el sentimiento que le sojuzgaba á pesar suyo, que nada era bastante á persuadirle que se apartarse de Pontefiac antes de ver cómo terminaba el incidente de Mistress Garnet.

Se esforzó á persuadir al capitan, y aun á creerlo él mismo, que el Almirante no podria condenar una conducta fundada sobre la máxima favorita de este venerable anciano, que

era auxiliar á todos los necesitados.

"Yo no tengo tiempo de raciocinar, exclamó el capitan corriendo hácia el carruage: ¿quereis venir conmigo? sí ó no." — "Yo deseo escribir solo tres líneas, si teneis la bondad de aguardar," respondió Montreville.

El capitan sin dignarse contestarle maldijo á los postillones, porque no habian vuelto la proa hácia Grange-Housse, mandó cambiar la maniobra, dió al diablo á Montreville, á la vieja fragata, á la chalupa, al médico y á todo el pueblo, y en un momento se perdió de vista.

Montreville entró en la posada con aquella desazon que solo sienten los corazones generosos cuando una voz secreta los reprende alguna accion que no está de acuerdo con sus deberes.

"Sí, dijo él: el capitan tiene razon: yo aflijo á mi respetable abuelo

cuando debia participar de su triunfo, y hacerle gozar de mi satisfaccion. ¡Cómo! ¿mi deseo mas ardiente se habrá amortiguado? ¿Habré llegado á ser indiferente á la gloria de mi ilustre madre, y á las pruebas que van á establecer de un modo solemne la legitimidad de los derechos que me da mi nacimiento? El almirante me espera: no puede dudar que yo volaré á sus pies apénas me hayan dado una noticia tan interesante: ¡ah cuán natural y justa es esta suposicion! Sin embargo, ¿he podido yo resolverme á engañar su esperanza, y he consentido que el capitan marche solo, y esto por quién?....."

Rosa en todo el explendor de su belleza, rodeada del mágico prestigio de las gracias seductoras, se ofreció entonces á la memoria de Montreville. ¡"Por quién!" repitió él con en-

tusiasmo. "¡Ah, encantadora criatura! perdona esta blasfemia: no, yo no te dejaré hasta que haya podido cumplir la sagrada promesa de hacerte cuantos servicios dependan de mí, y mi virtuosa madre aprobará que su hijo se emplee en libertar la inocencia de las garras del vicio, cuando este paso no va á retardar sino algunos instantes el triunfo que va á obtener su verdadera y su inocente conducta."

Uno de los milagros del amor es hallar en las mismas penas el orígen de los mayores placeres, y Montreville lo experimentó; pues á pesar de las reconvenciones de su conciencia por abandonar su deber, se entregó á la emocion deliciosa que le causaba la memoria de Rosa.

Reflexionaba él, y decia: "no es sola su hermosura la que me inspira tan vivo deseo de conocer mejor

á Mis Walsingham: la belleza puede deslumbrar los ojos, y fijar la atencion por un instante; pero es su gracia encantadora, su candor, su ingenuidad, su admirable reunion de talento y sensibilidad lo que excita mis transportes, pues nada hay mas amable y mas digno de admiracion que esa encantadora jóven."

Mientras que Montreville pasaba así gran parte de la noche hablando consigo mismo, Rosa no menos agitada por el sentimiento de su obligacion y por el deseo que la llamaba á Londres, estaba sentada á la cabecera de Mistress Garnet en la actitud de una especie de inquietud sombría, el corazon despedazado por el peligro de la vida de su madre, cuyos vicios ya olvidaba enteramente, y humillada por la íntima conviccion de la infinita distancia que la suerte

habia puesto entre ella y la familia de Grange-Housse. Pensaba tambien con resentimiento en el modo con que habia sido tratada en aquella casa, y se abandonaba á su pesar á la idea de que Moutreville no tendria parte en las ofensas que la hizo el Almirante, ni aprobaria la inmoralidad de su conducta. . . .

Con todo, á pesar del favorable punto de vista con que queria mirarle, y la gratitud que la inspiraba su conducta delicada y respetuosa, conocia que segun su situacion debia romper todas las relaciones que solo la producian sucesos desagradables y mortificaciones sin número. Se confirmó, pues, en este proyecto, que la pareció el único conveniente, cuando cerca de las siete de la mañana llamaron suavemente á la puerta de su cuarto, y se presentó Moutreville

suplicándola una conferencia de solos cinco minutos. Rosa conoció que tenia necesidad de todo su valor para ejecutar la resolucion que habia formado: su corazon palpitaba con violencia, su fisonomía llevaba el signo del combate interior que sufria: sin embargo se negó á Montreville con un tono tan frio y tan positivo, que primero le sorprendió, y luego le ofendió, y empezó á examinarla con los ojos, como para buscar en su semblante la causa de una conducta, que segun el celo que habia manifestado para librarla de los peligros que habia corrido, le parecia dura, ingrata é inexplicable.

Rosa queriendo substraerse de este examen por miedo de descubrir lo que pasaba en su interior, excusó su negativa, alegando una razon que confundió á Montreville mas que



todo lo dicho, pues fue decirle que creía se hallaba obligada á consagrar todo su tiempo al cuidado de Mistress Garnet.

El estado de esta pobre muger era sin duda propio para inspirar compasion; pero ¿qué motivo era tan poderoso para empeñar á la bella y elegante Rosa en sacrificar su sosiego y su salud, asistiendo con tal constancia á una enferma como Mistress Garnet, á quien solo conocia del camino? He aqui lo que asombró á Montreville, y de cuyo enigma pidió la explicacion con sus ojos.

Rosa, que estaba de pie á su lado á la puerta del cuarto, llena del temor de que no se penetrase su secreto, cerró suavemente la puerta, y le dejó en el pasillo inmovil como una estátua.

Despues de algunos minutos en que la sorpresa absorvió todas sus

ideas, no dudó que un misterio tan incomprensible ocultase alguna impostura, y que fuese víctima de las apariencias brillantes que habian seducido su juicio á favor de un objeto, que ya le parecia tan poco digno del entusiasmo que sentia: volvió, pues, á su cuarto con precipitacion, llamó á un mozo, y mandó le trajesen una silla de posta.

"Bien está," dijo con mucha cachaza el mozo de la posada. —"Ha de ser al instante," exclamó el impaciente Montreville, y asustado el mozo al oir un tono tan imperioso, corrio á ejecutar la órden. "¡Consagrar todo su tiempo á Mistress Garnet! dijo entre dientes: muy bien, yo no quiero turbar una sociedad tan agradable:" despues se arrojo en una silla, y siguió reflexionando en silencio hasta que la silla de posta llegó á

la puerta ; pero en este tiempo sus ideas habian tenido una revolucion tan completa, que mandó á los postillones que aguardasen, y pidió el desayuno.

"¡Es posible que una criatura tan encantadora, reflexionaba él preparando su té, es posible que pueda asociarse voluntariamente con una muger, que es el oprobio de su sexo! ¿Será posible que tanto candor y gracias solo sean una máscara halagüeña? No, esto es imposible;" y entonces llamó á la criada de la casa, la cual entró en el cuarto, é hizo una docena de cortesías antes de que él la viese.

"¿En que estado está la enferma?" preguntó. — "Señor, respondió la criada, ¿preguntais por esa muger que tiene la pierna rota? esta lo mejor que se podia esperar:

yo acabo de informarme de la señorita que.... "—" ¿Y dónde está esa señorita?" interrumpió Montreville.—"Está en el cuarto de su amiga. ¡Pobre niña! en toda la noche se ha acostado, y estaba tan triste, tanto, que daba lástima: yo me asomé queditito á la puerta, y no podreis adivinar lo que he visto."—" Y bien: ¿qué habeis visto?" preguntó él con impaciencia. —" Yo os suplico que no os enfadeis conmigo, pues ciertamente mi intencion no fue molestarla; pero en verdad era un espectaculo muy triste la exactitud en que encontré á la señorita."

Montreville habia llamado á la criada con intencion de satisfacer la curiosidad que su amor habia producido á su pesar, y estaba impaciente por saber alguna cosa que pudiese confirmar ó destruir sus nue-

vas conjeturas. Con esta narracion la mandó que continuase, y escuchó atentamente. La sorpresa de esta muchacha parecia aumentarse á medida que se la recordaban las particularidades del suceso que habia presenciado, y acabó declarando que creía que la pobre señorita era bien desgraciada, porque la habia visto rezando.

El despecho y la cólera de Montreville contra Rosa se desvanecieron en aquel momento. "¡Rezando!" repitió con una voz dulcificada por el acento de la sensibilidad.

La criada, que poseía aquella especie de penetracion propia de su estado, comprendio el motivo de esta sensibilidad acaso mejor que el propio Montreville.

"Sí señor, rezando: es tanta verdad, como que vos estais vivo. La

señorita estaba de rodillas, y las manos cruzadas. ¡Ah! jamas he visto unos brazos tan blancos y unas manos tan delicadas. ¡Dios mio! ¡qué frescura, qué color! Wil, el mozo de la cuadra, asegura que están pintadas como las de las petimetras que ha visto en Londres; pero por mas que diga, yo sostengo que sobre sus carnes no hay otra pintura que sus lágrimas."—"¡Sus lágrimas! exclamó Montreville: ¿cuándo la habeis visto llorar?"—"Inmediatamente que os separásteis de la puerta del cuarto; y ciertamente que si los hermosos colores de sus mejillas hubieran sido artificiales, como supone Wil, se hubieran borrado, porque las lágrimas cubrian su rostro, y caían como perlas hasta su pecho, mientras que daba unos suspiros capaces de enternecer á cualquiera."

Montreville sacó entonces una media guinea, sobre la cual la criada lanzó una mirada expresiva, y continuó su narracion.

"Yo me atrevo á decir que la señorita rezaria y lloraria por la pobre herida."—"Yo me atrevo á decir que no," dijo Montreville volviendo á meter la moneda en su bolsillo con enfado, mientras la criada, que hallaba està accion poco conforme con sus interiores sensaciones, añadió: "¡Pobre muger! el doctor dice que tiene rotos los huesos por muchàs partes; y si la señorita rogàba por ella hacìa bien, pues debemos compadecernos de las desgracias de nuestros semejantes. Sin embargo, en la casa todos dicen, que á pesar de que ella sea tan buena y caritativa, no la toca nada á la vieja, y que es la casualidad la

que las ha reunido."

La media guinea salió de nuevo, y esta última frase la puso á disposicion de la criada, que la tomó haciendo una cortesía, y marchó á la alcoba de la enferma con un billete de Montreville para Rosa, y recibió otra media guinea por la respuesta que trajo al cabo de cinco minutos.

El corazon está siempre dispuesto á recoger con ansia todo lo que conviene á sus deseos: nadie duda la exactitud de esta observacion, ni la suavidad irresistible que hay en la elocuencia de cualquiera que tiene el arte de sembrar de flores el camino que queremos correr. Rosa, que en esta última hora habia descendido del rango en que el entusiasmo de Montreville la habia colocado la víspera, volvio á ser una

deidad: su figura, que la criada habia pintado tan exactamente, sus brazos tan blancos, sus hermosas manos cruzadas, sus mejillas cubiertas de lágrimas, su actitud, sus ruegos al cielo por la enferma, todo se presentó con tal viveza á la imaginacion de Montreville, que no solo sintió renacer aquella fuerza que le dirigia hácia ella, sino que tambien cobraron nuevo vigor su respeto y su estimacion, que se habian amortiguado á vista de una frialdad y una conducta inexplicables. Cediendo, pues, á las diversas sensaciones que le agitaban, escribió el billete siguiente:

"Mr. Montreville pide mil perdones á Miss Walsingham por no haber podido reprimir su pena cuando fue despreciada su súplica, tal

vez indiscrèta. Él respeta su humânidad, y la tarea que ha emprendido es digna de una alma tan bella como la suya: ¿pero acaso toda su compasion deberá concentrarse en un sòlo objeto? Mr. Montreville parte para cumplir su obligacion al lado de su respetable abuelo; mas con todo se atreve á esperar que Miss Walsingham tendrá la bondad de permitirle que la ofrezca sus respetos cuando vuelva á Pontefract."

RESPUESTA.

"Miss Walsingham sabrá siempre hacer justicia á la conducta de Mr. Montreville, no pudiendo dudar de su pundonor y honradez."

Montreville se complació en creer que esta corta respuesta era una concesion de su súplica, y aunque el camino de Pontefract á Grange-Housse

es tal vez uno de los mas pintorescos del Yorkshire, él no encontró nada tan admirable como la letra del billete, que aun llevaba en la mano cuando terminó su viaje.

Desde el momento en que el Almirante Herbert habia reconocido á su nieto se habian concentrado en él solo todo su cariño y sus esperanzas: los remordimientos que hasta entonces habian envenenado su vida, se habian cambiado en una resolucion serena, pero firme, de hacer la mayor justicia á su hija ultrajada, y mantener los derechos de su nieto, aunque fuese á costa de gastar en ello todos sus bienes.

Apénas recibio la primer carta, que Horacio le dirigió desde Portugal, cuando hizo consultar á los mas celebres abogados, y seis meses habian pasado desde que hizo insertar

por su consejo en los periódicos el siguiente aviso:

"*Hay poderosas razones para creer que existe un matrimonio entre el último muy honorable conde de Gauntlet, baron Delworth, y Eugenia Constodelio Albertina Herbert, y que este matrimonio fue celebrado en Portugal por los años de diez y siete.... que la referida Eugenia despues de haber contraido dicho matrimonio dió á luz un hijo en Brompton ó en sus inmediaciones. Todas las personas que puedan dar pruebas de este matrimonio ó del nacimiento del niño recibirán las mayores recompensas apénas se presenten con los documentos necesarios en casa de los infrascritos abogados* WORTHY *y* CARRINGTON, *en Gray's-inn.*"

Como este aviso, aunque repeti-

do semanalmente , no habia producido efecto , fueron tan vivas la alegría y la sorpresa del Almirante cuando Cristiana conoció á Mr. Jolter , que no es extraño que semejante suceso hiciese olvidar á un anciano de setenta años todo otro negocio que aquel que le interesaba tanto. Aunque Jolter hubiera sido llevado á su presencia por el mayor crímen , la sola accion de haber celebrado el matrimonio de Eugenia y del capitan Montreville le hubiera puesto á cubierto de las diligencias judiciales ; pero tambien es verdad que no se habia intentado ninguna acusacion contra el , porque Cristiana se apoderó del culpable apénas entro en la casa , y la explicacion que siguió á este paso habia trastornado enteramente al capitan Seagrobe , pensando en el nuevo aspecto

que iban á tomar los negocios de su jóven amigo; de modo que olvidó hasta los motivos por que habia salido cuando tan felizmente encontró á Mr. Jolter. Permaneció en aquel éxtasis hasta que la fisonomía del Almirante, animada hasta entonces por la mas viva alegría, se obscureció, preguntándole con voz trémula dónde estaba su querido Horacio, y por qué faltaba de allí en una época tan preciosa é importante.

El capitan Seagrobe no respondió nada; pero calándose el sombrero, y cogiendo su grueso baston, salió de casa con sus dos compañeros Dick Ratlin, en otro tiempo contramaestre del Almirante, y ahora dispensero, Ben Gunter, que despues de haber desempeñado las funciones de piloto á bordo de la fragata *la terrible* se habia dado á sí

propio el título de ayuda de cámara del capitan.

El Almirante estaba sumamente inquieto , y efectivamente no habia descansado desde la ausencia de Horacio , como el capitan se lo aseguró á éste , y permanecia sentado junto á Mistress Linn , viuda de su primer teniente , que fue muerto en el mismo combate que el capitan Herbert , desde cuyo momento la habia tomado bajo su proteccion para libertarla , como decia , de los escollos que podria encontrar en el borrascoso mar de la desgracia. La viuda vivia , pues , en Grange-Housse , no en clase de ama de gobierno , porque la casa del Almirante se componia de un gran número de marinos , que no hubieran consentido que una muger los mandase. Tampoco hacia los honores de la mesa ,

porque el Almirante se encargaba siempre de ello; pero la tal dama vivia como queria, obteniendo de su bienhechor el dinero que necesitaba, usando de su coche, recibiendo sus visitas, yendo donde queria, sin que nadie absolutamente la pidiese cuenta de su conducta.

Mistress Linn recompensaba estos beneficios cuidando escrupulosamente de la salud del Almirante, y se ocupaba con zelo en distraerle y divertirle. Jugaba con él á los naipes, preparaba el suero que tomaba, le administraba las medicinas, le leía las gacetas y libros nuevos; y en fin, se habia hecho tan necesaria al anciano, que ya se lisonjeaba con la esperanza de que en muriendo éste podria presentarse en el mundo, sin temer los *escollos del mar de la desgracia.*

La primer carta de Horacio destruyó estos castillos en el aire; pero sin embargo entonces puso buena cara, y luego aparentó participar de todo el cariño del Almirante para con el nieto. Jamas los cuidados de esta dama fueron tan necesarios al Almirante como en aquella noche, cada hora de la cual aumentaba el cuidado que causaba la ausencia de Horacio. Pensaba sin cesar en todas las astucias diabólicas que hasta entonces se habian intentado contra este jóven, y temia con razon que no hubiese sido nuevamente víctima de sus enemigos; y cuando vió que el capitan bajaba de la silla únicamente acompañado de Ratlin y Gunter, que habian salido á encontrarle, exclamó: "¡Ay hijo mio!" y cayó sin sentido en la silla.

El capitan, inmóvil con este es-

pectáculo, no pudo articular una palabra, y cuando el Almirante volvió en sí fue Ratlin quien le dió el gusto de anunciarle que Horacio se habia detenido en un pueblecillo, hallándose prendado de las gracias de una jóven, de quien no habia querido separarse.

"Sí, sí, Almirante, exclamó el capitan, lo único que puedo deciros es que esa encantadorcilla ha sujetado el bajel que os falta, y yo quiero recibir ahora mismo un balazo si él deja el abordaje hasta hacerla capitular."

—"La belleza, amigo mio, respondió el Almirante, es una brújula, que á veces nos dirije á nuestro pesar. La misma Venus nació del seno de los mares, y así no debemos ser tan severos."

—"Por lo que hace á vuestra Ve-

nus, respondió el capitan, ignoro de dónde ha salido, y solo sé que por todas partes donde va hace disparates, especialmente cuando se encuentran con marinos; y así aunque haya nacido del seno de los mares, yo no puedo menos de decir que es una loquilla. En cuanto á esta encantadorcita, de Pontefract, y á su vieja fragata con su pierna rota, ya os he dicho que.... Pero ahora que me acuerdo, ¿cómo demonios se fue de aquí?"

El Almirante pareció sorprenderse, y dijo: "Antes debo preguntaros cómo vino."

Entonces esta pregunta condujo á la narracion de los sucesos de la víspera. El Almirante conoció que segun las circunstancias presentes era imposible y aun impolítico proceder contra el reverendo Mr. Jolter: sin

embargo se enojó de que una hermosa jóven, lejos de haber encontrado en su casa la hospitalidad que debia prometerse, se hubiese visto obligada á salir de ella al amanecer, despues de haber pasado la noche sin que nadie la hiciese caso; y cuanto mas pensaba en ello, mayor era su sentimiento, de modo que resolvió aprovechar la primera ocasion de disculparse con ella.

El capitan cansado y descontento mandó á su ayuda de cámara que le llevase una botella de rom, y se retiró á su cuarto, sin responder á las quejas del Almirante sobre la impolítica conducta de sus criados; y el digno anciano hablaba todavia de ello cuando se metió en la cama, y hasta que el sueño tranquilo y profundo, dulce presente con que la naturaleza gratifica al hombre virtuoso,

cerró sus ojos, y le presentó en sueños la imágen de su querido Horacio hecho conde de Gauntlet.

La vela de la noche antecedente impidió que los habitantes de Grange-House se reuniesen por la mañana á la hora acostumbrada; pero el capitan Seagrobe sintió renacer en su sueño todos sus temores respecto á Horacio. "Nuestro jóven, decia él al Almirante, no es capaz de tomar una jóven á su bordo para abandonarla despues al capricho de los vientos; y en cuanto á su matrimonio con ella...."

El Almirante se sobresalto: su rostro pálido se cubrio de color, y exclamo: "¡Horacio, mi nieto, el futuro conde de Gauntlet, cásarse con una aventurera!"—"¡Eh! respondio el capitan, yo hago poquísimo caso de que Horacio sea nieto de un Almirante, y futuro conde de

Gauntlet: ¿por ventura todos los hombres no tienen el mismo orígen? ¿No descienden de Adan nuestro padre comun? La única cosa que me inquieta es que cuando se navega en un mar lleno de escollos, entonces es preciso buscar un parage muy seguro donde echar el ancla, pues no es razon ir como un loco á estrellarse contra el primer peñasco que se presenta."

El capitan iba á seguir su discurso, y establecer á su modo los principios de moral que habia adoptado, cuando le interrumpio su ayuda de cámara anunciándole la llegada de Montreville.

El joven entró corriendo, y su semblante llevaba el sello de la alegría que le animaba: sus ojos brillaban extraordinariamente, y parecia que la antorcha del amor creaba

alderredor de él un mundo mágico, reflejándose en sus ojos vivos, expresivos y apasionados. Se arrodilló delante de su abuelo, y hubiera querido disculparse de no haber acompañado al capitan Seagrobe, si la alegría que su regreso causó al Almirante, unida con el recuerdo de lo que habia pasado durante su ausencia, le hubiese permitido que se emplease en responderle.

El capitan con un aire entre enojado y contento pidió la mano á Montreville, y se la apretó, preguntándole cómo estaba. Á poco rato Mr. Jolter, que se habia detenido en la cama mas de lo acostumbrado por los frecuentes tragos de Borgoña que habia bebido, entró en la sala, y dió un detalle claro y sucinto de todas las circunstancias relativas al matrimonio de Eugenia, las que escribió

Montreville, é inmediatamente se enviaron con un expreso á MMrs. Worthy y Carrington, abogados elegidos para este negocio.

Montreville despues de haber concluido este paso, quiso informarse del suceso que habia podido proporcionar tan feliz descubrimiento; pero cuando el capitan hubo explicado el motivo de haber encontrado á Mr. Jolter, y haberle conducido á Grange-Housse, Montreville ya no vió en aquel hombre, que podia restablecer sus derechos y la reputacion de su madre, ya no vió, repito, en él sino el compendio de los vicios, el violador de las leyes sociales y el perseguidor de Rosa. Su fisonomía explicó entonces tanto resentimiento y desprecio, y fueron tan severas sus observaciones sobre esta conducta atroz, que el mismo Almirante, olvidando

los intereses de su familia; se reunió á él para dirigir á Mr. Jolter las reprensiones que merecia.

Este hombre, que tenia muy malas excusas que alegar, se disculpó diciendo que estaba embriagado cuando se permitió semejante accion; pero como esta excusa no encontró apoyo en el jóven, que aun seguía condenándole, se despidió, y marchó llevando la confusion pintada en el rostro, y la rabia en el corazon.

Despues de haberse entregado Horacio á las reflexiones que hizo renacer en él la mala moral de un hombre, que por el carácter sagrado que gozaba debia tenerla tan pura, pensó en el dulce objeto contra quien se habia dirigido un plan tan infame, habló de Rosa con entusiasmo, y añadió que su carácter y sus virtudes eran superiores á todo elo-

gio: el Almirante, que segun amaba á Horacio le parecia que tenia toda la elocuencia de Demósthenes, la sabiduría de Ciceron y la modestia de Plinio, no tuvo mas que oir su opinion para adoptarla inmediatamente, y por lo mismo sintió mucho mas la conducta de sus criados para con aquella hermosa criatura, que la obligó á salir de su casa á una hora tan intempestiva.

Llamó á Mistress Linn para que le explicase semejante conducta; pero ella le aseguró que no habia oido decir que en la casa hubiese tal señorita. Ratlin y Gunter habiendo acompañado al capitan no podian decir nada; y en fin, sucedio, como es costumbre donde hay muchos criados, que ninguno tiene la culpa. El capitan confeso con franqueza que desde el instante que vió que Mr.

Jolter era el hombre que se habia buscado tanto tiempo, no habia pensado en la joven mas que si estuviese en el fondo del mar.

" En verdad, Horacio, añadió él, que yo quisiera que ella hubiese estado en el mar antes de que la hubieseis encontrado, pues no podreis menos de confesar que el cargamento que tiene á su bordo no da gran opinion de su mérito; y aun para hablaros con franqueza desearia con todo mi corazon que la robasen en cualquier otro camino: pues en fin, ¿qué pretendeis? ¿quereis casaros con ella? o en el caso contrario, si ella es joven honrada, ¿pretendeis deshonrarla?" — " Perdonadme, capitan, dijo el Almirante: Horacio es incapaz de casarse con una muger que no pueda presentar en la sociedad, y tambien lo es de se-

ducir á una jóven inocente; pero yo pienso que un hombre de bien debe proteger en todas ocasiones un sexo débil é indefenso: esta es una máxima que siempre he practicado, y me lisonjeo de que este rango característico distinguirá igualmente á mi nieto."—"Eso es muy bueno, Almirante, contestó el capitan, yo no puedo dejar de confesar que sois un bizarro militar, que sostendreis el fuego como una salamandra; pero en cuanto á ese rasgo *característico de familia* para proteger las mugeres, permitid que os diga que esas son vanas palabras, puesto que pudisteis abandonar á vuestra propia hija, sin querer siquiera escuchar su justificacion."

El Almirante se contristó mucho con esta reflexion, y el capitan tuvo que beber tres vasos de rom an-

tes de poderse perdonar á sí mismo el haber causado aquel disgusto á su amigo. Despues de algunos minutos de silencio, Horacio volvio á hablar de Rosa, y de los peligros que podia temer por parte de Sir Jacob mientras permaneciese sin proteccion en una posada, y manifestó sus deseos de cuidar de ella el tiempo que residiese en Pontefract.

El capitan se opuso á este proyecto, diciendo que si se resolvia el cuidar de aquella jóven, él era mas á propósito para el caso, porque (añadió con un tono burlon) mientras que yo vaya comboyándola no me expondré á estrellarme contra la costa.

Horacio no tuvo que replicar á este capricho del capitan, con tal de que se les permitiese volver aquella tarde á Pontefract; y aun el Al-

mirante añadió que se proponia ir al dia siguiente á presentar sus disculpas á la señorita.

Despues de arreglado este proyecto comieron con muy buen humor, pasaron algunas horas hablando de asuntos de familia, y despues Montreville habiéndose despedido de su abuelo subió en su coche seguido de dos criados, y tomó en diligencia el camino de Pontefract.

. . . .

FIN DEL TOMO VI.



ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS

QUE SE CONTIENEN EN ESTE TOMO VI.

SIGUE LA LISTA

DE LOS SEÑORES SUSCRITORES

HASTA EL DIA,

POR ÓRDEN ALFABÉTICO.

SEÑORAS.

Condesa actual de la Cimera.
D.ª María de las Mercedes Sotelo.
D.ª María San Martin.
Marquesa de Prado Alegre.
D.ª Joaquina Serra.

SEÑORES.

D. Alfonso Beade.
D. Antonio Blasco.

D. Antonio Siles.

D. Francisco Melgarejo.

D. Fancisco Soler.

D. Jacinto Giró.

D. José Laureano Gonzaléz.

D. Lorenzo Gonzalez Cordon.

D. Manuel de Larrea.

D. Marcos Cachapero.

D. Pedro del Barrio.

D. Pedro Manuel Gangoiti.

D. Santiago Tejada.

D. Vicente Ferrer Merino.

D. Vicente Moreno Tovar.




500505353
BGU A Mont. 08/6/08-21


OBRAS
DE
BENNET
10


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm